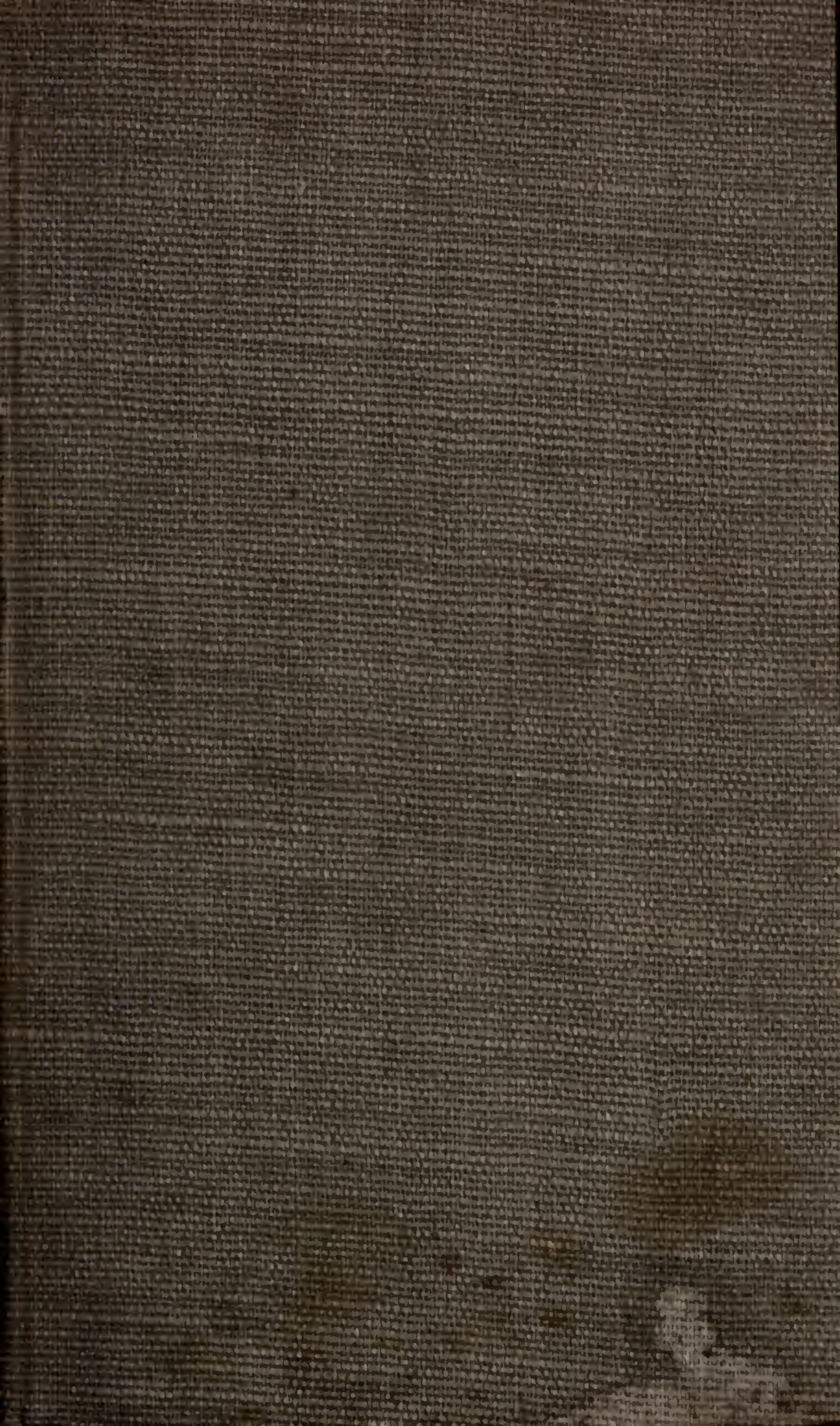
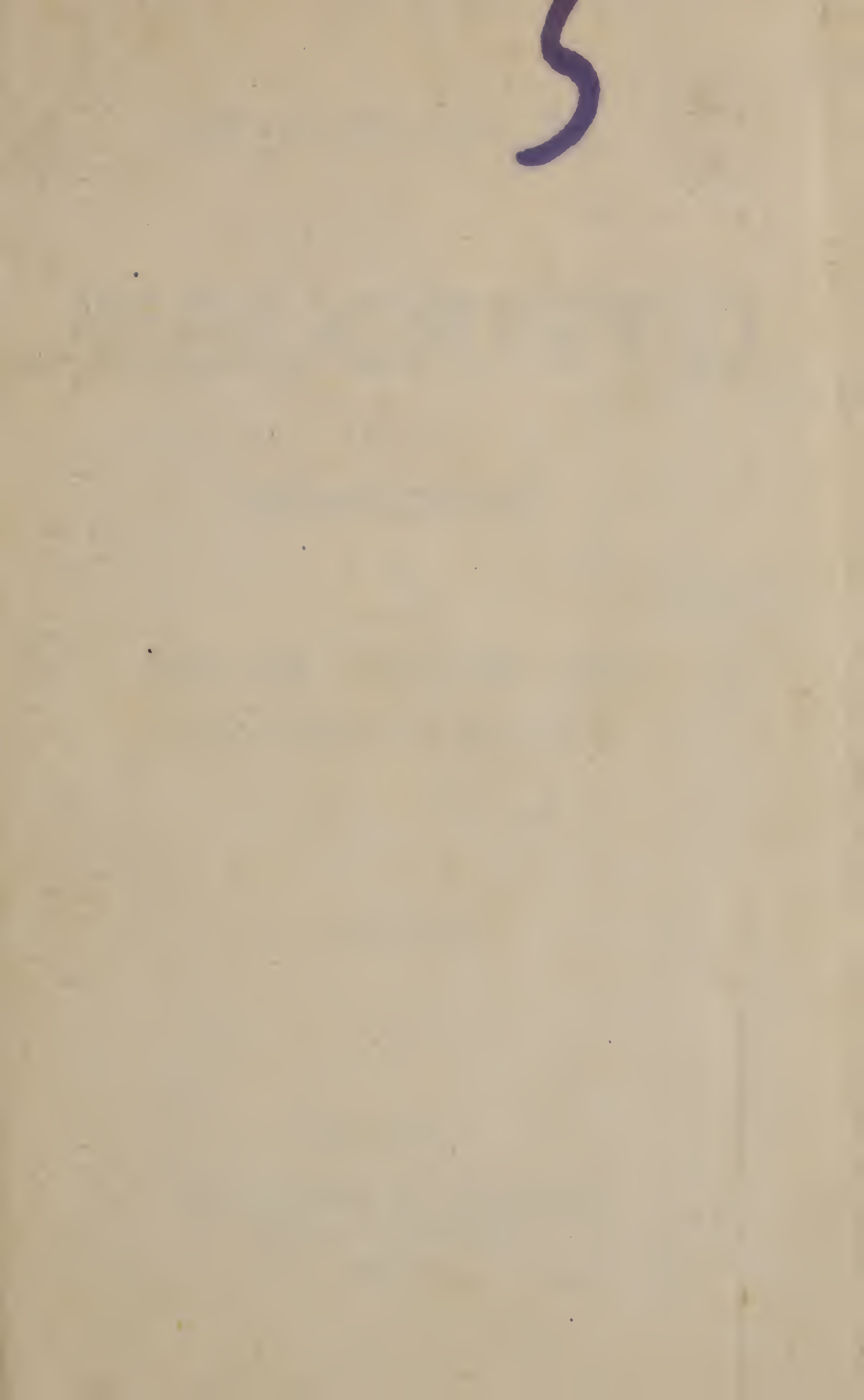
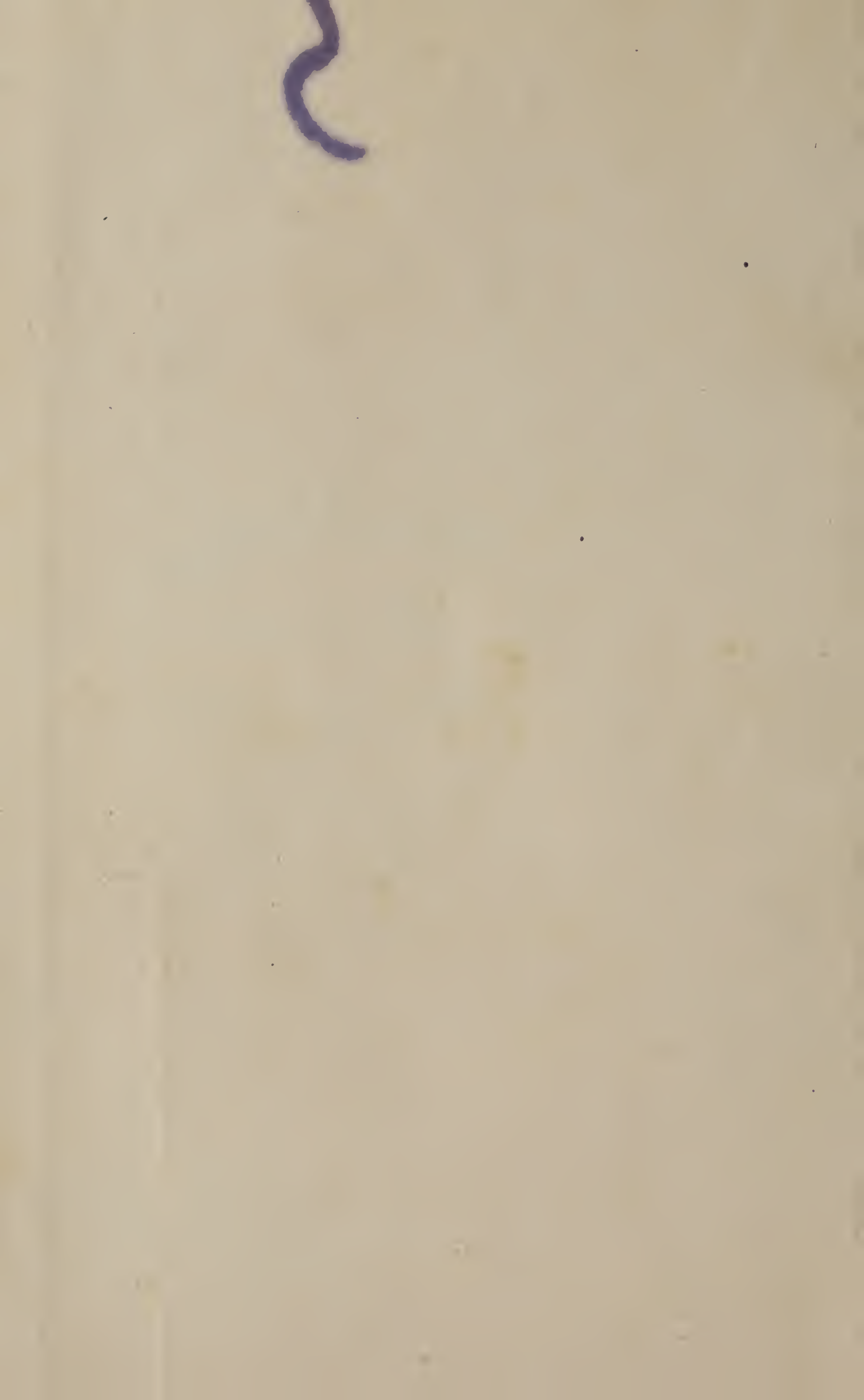






Al Sr. Dr. D. Víctor Mc. Abello
Su affmo. amigo
Carlos Cortés Lee

HOMENAJE
A
JESUCRISTO

SERMONES

POR

MONSEÑOR

CARLOS CORTES LEE

Prelado Doméstico de Su Santidad.

BOGOTA

CASA EDITORIAL DE «LA CRUZADA»
Carrera 7.ª, número 461

1923

NIHIL OBSTAT

JOSEPH VINCENTIUS CASTRO SILVA
Censor Deputatus.

BOGOTAE, DIE 8 SEPTEMBRIS 1923

IMPRIMATUR

✠ BERNARDUS
ARCHIEPISCOPUS BOGOTENSIS

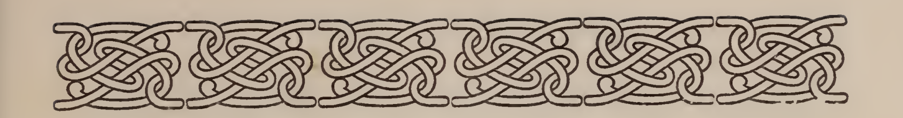
AL LECTOR

Estos sermones fueron predicados a caballeros en la iglesia de Santo Domingo hace cerca de treinta años. Poco hay en ellos de original: los argumentos, por la mayor parte, son entresacados de los que en sus respectivos lugares aducen teólogos y apologistas de nota. Aun es posible que se encuentren trasladados a estas páginas pasajes más o menos considerables de alguno o algunos de los autores que se tuvieron a la vista. Acotarlos religiosamente era deber de justicia y se habrían acotado en efecto, si el mucho tiempo que ha pasado desde la composición de estos discursos y otras circunstancias, no hicieran demasiado difícil el cotejo minucioso que para ello se requería. Por estas razones, a no mediar consejo autorizado, se habría preferido omitir el nombre del autor, si tal dic-

tado le compete a quien confiesa no haber hecho casi otro oficio que el de compilador. Comoquiera que sea, su único deseo ha sido que este trabajillo, que yacía olvidado entre papeles inútiles, pueda servir en alguna forma a la gloria del Redentor, a quien todos los mortales deben honrar: los grandes con obras dignas de su ingenio, los pequeños con eso poco a que alcanza su cortedad. Si bien es cierto que para la majestad del Hijo de Dios no hay homenaje que pueda reputarse por grande, así como para la bondad de su corazón no hay ninguno que no lo sea, como nazca de intención recta y amorosa.

Bogotá, junio de 1923.

LOS EVANGELIOS



I

LOS EVANGELIOS

Quod vidimus et audivimus, annuntiamus vobis.

Esto que vimos y oímos es lo que os anunciamos.

(I Joan. I, 3).

La fe es, hermanos míos, conforme a la doctrina católica, una dádiva de lo alto, una virtud sobrenatural e infusa que a un mismo tiempo mueve la voluntad e ilustra el entendimiento, y mediante la cual el hombre se rinde a la palabra del evangelio y presta asentimiento firmísimo a la revelación divina. No es ella ni una simple conclusión que el entendimiento deduce de premisas ciertas y por medio de un raciocinio riguroso, ni tampoco una aceptación de determinadas doctrinas, in-

fundada, caprichosa, destituída de motivos racionales y poderosos que induzcan a tener por de origen divino aquellas enseñanzas. El cristiano cree lo que no ve, acepta lo que no entiende intrínsecamente, lo que sin contradecir a su razón la supera; pero está cierto de que al someter su entendimiento a este yugo, rinde un homenaje justísimo y enteramente racional a la sabiduría y veracidad infinitas de Dios.

Es menester, pues, que la revelación se distinga por ciertos caracteres que si no son bastantes por sí mismos para poner en evidencia su origen divino ni, por consiguiente, para determinar el asentimiento, sí son argumentos suficientemente sólidos para que la voluntad, movida de piadoso afecto y ayudada por la gracia, quiera inclinar el entendimiento a la fe, y éste a su vez, esclarecido por el Espíritu Santo, crea firmemente que la palabra propuesta no es palabra de hombre sino palabra de Dios y se adhiera a ella con el obsequio que como a tal se le debe. Según esto, podemos decir que la Revelación consta de dos elementos, a saber: verdades escritas o trasmitidas oralmente, y hechos que hacen cortejo a aquellas verdades y van manifestando que ellas proceden de Dios.

Estos hechos son múltiples y de vario linaje. La vida de Cristo, que es el consumador de la Revelación, sus milagros, su muerte, su resurrección; la elección de unos pocos hombres rudos para la conversión del mundo; la misión del Espíritu Santo, considerada en sus efectos visibles; la historia del pueblo hebreo, con sus caracteres peculiares y con sus manifestaciones sobrenaturales, como preparación para Jesucristo, y la historia cristiana subsiguiente que arranca de Jesucristo y es obra suya; además la predicación de los apóstoles, la admirable propagación del evangelio, por medios del todo contrarios a los que aconseja la sabiduría humana y que, considerados en sí, debían más bien impedir que favorecer el efecto deseado; este mismo efecto, que es la mudanza de todas las ideas en el orden religioso y moral y la mudanza no menos radical de la vida pública y privada, sin ninguna causa adecuada en lo natural y antes a pesar del fuego y del hierro y de los tormentos con que por tres siglos y más se ejercitó la crueldad de los perseguidores; la conservación tántas veces secular de la Iglesia, en la cual brilla permanentemente una santidad y unas virtudes no cono-

cidas fuera de ella, ejercitadas por muchos en grado sublime, estimadas de todos y acompañadas de dones sobrenaturales, que a veces se manifiestan en efectos sensibles; finalmente, este mismo conjunto de cosas extraordinarias, prometido y anunciado, así en general como en particular, con muchos siglos de anticipación: todas estas cosas, digo, consideradas conjuntamente, son como otros tantos rayos luminosos con que la palabra de Dios resplandece y muestra su origen.

La consideración de estas verdades no puede menos de ser sumamente provechosa a todos: a los fieles para confirmarlos en su fe y conducirlos a una vida conforme a ella, y a los incrédulos para disponerlos a creer, como tengan ánimo despreocupado y voluntad recta.

He creído, pues, oportuno llamaros la atención siquiera a alguno de estos que los teólogos llaman motivos de credibilidad, pues no es posible abarcarlos todos, y así me limitaré al que se saca de la persona, vida y obras de Nuestro Señor Jesucristo.

Empero no pasaré adelante sin felicitaros y daros las gracias por la prontitud con que habéis respondido al llamamiento que os hemos

hecho: con ello hacéis dos obras buenas que son, prepararos para cumplir vuestros deberes de católicos y contribuír al alivio de vuestros hermanos desgraciados: la una ayudará sin duda a la otra, porque hemos de esperar que la limosna depositada en el seno del pobre y del afligido, se convierta en lluvia de gracias que nos santifiquen. Así te lo pide, oh Maestro amadísimo, el más indigno de los ministros de tu palabra, desde el abismo profundo de su humillación y miseria. *De profundis clamavi ad te, Domine.*

* * *

Antes de que contemplemos la imagen de Nuestro Señor Jesucristo que aparece en el Evangelio, nos es necesario asentar como base de los desarrollos ulteriores, la verdad histórica de lo que se refiere en los documentos que componen el Nuevo Testamento, tocante a la persona, a la vida y obras de Jesucristo. Parece que fuera ocioso tratar esta cuestión, y lo sería sin duda alguna, si una ciencia falsa, enemiga de Dios, y que no tiene escrúpulo en adoptar las más contradictorias teorías, con tal

de que sirvan para arruinar el edificio cristiano y para negar todo cuanto trasciende del orden natural, no hubiera puesto en tela de juicio unos hechos que en realidad están fuera y por encima de toda duda racional. Porque, en efecto, ¿qué hecho de la historia del mundo es más creíble y está mejor atestiguado que el de la vida y obra de Cristo? Aunque toda la escritura divina del Nuevo Testamento no existiera, todavía el contenido esencial de los Evangelios sería cosa perfectamente averiguada por la historia universal, es decir, por la existencia misma del cristianismo, no ya considerado como institución divina, depositaria de verdades infalibles, sino como un simple hecho de experiencia, que aparece de repente, que crece y se desarrolla y se extiende por todas las comarcas del mundo, que subsiste hoy a los ojos de cuantos quieran verlo y que no puede considerarse como natural resultado de las ideas predominantes en la época de su nacimiento, las cuales, lejos de favorecerle, le eran por todo extremo contrarias y hostiles.

En el pueblo de Israel, no vemos por aquel tiempo sino un proceso de corrupción que llega a su término a causa de la fermentación, di-

gámoslo así, producida por la mezcla de las costumbres judías con las griegas y romanas y que difundiéndose más y más, después de la época gloriosa de los Macabeos, tendía a la extinción del espíritu y de la vida nacional. Los próceres de la nación, los representantes de la autoridad, así religiosa como civil, se habían alejado Dios; la vida religiosa se hallaba petrificada en un frío y muerto ceremonial; los fariseos habían ahogado el espíritu de la ley en el cúmulo de sus caprichosas y ridículas interpretaciones, al paso que los saduceos, representantes de la aristocracia, si bien respetaban exteriormente las prescripciones mosaicas, carecían de fe y eran en el fondo racionalistas y aun escépticos. A excepción de unas pocas almas escogidas, el ideal mesiánico se había convertido entre los judíos de Palestina en un ideal puramente político, halagador del orgullo nacional y alimentado por el odio a los opresores, y entre los judios alejandrinos, amalgamándose con las ideas platónicas, había ido a resolverse en meras y huecas abstracciones.

Fuera de Israel no hallamos sino el naturalismo grosero de los paganos, un pueblo embrutecido y esclavizado y una ciencia y una fi-

losofía que, cansada de disputar, pregunta desdeñosamente ¿qué cosa es la verdad? Y en medio de semejante disolución sopla de repente un hálito de vida celestial, surge un nuevo orden de cosas en el mundo, una humanidad restaurada, una generación que parece bajada del cielo, según la expresión del poeta. Si el cristianismo hubiera sido producto de las ideas de la época, los hombres de aquella época hubieran reconocido en él la expresión de sus propios deseos y aspiraciones; no les hubiera parecido un escándalo y una locura, no se hubieran levantado en armas para perseguirle de muerte por espacio de tántos siglos. A menos que admitamos un efecto sin causa no podemos concebir el cristianismo sin la persona y la acción de Jesucristo.

Ateniéndonos, pues, únicamente a la historia universal, Jesucristo es, sin que nadie lo pueda dudar, no solamente la personalidad más grande y más influyente de la historia humana, sino que no hay hombre alguno, ni obra humana de tánta trascendencia que se pueda, no digo equiparar, pero ni siquiera comparar con Jesucristo y con su obra. Los mayores genios de que se ufana nuestro linaje no han hecho sen-

tir su acción eficaz sino de una manera muy limitada: fueron, generalmente, acompañados y secundados por otros hombres, ejercieron su influjo sobre un solo pueblo, o a lo más sobre una raza, produjeron hondas transformaciones, pero sólo en determinada esfera de la vida y de la actividad humanas, y, finalmente, no alcanzó su acción sino a determinados períodos de tiempo. Jesucristo, por el contrario, solo, de sí mismo y por sí mismo, ha modificado la humanidad entera de un modo permanente y por todos los aspectos y manifestaciones de ella, imprimiendo su carácter en las ciencias, en el derecho, en la familia, en la sociedad; y esta obra tan prodigiosa, con llevar ya tántas edades y haber pasado por tántas vicisitudes, subsiste con igual vigor y vitalidad, y subsistirá hasta el fin de los tiempos. Ahora bien, la obra de Cristo es inseparable de su persona y de su vida; porque Cristo es el dogma, Cristo es la moral, Cristo es el culto, Cristo es la jerarquía de la Iglesia, o más bien todo esto no es otra cosa que Jesucristo que se perpetúa, que vive, que enseña, que santifica, que ejerce dominio absoluto sobre las almas. Y hé aquí por qué todos los grandes combates intelectuales

contra el cristianismo no paran en la simple discusión de las doctrinas, sino que se extienden siempre y van a dar necesariamente a la persona de su fundador.

Así que, para quien lea imparcialmente la historia, es cosa cierta que Jesucristo es el término de todos los acontecimientos que le precedieron, como es el principio y punto de partida de los que le han seguido; de modo que El viene a constituír el centro real y viviente de la historia del mundo, la cual sería enigma indescifrable sin El. Pues decidme: ¿podrá darse mayor locura que la de aquellos que no quieren admitir por personaje histórico al que en realidad sostiene todo el edificio de la historia y en torno del cual se mueven todos los sucesos de ella, como giran y gravitan los planetas de nuestro sistema en torno del sol?

Este Cristo atestiguado por la historia profana, no es otro que el mismo Hombre Dios, salvador del mundo, de quien nos hablan los Evangelios, el mismo en quien la Iglesia ha creído y a quien adoró desde el principio, el mismo por quien morían los mártires en las garras de las fieras y entre los gritos de los espectadores del Coliseo; el mismo a quien conocie-

ron desde el primer siglo sus amigos y sus enemigos, éstos para combatirle, aquéllos para ensalzarle con el testimonio de su ciencia, con el de la santidad de su vida, y con el de su sangre en caso necesario. Sólo de este Cristo habla la historia verdadera, El solo ha cambiado la faz del mundo, sólo en pos de El ha corrido la humanidad, embriagada con el regalado olor de sus perfumes.

Todas aquellas hipótesis que la incredulidad ha inventado en este siglo para explicar de otra manera la personalidad, la vida y la obra de Cristo, para separar el Cristo de la fe del Cristo de la historia, disfrazando y mutilando este último, o poniendo en su lugar una figura arbitraria, manca e inconsistente, despojada de todo rasgo sobrenatural, no son otra cosa que afirmaciones insostenibles e intrínsecamente imposibles, caprichosos engendros de la fantasía, fruto de una sofística histórica y filosófica, sin pruebas algunas de peso, antes en abierta contradicción con los hechos más patentes y solamente encaminadas a servir de apoyo a algún sistema erróneo, concebido de antemano e inconciliable con los verdaderos resultados de la investigación histórica. Y no podía ser de

otro modo; los filósofos panteístas o materialistas no pueden dar un paso en sus estudios sin encontrarse frente a frente con Jesucristo. Es necesario, pues, que pasen delante de él haciendo como que no le ven, o que si no quieren dar gloria a la verdad acudan, para desembarazarse de lo sobrenatural y divino que resplandece en aquella vida, a excogitar alguna teoría, por inverosímil que sea, que cuadre con sus sistemas favoritos. Mas ante el tribunal de la sana razón y de la historia, son semejantes hipótesis a cual más absurdas y en este sentido han venido a servir ellas mismas, por necesaria consecuencia, a la confirmación de la verdad.

Desde luego es cosa instructiva e interesante el ver cómo los negadores de la divinidad de Jesucristo han ido cambiando de sistema según las ideas y exigencias de los tiempos. Los antiguos judíos y paganos que vivieron a raíz de los acontecimientos que forman la tela de la narración evangélica, no se atrevieron, ni era dable que se atrevieran, a negar la vida extraordinaria de Jesucristo, atestiguada por tántas gentes que aún vivían, y así puede decirse que entre aquellos primeros enemigos de

la Iglesia no tuvo partidarios ni el racionalismo teológico, ni la teoría de los mitos, ni aquella crítica que tiene por regla absoluta no admitir sucesos milagrosos. Para los fariseos, Jesucristo no era otra cosa que un grande encantador, un mago poderoso, y sus obras eran ejecutadas con el auxilio de los espíritus malignos, de Belzebú, príncipe de los demonios. Algunos decían más tarde que Jesús se había apoderado del nombre misterioso de Dios que se guardaba en el templo, y que mediante aquella especie de reliquia o amuleto obraba todos los prodigios que asombraban a la muchedumbre e hicieron tan extraordinaria su vida; la resurrección se la explicaban diciendo que era una fábula inventada por los discípulos, quienes sobornaron a los soldados que custodiaban el sepulcro y se robaron el cadáver del Maestro.

A tales explicaciones y teorías que bien pudiéramos calificar de infantiles, ha permanecido fiel la polémica de los talmudistas hasta nuestros días.

A la magia y a las ciencias ocultas acudían igualmente los más de los adversarios gentiles del cristianismo, cuando no echaban por el

atajo, que era lo más ordinario, y dejando a un lado la discusión de los hechos, se contentaban con desatarse en improperios y sarcasmos contra el que apellidaban visionario, fanático, embaucador crucificado, como lo vemos en Luciano de Somosata, en los fragmentos de Celso conservados por Orígenes, y más tarde en el apóstata Juliano. Desde idéntico punto de vista, según todas las apariencias, consideraba a Jesucristo el autor medioeval del libro intitulado *Los tres impostores.* ¿Y qué es lo que hallamos en las obras de los librepensadores ingleses y de los enciclopedistas del pasado siglo? Negaciones frívolas, burlas más o menos groseras; pero nada que tenga sabor científico o que sea fruto de investigación seria e imparcial. Según ellos, los evangelistas eran falsarios vulgares y todo el plan de la vida de Jesús una trama urdida para llegar al dominio del mundo por medio del engaño y la mentira.

No era posible que el racionalismo teológico, fruto del protestantismo, se diera por satisfecho con unas explicaciones tan burdas y superficiales. Por propia dignidad, por respeto a su reputación, debía al menos vestirlas con

algún ropaje científico o buscar otros senderos para deshacerse de Jesucristo y sobre todo de sus milagros. ¿Y qué hizo? Procurar por medio de la exégesis que desaparezca de la Biblia el Hijo de Dios vivo y explicar todo lo que en ella se encuentra de maravilloso por tal manera, que venga a quedar reducido a las proporciones de lo usual y acostumbrado. Con su explicación natural de los milagros, con la hipótesis verdaderamente cómoda de la acomodación, con la intercalación de causas intermedias y con otras diestras maniobras los famosos profesores de aquella escuela hacían desaparecer de la vida de Cristo todo lo sobrenatural y se gloriaban de haber trazado una verdadera historia del gran profeta de Nazaret, del hombre más grande que ha aparecido, como ellos decían, en este mundo sublunar. En las manos de estos exégetas, Jesucristo se convierte en un rabino virtuoso e instruído, que por pura condescendencia de su carácter benévolo, consiente en ser un farsante, para acomodarse a las groseras ideas del pueblo que le circunda y aclama.

Esta especie de racionalismo nacido entre protestantes, que aún querían llamarse cristia-

nos, racionalismo que se propone lo imposible, es decir, que considerando la Biblia como verdadera y hasta como palabra de Dios, pretende suprimir de ella por medio de arbitrios filológicos y exegéticos lo que constituye cabalmente su esencia y substancia, es decir, lo sobrenatural, para no dejar de la viviente personalidad de Cristo que irradia en los evangelios sino un jirón de su vestido, no podía tampoco sostenerse por largo tiempo. Vióse al fin la incredulidad forzada a buscar refugio en la famosa hipótesis de los mitos.

Los hechos del Nuevo Testamento pertenecen esencialmente al dominio de lo sobrenatural, tanto en la vida corpórea como en la del espíritu. Desde el momento en que aquellos escritos se tengan por fidedignos e históricos, queda comprobado en general y de una manera perentoria, el carácter divino de la revelación cristiana. Por consiguiente, los que apoyados en determinados sistemas filosóficos, niegan *a priori* la posibilidad de todo aquello que traspasa los límites de lo natural y positivo, no tienen otro recurso que negar el carácter histórico de aquellos hechos: y tal es el origen único de sus disparatados sistemas.

Nó, no es el estudio sereno e imparcial, no son los descubrimientos de la arqueología, no el rigor lógico del razonamiento lo que les ha llevado a asentar las proposiciones que asientan; es la necesidad ineludible en que se hallan, dadas sus ideas preconcebidas, de explicar lo que no necesita explicación, lo que brilla como la luz del sol, pero que no quieren ver. La luz apareció en el mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque las obras de ellos eran malas. [1] En ningún caso, dice uno de aquellos autores, creería yo la resurrección de Cristo, por más positivos y numerosos que fuesen los testimonios con que se la probara. El que quiera deshacerse de los curas, decía el fundador de la escuela mítica, con no poco desenfado, al par que con una claridad que hace honor a un mismo tiempo a su franqueza y a su lógica, es menester que comience por descartar los milagros de la religión. Quien pretenda escribir, añadía, sobre los dominadores de Nínive, o sobre los Faraones de Egipto, bien podrá hacerlo con interés puramente histórico; mas el cristianismo es un poder viviente y la

1 Joan. 3, 19.

cuestión de su origen envuelve tan trascendentales consecuencias para el presente y para el porvenir, que el investigador tendría que ser muy estúpido si al resolver semejante cuestión, fuera guiado por el sólo criterio histórico.

Aquí tenéis, pues, cómo lo que busca la crítica no es sino un pretexto para no verse obligada a confesar la presencia de lo sobrenatural, de lo divino, en su más alto grado, para no reconocer el gran sacramento de la piedad de Dios, la encarnación del Verbo, con todas las consecuencias racionales y morales que de ella se deducen; y si queremos verlo aún más claro, escuchemos al mismo autor del sistema mitológico: « Cuando emprendí la composición de mi obra, dice, se me presentaban dos, o más bien tres explicaciones de la historia evangélica y señaladamente de sus partes maravillosas, que son, sin duda alguna, las de mayor importancia: los unos las consideran tales como aparecen, es decir, como relación de hechos sobrenaturales que realmente sucedieron; pero yo no podía aceptar semejante creencia. Otros dicen poco más o menos así: las historias son verdaderas, pero todo pasó de un modo natural; sólo que los

narradores omitieron ciertos acontecimientos intermedios, pasaron por alto algunas circunstancias concomitantes, acaso porque pensaron que todo ello se podría suplir fácilmente, y de ahí la apariencia de milagros que tienen los sucesos referidos; pero es visto que yo no podía atenerme a una interpretación tan violenta de las relaciones bíblicas, como tampoco me era dable aceptar la suposición de que, o bien los hechos, o bien las relaciones, fueran obra del fraude y de la impostura. ¿Qué hacer pues para resolver el problema? Eché una ojeada sobre las narraciones sagradas de las antiguas religiones que el día de hoy nadie tiene por sobrenaturales como Herodoto, ni explica naturalmente como Evhemero, sino que las considera como fábulas, nacidas espontáneamente de la fantasía de los pueblos y embellecidas por los poetas. Según esto, considero las relaciones maravillosas del Evangelio como producto inconsciente de leyendas poéticas de los primeros cristianos».

Hé aquí el recurso, escogido únicamente en virtud de una preocupación contra el contenido del Evangelio. Si se admiten los Evangelios como fuentes verídicas de información histórica, hay

que admitir el milagro, hay que aceptar un Dios distinto del universo, hay que adorar a Cristo, hay que obedecer a la Iglesia que El fundó. Mas los milagros, se ha dicho, son imposibles, no se compaginan con el principio de la inmanencia, echan por tierra la filosofía hegeliana. Luego hay que declarar sin remedio que aquellos escritos no son historia sino leyenda.

Todo este edificio, que tánto ruido metió en el mundo, se funda en tres grandes sofismas, o mejor dicho, en tres monstruosos absurdos. Los evangelistas, como se echa de ver fácilmente, no escribieron ni quisieron escribir biografías completas de Jesucristo. Su intento fue presentar en un cuadro reducido una imagen fiel de su Divino Maestro, tal cual la tenían grabada en sus corazones por el buril de un amor heroico, pero subordinando la historia a un fin peculiar de cada uno y determinado por las circunstancias en que escribió o por las personas a quienes principalmente se dirigía. Así, cada cual escoge y entresaca los sucesos que cuadran mejor a su propósito y con un arte sencillo pero ingenioso, los funde en un todo al parecer continuo, acortando unos, am-

plificando otros, anticipando estos y dejando para después los que en rigor cronológico debieran preceder. De aquí nacen las dificultades que se hallan en los Evangelios, aquellas aparentes contradicciones que ya los Padres de la Iglesia notaron y concordaron, dificultades y contradicciones en su mayor parte levísimas, y, que en todo caso, ni afectan la sustancia de la narración evangélica ni son parte a menoscabar su valor histórico.

Pues el primer artificio de los adversarios consiste en multiplicar y agrandar hasta la monstruosidad estas discordancias, con el objeto de hacer ver que, sometida a la crítica, la historia sagrada no vale nada como historia. Despejado así el terreno, se pasa a asentar la hipótesis de que la fantasía poética de los discípulos de Jesús trocó la vida y muerte puramente naturales de su Maestro en una fábula acomodada a sus ideas religiosas, a sus fanáticas esperanzas mesiánicas y que las primeras cristiandades creyeron en aquel mito y lo fueron puliendo y retocando, hasta resultar de allí el Cristo de los Evangelios.

Mas el colmo de los desvaríos y lo que al mismo tiempo constituye la mejor refutación

del sistema consiste en que su autor considera a Jesucristo como el ideal de la humanidad, y su encarnación, su admirable nacimiento, su vida prodigiosa, su resurrección y ascensión a los cielos, junto con la misión del Espíritu Santo y la fundación de la Iglesia, nada menos que como símbolos, como envolturas sensibles del panteísmo hegeliano, es decir, que pretende introducir en el Evangelio un sentido que, o no conocieron las antiguas cristiandades, o que, dado el caso que lo hubieran coconocido, no podía menos de serles objeto de execración.

¿Tendré necesidad de deciros que semejante explicación del Evangelio y de la vida de Jesús es intrínsecamente imposible y realmente falsa? ¿Quién no ve que en la vida de Jesús faltan absolutamente todas las condiciones indispensables para la formación de las fábulas, ya que éstas no se desarrollan sino en un terreno apropiado, con relación a acontecimientos prehistóricos, a épocas que carecen de anales, de escritura, de cronología? Fácilmente se concibe el nacimiento de las leyendas relativas a las hazañas de Teseo o a los trabajos de Hércules, o las que se refieren a los pri-

meros orígenes de la nacionalidad romana; pero Jesucristo vivió en la clara y meridiana luz de un tiempo perfectamente histórico, o mejor dicho, en el punto culminante de la historia del mundo, en una edad de civilización refinada, y aun puede añadirse, de incredulidad y escepticismo; vivió en Palestina y en Jerusalén, entre el Oriente y el Occidente, a vista de los judíos y de los paganos. Los Evangelios aparecieron cuando la Grecia poseía, hacía muchos siglos, a Tucídides; cuando Roma disfrutaba de las páginas de Tito Livio; cuando Tácito se preparaba ya para escribir sus famosos Anales; cuando, finalmente, habían escrito sobre la Palestina Josefo, sobre el Egipto Manetón, sobre la Fenicia Dion y Menandro, y Tolomeo acerca de Herodes. Había en aquel siglo bibliotecas públicas y privadas en Roma y en Alejandría, y quien transitara por las principales calles de la ciudad eterna podía ver las tiendas de los libreros, las oficinas de los copistas, los salones públicos de lectura.

Los mitos, por otra parte, necesitan para su formación largo espacio de tiempo; aparecen mucho después de los acontecimientos que ensalzan y son fruto del trabajo sucesivo de

muchas generaciones, al paso que la historia completa del Crucificado aparece inmediatamente después de cumplidos los sucesos y corre públicamente en presencia de los contemporáneos y delante de testigos presenciales de los hechos.

No parece sino que los Apóstoles hubieran refutado de antemano el sistema de que vamos tratando, pues en varios lugares de sus epístolas amonestan a los fieles a que se guarden de dar crédito a fábulas, y no cesan de advertirles que, a diferencia de las religiones paganas, que tenían por fundamento las leyendas mitológicas, la enseñanza cristiana tiene su última y más completa garantía en el dicho de testigos oculares. No déis oídos a fábulas y genealogías interminables, evitad las fábulas aniles e ineptas y permaneced firmes en lo que os he enseñado: tal es el lenguaje de San Pablo. Y cuando Pedro se dirige a los fieles del Ponto, de la Capadocia, de la Galacia y la Bitinia, para refrescarles la memoria de las enseñanzas que habían recibido de sus labios, no se olvida de advertirles que él ha anunciado la virtud y presencia de Cristo, no siguiendo doctas fábulas, sino porque fue testigo, espectador de su grandeza.

Pero aún hay otra razón más íntima y fundamental que prueba hasta la evidencia cómo es absolutamente imposible explicar el origen del Evangelio como si fuera una leyenda compuesta de propósito o nacida espontáneamente de la imaginación popular. El carácter de las narraciones fabulosas y el de las narraciones evangélicas se excluyen. El mito como brote y personificación del espíritu del pueblo que lo crea, tiene colorido enteramente nacional; la doctrina del Evangelio es de interés humano y universal y se halla muchas veces en oposición con las creencias del pueblo en cuyo seno nació. La fábula no tiene cuentas con geografía, ni con cronología; revuelve los tiempos, confunde los lugares y las personas; en el Evangelio la exacta determinación del tiempo, de los lugares y de las personas convienen, sin discrepar un punto, con los hechos conocidos de la historia profana universal.

Y esto mismo que acabamos de decir ¿no demuestra palmariamente que los documentos del Nuevo Testamento son obra de testigos oculares, que tuvieron conocimiento directo de los hechos que narran, que intervinieron en ellos como en los más importantes de su vida

o que al menos, como sucede con San Lucas, los recibieron de personas que fueron parte muy importante en ellos? Si así no fuera, no se contendrían allí acerca de la Tierra Santa y señaladamente de Jerusalén, que por el año de 70 estaba ya reducida a cenizas, unos datos tan precisos y minuciosos como los que encontramos en todos ellos, y sobre todo en el Evangelio de San Juan. La cuestión referente al tributo, por ejemplo, no tenía valor alguno sino en el tiempo de Cristo: antes o después de aquella época, no se habría formulado siquiera; los datos relativos a las monedas griegas, romanas y hebreas; los nombres de los lugares, que con sobrada frecuencia se mudan; las alusiones a costumbres de Griegos, Romanos y Judíos, con otras muchas cosas que sería prolijo enumerar, habrían sido otras tantas ocasiones para que un escritor de tiempos posteriores incurriera en yerros inevitables, que pusieran de manifiesto la impostura: un cristiano griego o romano del segundo siglo, por más versado que estuviera en los escritos de la antigüedad, no habría podido reconstruir tan puntualmente el teatro de los sucesos, dar vida y movimiento a perso-

najes y tipos ya extinguidos, iluminándolo todo con la luz y penetrándolo de la atmósfera que forman las ideas y opiniones populares; así como un judío cristiano del mismo segundo siglo, habría mostrado escasos conocimientos en lo tocante a Grecia y a Roma.

Pero, ¿para qué me detengo en esta especie de consideraciones? Tomad los documentos del Nuevo Testamento; leedlos por vosotros mismos y no podréis menos de confesar que ellos poseen caracteres enteramente peculiares que no sólo manifiestan la edad a que pertenecen, sino que dejan traslucir su origen más que humano: son 27 obras diferentes en forma y extensión, que llevan los nombres de ocho autores distintos, y la data de lugares diversos, desde Jerusalén hasta Roma; su idioma inimitable refleja la fusión del Oriente y del Occidente, del judaísmo y del paganismo en el espíritu de la unidad cristiana, y está salpicado de palabras latinas en forma griega, al paso que la manera de narrar es de colorido genuinamente hebreo. Los autores, aunque exteriormente separados, tanto por el tiempo y el espacio como por su índole y estilo, se muestran, sin embargo, identificados en es-

píritu, y sin ser uniformes, ni reproducirse unos a otros, ofrecen la unidad más admirable: el Cristo que predica San Pablo es esencialmente el mismo que traza el pincel de los Evangelistas, y no obstante las diferencias de concepción y composición, aquella imagen divina es por dondequiera una, y en sus rasgos fundamentales idéntica a sí misma. Por último, redactados aquellos escritos por personas iliteratas y sin pretensiones artísticas, son por confesión de todos, creyentes e incrédulos, antiguos y modernos, lo más sublime que salió de mano de hombres, por su incomparable sencillez, por lo encumbrado de sus conceptos, por su profundidad que jamás se agota, por su significación eterna y siempre nueva.

Yo no puedo detenerme a exponer uno por uno los innumerables argumentos que militan en favor de la autenticidad y veracidad de los libros sagrados; [1] pero no dejaré de hacer al-

1 Harnack escribe lo siguiente en su *Cronología de la antigua literatura cristiana hasta Eusebio:* « En la crítica de las fuentes del cristianismo primitivo, nos hallamos indudablemente en un movimiento de regreso hacia la tradición, porque los datos cronológicos tradicionales son en todos los puntos fundamentales enteramente correctos y obligan a prescindir de cualesquiera hipótesis que les contradigan ». Y en su obra *Lucas el médico* (1906) repite estas mis-

gunas otras observaciones que me parecen dignas de notarse.

¿Qué libro de la antigüedad hay que tenga en su favor un testimonio tan fehaciente, tan irrecusable como el que estos libros tienen en la Iglesia Católica? No existe libro alguno que tenga a su lado la sociedad en cuyo seno nació, de cuyo espíritu brotó y que conservándose siempre una e inmutable y mirándolo como obra divina, como su más preciado tesoro, se empeña celosamente en conservarlo en su pureza e integridad primitivas. Así que, aunque se desconozca en la Iglesia el dón de la infalibilidad y se la considere desde el punto de vista puramente humano, como una gran corporación pública, extendida por todas las regiones del orbe, organizada y ligada por estrechísimos vínculos, ella ofrece en favor de estos escritos un testimonio de que ninguna obra profana podría disfrutar jamás. Esto hacía decir a San Agustín: «¿Qué letras tendrán peso

mas palabras y añade: «En los años de 30 a 70 y ciertamente en Palestina, mejor dicho, en Jerusalén, se cumplió todo aquello que después ha tenido tan fecundo desarrollo .... Por lo que hace a la cronología, a la mayor parte de las personas principales allí nombradas y al teatro de los sucesos, la antigua tradición es esencialmente exacta». *Apud* CATHREIN, *Die Katholische Weltanschauung.*

alguno de autoridad, si no lo tienen las de los Apóstoles y Evangelistas? ¿De qué libros se sabrá con certidumbre el autor, si no consta ciertamente que son de los Apóstoles aquellos libros que tiene por de ellos la Iglesia, que los Apóstoles propagaron y que con tánta eminencia brilla entre todos los pueblos? ¿Cómo se sabe que las obras de Platón, de Aristóteles o de Cicerón son efectivamente de aquellos ingenios, sino por el testimonio continuo de los tiempos que se han sucedido? Pues ¿quién será tan ciego o tan furioso que afirme que la Iglesia, esta congregación tan numerosa, tan fiel y tan concorde de hermanos, no ha logrado transmitir fielmente a la posteridad los escritos de sus apóstoles, cuyas cátedras han sido ocupadas hasta el día presente por una manifiesta y no interrumpida serie de Obispos, cuando este mismo privilegio lo consiguen tan fácil y frecuentemente otros muchos escritos, dentro y fuéra de la Iglesia?»[1]

Pero sobre todo lo dicho, hay un argumento que será siempre el más poderoso para demostrar la verdad histórica de la vida de Cristo y que cuando faltaran todos los criterios ex-

1 *Contra Faustum, XXX, 6.*

ternos, todos los testimonios de los Judíos, de los Paganos, de los Cristianos, sería por sí sólo suficiente a los ojos de cualquier hombre sensato. Ningún individuo, como ninguna sociedad, ni época alguna, pueden ni conscientе ni inconscientemente producir de sí lo que no tienen en sí mismos. Ahora bien, no sólo la doctrina como veremos más tarde, sino ante todo la personalidad y la vida de Jesús es del todo superior a los ideales e intuiciones de aquel tiempo, sobre todo entre los judíos. La fantasía de aquel pueblo podía crear figuras como las de los rabinos del Talmud; Platón pudo idealizar la figura de Sócrates; el neoplatonismo, la de Apolonio de Tiana; mas Jesucristo, su persona y su espíritu es un original divino que sobrepuja absolutamente todas la potencia creadora del genio de los judíos.

Afortunadamente tenemos alguna noticia de cuál era el ideal del rabino y del doctor de la ley que prevalecía en aquel pueblo, y podemos considerarlo como personificado en el rabí Hillel, quien vivió poco antes de Cristo, fue fundador de le escuela que lleva su nombre y ha sido comparado por algunos con el Reden-

tor del mundo. Según la tradición de los hebreos, aquel hombre extraordinario sabía todas las lenguas, entendía el habla de los montes, de las colinas, de los árboles, de los animales así domésticos como salvajes; en cambio, de idea alguna grande, de algún plan de reforma moral, no hay ni rastro en lo que de él refieren sus admiradores; toda su teología y su religión se resolvían en jurisprudencia, y las cuestiones que eran materia de sus disputas, son tan baladíes que no merecen citarse; extendía, v. gr., el precepto de no preparar alimentos en sábado hasta el punto de disputar sobre si en tales o cuales circunstancias era o no lícito comer un huevo que había sido puesto en el día del Señor. ¿Qué semejanza tiene todo esto con el carácter de Jesús? El mismo escritor francés que ha tenido la triste gloria de resucitar en este siglo el ebionismo, dice que Jesús no conoció la escolástica extravagante que se enseñaba en Jerusalén y que más tarde debía constituir el Talmud; que si algunos fariseos la habían introducido en Galilea, El nos los trató y cuando posteriormente tocó de cerca aquella casuística necia, no sintió por ella sino desprecio. Luego si la imagen de Cristo no es historia sino

invención de los Apóstoles, los inventores debieron sacar los elementos de su poema de los dechados de perfección moral que tenían a la vista, y por consiguiente, de aquel ideal nacional, estrecho, sutilizador de los doctores de la ley; pero la imagen de Cristo es precisamente todo lo contrario; luego es copia de una fisonomía original, cuya unidad y consistencia no se explican sino por la exactitud con que los biógrafos la trasladaron a sus escritos.

Pero, ¿qué digo? El carácter de Jesucristo sobrepuja, no solamente las ideas estrechas del pueblo judío, sino que es superior a todas las fuerzas creadoras del ingenio humano. Nadie ha podido representar este verdadero hombre y Dios verdadero, sino aquellos a quienes en el pasmo de la adoración y en el éxtasis del amor les fue dado contemplar su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. No podía hombre alguno crear ese tipo sin segundo: sólo su realidad corpórea ha podido imprimir en algún grado su imagen en los hombres. Y tan cierto es esto, que la ciencia cristiana y el arte cristiano, elevados por él a una altura que no conocieron los Helenos ni los Romanos en sus mejores tiempos,

apenas si pueden esbozar su fisonomía y representarla toscamente. Sólo los Santos fueron capaces de copiarla hasta cierto punto en sí mismos; pero amándole con todas las fuerzas de su alma, contemplándole sin cesar, imitándole en todos los pasos de su vida y tratando de empaparse en sus pensamientos, en sus afectos, en sus deseos. ¿Y sería dable que semejante figura fuera producida por unos judíos fanáticos e ignorantes, o hubiera nacido en una época de descomposición social, en el seno de unas comunidades cristianas que no se sabe de dónde vinieron y que brotaron, como los hongos, de la tierra? ¿Y esa fábula inventada así, al acaso, por el pueblo, habría regenerado al mundo y creado la humanidad y la civilización cristianas? Convengamos en que no se puede concebir nada más insensato que esta hipótesis calificada de ingeniosa y de científica.

¿Y qué diremos de la novela que, aprovechándose de los artificios empleados por el racionalismo teológico alemán y mezclando blasfemias antiguas con blasfemias modernas, compuso un insigne miembro del Instituto de Francia? ¿De esa novela escrita en estilo terso y ele-

gante y cuyo protagonista es un visionario de Galilea, amable y virtuoso a los principios, convertido luégo en fanático sombrío, y que llevado más tarde por la fuerza de los acontecimientos, se resuelve a hacer el falso papel de Mesías y viene a morir en la cruz no se sabe si resignado o desesperado ? No digamos nada. No pongamos la mano en ese cúmulo de contradicciones y falsificaciones que ya va cubriendo el polvo del olvido. Dejemos en su engaño a los que creen en la rectitud, el amor invencible de la verdad que, según dicen, fueron prendas características de este ídolo de los impíos.

Por nuestra parte, hermanos míos, creo que más bien que al dicho de escritores recientes, cuya buena fe es harto problemática y que en todo caso llegan demasiado tarde para negar la realidad de los hechos evangélicos, debemos atenernos al testimonio de unos hombres que fundaron su vida en sus creencias y a quienes los enemigos pudieron amenazar, perseguir, dar muerte, pero nunca acusar ni menos convencer de mentira ; a un testimonio que confirman los mismos evangelios apócrifos, invocados para infirmarlo, puesto que ellos pre-

suponen la substancia de los sucesos que desfiguran y hacen resaltar con el contraste de sus disparatados y ridículos aditamentos, la sobriedad y sencillez de la narración evangélica; a un testimonio que ha sido ratificado por una sentencia inapelable y solemne, es decir, por la conversión del mundo antiguo, que hallándose en mejores condiciones para apreciar la verdad de hechos recientes, no se hubiera convertido al cristianismo a costa de tántos sacrificios, si no hubiera estado cierto de los sucesos en que se fundaba su creencia; a un testimonio robustecido con la misma polémica de los judíos y paganos, no sólo en cuanto ellos quedaron derrotados en el combate, sino porque sus argumentos consistían no más que en declamaciones, sofismas, afirmaciones gratuitas, fábulas y calumnias, sin que jamás en los libros que han llegado hasta nosotros se descubra ni rastro de un estudio fundamental de los hechos, de una investigación seria, de una refutación apoyada en datos ciertos y comprobados. Debemos atenernos, finalmente, a un testimonio que vienen a sustentar hasta los mismos escritores indiferentes, que sin elevarse hasta la fe del cristianis-

mo, o por mera honradez natural, o porque la verdad les embargaba aunque fuera momentáneamente, robustecen con sus dichos la relación del Evangelio. ¿Quién no conoce la famosa página de Josefo en que habla de Jesucristo y en la cual, sea de buena fe, sea por ironía o refiriéndose a la creencia de los cristianos, o más bien porque la misma Providencia que le destinó a narrar con tan patéticos colores la vaticinada ruina de Jerusalén le impulsara también a escribir aquella página, confiesa sin ambages lo que entonces se sabía y creía acerca de Cristo? ¿Quién no reconoce la imagen evangélica de Nuestro Señor en ese Jesús, hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre, que hacía obras prodigiosas, que era maestro de los que gustaban escuchar la verdad, que tuvo muchos seguidores y que después de que Pilatos, a instigación de los principales de nuestra gente, le hubo crucificado, no dejó de ser amado de sus discípulos y aun se les apareció vivo, como estaba vaticinado por los profetas?

Concluyamos, pues, que la verdad histórica del Evangelio está fuéra de toda duda racional, y que a confirmarla concurren la posición de

sus autores como testigos de la vida de Jesús, no menos que su carácter moral y la santidad de sus acciones; el sello de simplicidad y sobriedad de la misma relación evangélica; la grandeza, elevación y unidad de la fisonomía de Jesús que brilla en los cuatro Evangelios a pesar de sus notorias diferencias; la exacta concordancia de estas relaciones y de todas sus determinaciones etnográficas, cronológicas y geográficas con los resultados de la investigación científica; el espíritu de crítica, digamos, con que los autores de los Evangelios proceden, como lo vemos en San Lucas, y por último, lo vano y absurdo de los sistemas racionalistas inventados para dar razón del origen del Evangelio.

Si algo hay cierto en historia, es lo que cuenta el Evangelio. Allí está no muerta sino viva la figura de Jesús, amable y sereno, elevado hasta lo sublime, humilde y sencillo hasta la familiaridad, cercado con la aureola de una sabiduría y de una santidad que no tienen ni tendrán semejante.

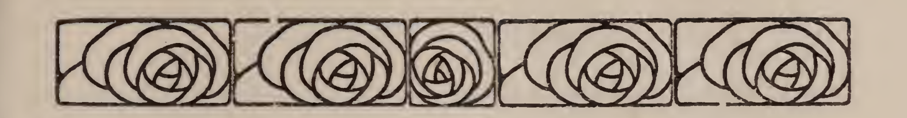
Lo contemplaremos en los días siguientes para conocerlo mejor, para amarle más y sobre todo para adorarle como merece y para

convencernos de que no hay otro nombre en el cual podamos ser salvos que el nombre de Jesús, ante quien toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.





EL VERBO ENCARNADO



II

EL VERBO ENCARNADO

Et si ego testimonium perhibeo de me ipso, verum est testimonium meum, quia scio unde veni et quo vado.

Aunque yo doy testimonio de mí mismo: mi testimonio es digno de fe: porque yo sé de dónde soy venido, y a dónde voy.

(Joan. 8, 14).

LOS libros del Nuevo Testamento, lo mismo que los del Antiguo, son, conforme a la fe de la Iglesia, libros divinos, es decir, escritos por impulso y bajo la particular dirección del Espíritu Santo, en tal manera que Dios es su autor principal, si no único, y el escritor humano es simple instrumento de la acción divina, no instrumento ciego e inerte porsupuesto, sino libre e inteligente.

Mas aparte de esta propiedad de libros inspirados, son también ellos los más antiguos,

los más auténticos y completos documentos acerca de la vida y obras de Nuestro Señor Jesucristo. Y en este carácter los hemos considerado, haciendo completa abstracción de la calidad de sus autores como órganos extraordinarios de la Revelación, del carisma de infalibilidad que por tal concepto acompañaba a su palabra así oral como escrita, y del correspondiente deber de fe que a los cristianos les incumbe, respecto de las enseñanzas contenidas en aquellos libros

Hemos visto cuán vanos han sido los esfuerzos de la incredulidad para menoscabar el valor histórico de nuestros libros sagrados. El racionalismo creyó haber resuelto la cuestión satisfactoriamente afirmando que Cristo no había sido sino un hombre benéfico y sabio a quien la posteridad agradecida atribuyó honores divinos, como a los héroes de las edades fabulosas; que sus obras, tenidas por la ignorancia como milagros, fueron sólo efectos de su poderosa personalidad, acaso de una fuerza magnética extraordinaria o de un conocimiento profundo de las leyes de la naturaleza; y que, según eso, la crítica debía distinguir los hechos mismos y el modo como los apreciaron los evan-

gelistas, y separando estos dos elementos de la narración, sacar a luz, limpio ya de la envoltura de las ideas personales y de las preocupaciones de la época, el fondo o núcleo verdadero de la historia.

Las extravagancias a que esto dio lugar, fueron inauditas; las torturas a que se sometió el texto sagrado, innumerables. Cuando se tropezaba con uno de esos sucesos cuyo carácter sobrenatural salta a la vista, el crítico tenía que trasladarse en espíritu al lugar del acontecimiento y ver de completar la relación con algunas circunstancias o antecedentes o concomitantes que el autor debió de callar por olvido o en fuerza de sus preocupaciones sobrenaturalistas, todo con el fin de reducir el hecho a las proporciones de lo ordinario y común y rebajar a Nuestro Señor a la condición de un hombre sabio y noble que, a semejanza de Sócrates, acepta la muerte por amor a la verdad, pero que felizmente quitado de la cruz antes de expirar y bien cuidado por sus amigos, recobra la salud y da lugar a que digan que resucitó.

Cuando todas estas quimeras cayeron a los golpes de la apologética católica o se desmoro-

naron por sí mismas, se acudió, como ya vimos, a la no menos descabellada teoría de los mitos, nacida al calor de la filosofía hegeliana. Porque si el racionalismo rehusa admitir la intervención sobrenatural de Dios en este mundo, de igual manera y con mayor razón todavía, el panteísmo, ya sea materialista o idealista, rechaza los milagros y los condena como absurdos. Para quienes no reconocen un Dios personal y distinto del universo, sino un Dios que se confunde con el mundo, que se desenvuelve y actúa en el mundo, los milagros son imposibles: y así hay que declarar que no han tenido lugar. Para ello es menester aplicar a la narración evangélica los procedimientos disolventes de la crítica, a fin de crear en su lugar y con los residuos de la operación la fantasmagoría mitológica en que se pretende transformar la vida de Cristo y los orígenes del cristianismo. Así resultó que los Evangelios no eran lo que se pensaba, no eran historia, ni natural ni sobrenatural; eran simplemente el sedimento de la fábula y de la poesía, el fruto de una labor inconsciente de las imaginaciones populares.

La inconsistencia, la absurdidad, la contradic-

ción de estos sistemas, son cuando otra no hubiera, una prueba palpable de la verdad histórica de la vida de Cristo, la cual, como se echa de ver, no ha sido impugnada sino en virtud de una preocupación y partiendo del axioma de que los milagros son imposibles, en lugar de hacer lo que la razón aconseja, es decir, averiguar si existen, si son hechos reales, para deducir de ahí que son posibles.

Por nuestra parte estamos ciertos, y esta es la conclusión que hemos sacado, que la relación es verdadera, como lo comprueban así sus caracteres internos como los testimonios externos que la acompañan; que allí se nos cuenta lo que realmente pasó y tal como pasó, por personas que lo vieron y palparon y que dicen como San Juan: Lo que vimos, lo que oímos, lo que nuestras manos tocaron, eso es lo que os anunciamos.

Esto supuesto, vamos hoy a ver lo que dice Jesucristo de sí mismo; vamos a interrogarle como los judíos a Juan Bautista: *¿Quid dicis de teipso?* Veremos en primer lugar qué es lo que afirma acerca de su persona, y luégo si ello es posible y podemos admitirlo como cierto.

***

En cuanto a lo primero, es un hecho notorio que en el fondo de todas las religiones de los pueblos así bárbaros como civilizados, junto con la memoria de un estado primitivo de felicidad, se halla la esperanza de un libertador que destruya el imperio del mal y haga renacer la edad dorada del mundo. Ideas son éstas que no pueden considerarse sino como resto de las primitivas tradiciones del género humano, aunque alteradas por el tiempo y acomodadas en sus circunstancias a la índole de las diversas razas y naciones. A propagarlas y conservarlas debieron de contribuir sin duda alguna las repetidas dispersiones del pueblo hebreo, que en diversas épocas de su existencia le pusieron en contacto con las naciones más cultas y poderosas de la tierra. De las esperanzas mesiánicas en el seno de aquel pueblo, no hay para qué decir nada, pues aunque adulteradas en el tiempo de Cristo, constituyen el rasgo más notable de su fisonomía y se mantuvieron siempre vivas, hasta el punto de que esa idea que alimentaban los judíos de un dominio futuro sobre el mundo era, según

dice Tácito, una de las causas que los hacían odiosos a los gentiles.

Los poetas, los filósofos, las almas más nobles de la antigüedad, están llenas de esta esperanza y expresan de la manera más clara el deseo de que, como dice Platón, venga un maestro del cielo a instruir a los hombres y a enseñarles el camino de la verdad. Particularmente hacia los tiempos de Cristo, aquella aspiración se había hecho más viva y más general. El mundo entero aguardaba algo nuevo y extraordinario. Suetonio y Tácito nos dicen que esta opinión antigua y constante se había dilatado por dondequiera y que todos esperaban que de la Judea saldrían los que habían de alcanzar el señorío del mundo. Virgilio se apodera de estos pensamientos y aunque los aplica al hijo del Cónsul Polión, sin embargo en el concepto de la redención y de sus efectos, lo mismo que en lo que toca a la persona del redentor, se acerca más que nadie a las profecías del Antiguo Testamento.

Pues en los momentos en que la expectativa de un hombre poderoso que había de cambiar la faz del mundo era universal, cuando el oriente y el occidente concurrían en este mis-

mo pensamiento, cuando el orbe se hallaba pacificado y como silencioso y las almas bien nacidas, deshecho el prestigio de los antiguos dioses, se sentían más que nunca atormentadas por el ansia de lo infinito, apareció en la Galilea el maestro divino, ¡y cosa rara! mientras los grandes vates de Israel señalaban siempre a lo futuro y anunciaban al que había de venir, mientras Esquilo y Hesíodo y Virgilio clamaban por el retorno del reinado venturoso de Saturno, por la renovación del mundo y la venida de una generación celestial, mientras los genios de Platón y de Sócrates y de Cicerón suspiraban por un maestro que explicara lo que su mente no alcanzaba, sólo Jesús se muestra exento de semejante aspiración, no espera a nadie, no anuncia a otro que haya de venir después de El, no suspira por quien le descubra la verdad, antes se muestra como el esperado de las naciones, en posesión plena de toda verdad y de todo bién para comunicarlos a los hombres que le quieran escuchar y seguir.

Delante de sus discípulos, delante del pueblo, en presencia de las autoridades de la Sinagoga, lo mismo que ante el tribunal del Go-

bernador romano Jesucristo se declara como el Mesías, el Hijo de Dios en sentido propio y exclusivo. ¿Quién, dicen los hombres, que es el Hijo del hombre? pregunta una vez a los Apóstoles, y ellos le responden: unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas. Y díceles Jesús: y vosotros ¿quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús respondiendo, dijo: Bienaventurado eres Simón hijo de Joná porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Mi Padre y yo somos una misma cosa, exclama Jesús en el templo, y al oír esto los judíos cogieron piedras para apedrearle, y díjoles Jesús: Muchas obras buenas he hecho delante de vosotros. ¿Por cuál de ellas me apedreais? y los judíos le respondieron: No te apedreamos por ninguna obra buena sino porque siendo tú como eres hombre, te haces Dios. Y los judíos, dice el evangelista, andaban tramando el quitarle la vida no solamente porque violaba el sábado sino porque declaraba que Dios era padre suyo propio, haciéndose igual a Dios. Más tarde oiremos a ese mis-

mo pueblo encabezado por sus ancianos y pontífices vociferar ante el pretorio de Pilatos diciendo: Nosotros tenemos una ley y según esta ley debe morir porque se ha hecho hijo de Dios. Y ya antes cuando el sumo sacerdote en la junta del Sanedrín y con la autoridad de su cargo, le dijo: yo te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, Jesús le respondió: tú lo has dicho y aun os declaro que veréis después a este Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad venir sobre las nubes del cielo.

Y no hay para qué entrar en disquisiciones filológicas sobre el sentido de la palabra Hijo de Dios, o discutir sobre si los judíos creían que el Mesías había de ser Dios o simplemente un hombre elegido por Dios, porque si bien el resultado de tales investigaciones favorece la interpretación católica, todavía, aun suponiendo que aquellas palabras admitan un sentido más lato y menos propio, es claro que Jesús se las aplica en el sentido estricto de igualdad con Dios, que así lo entendieron los discípulos, que así lo entendió el pueblo que le quería apedrear, los sacerdotes que le condenaron por blasfemo, los ancianos y magistrados que pi-

dieron su muerte porque se había querido hacer Hijo de Dios.

A más de que el testimonio de Cristo no estriba en estas solas palabras sino en otras innumerables. ¿Qué es lo que afirma sino su poder creador y conservador cuando dice: Mi Padre hasta ahora trabaja y yo también trabajo, o cuando extendiendo la mano para curar al leproso dice: Quiero, sé limpio? ¿Qué otra cosa enseña sino su eternidad, cuando dice que El existe antes que el mundo fuera hecho, que asciende al cielo porque descendió del cielo y que aun después de muerto estará con los suyos hasta la consumación de los siglos? ¿Qué interpretación admiten sus palabras cuando se ofrece como objeto de adoración, y preguntando al ciego a quien había dado vista: si cree en el Hijo de Dios, y respondiéndole éste: díme quién es para que yo le confiese, le dice Jesús: Tú lo has visto y el que habla contigo ese es, y consiente en que aquel hombre cayendo en tierra le adore como a Dios? Leed si no todo el Evangelio de San Juan y hallaréis a cada paso las declaraciones más sorprendentes, más claras, más explícitas, de la divinidad de Jesús. Allí el Salvador compara y con-

trapone su origen terreno como hombre a su origen divino que El solo conoce ; allí afirma que antes de su aparición en el mundo estaba en el cielo, en el seno del Padre, de modo que su existencia es anterior a los tiempos de Abraham y a la creación del mundo ; allí dice que El descendió del cielo y vino al mundo y que dejará el mundo y volverá a su Padre. Allí declara su unidad esencial con el Padre y que de consiguiente no puede hacer nada sin su Padre porque las operaciones *ad extra* le son comunes con El y siendo úno con el Padre y con el Espíritu Santo estará con los suyos después de su muerte y el Padre también habitará en ellos.

Esta doctrina es la que con palabras llenas de majestad resume el evangelista en el prólogo de su Evangelio. El Verbo, dice, era en el principio, es decir, antes del principio del mundo, y el mundo fue hecho por El. Un sér que existe antes de la creación del mundo es un sér divino, porque antes del mundo no existía sino Dios. En esa su vida antemundana el Logos o Verbo estaba en Dios, con que se da a entender que es persona distinta del Padre pero unida estrechamente con El, y no sólo unida a

Dios sino que era Dios también, es decir, de la misma esencia y substancia de Dios. El Verbo es, pues, una persona subsistente por sí misma, no es la personificación de ninguna virtud o atributo divino, ni una idea como las que hay en la mente humana, que son meros accidentes o modificaciones suyas. Por eso aunque está en Dios, tiene actividad propia, es enviado al mundo, toma carne humana, y en esta manifestación corpórea descubre su gloria, porque le vemos lleno de gracia, de poder y de verdad.

¡Qué doctrina tan sublime al par que tan nítidamente expuesta! ¡Cuánto se diferencia de la teosofía judío-alejandrina y de las embrolladas e interminables genealogías de los maestros de la *gnosis!* Mientras que el Logos o Verbo de San Juan es Dios, igual a Dios y Creador del mundo, el Logos de Filón y de los neoplatónicos está subordinado a la Divinidad en sentido arriano y o no tiene personalidad o es a lo sumo el demiurgo o componedor del mundo, no su creador. Alguna analogía muestran los delirios emanatistas de los gnósticos con la enseñanza del apóstol, mas es bien sabido que para la for-

mación de sus sistemas se aprovechaban aquellos herejes del Evangelio, depravándolo y mezclándolo con elementos exóticos. Nadie ignora, por lo demás, que el pensamiento cristiano se extendió desde el principio por el mundo como una poderosa levadura y se infiltró aun en campos que le eran no sólo extraños sino hostiles. Así como el estoicismo de Séneca y Epicteto está fuertemente teñido de cristianismo, el sistema neoplatónico de que fue padre Ammonio Saccas, educado en la religión de Cristo, da muestras de este mismo influjo.

Andan, pues, muy descaminados los que pretenden explicar el dogma cristiano como fruto o evolución de aquellas especulaciones. Más justo sería y más acorde con la lógica y con la cronología, invirtiendo la relación, explicar estas últimas por la penetración de las ideas cristianas. Ni es menos infundada la aserción de que los Padres de la Iglesia o algunos de ellos introdujeran en el cristianismo las lucubraciones de Platón. Lo que hay de cierto es que en su empeño de atraer a los gentiles a la fe de Cristo, estudiaban e interpretaban las ideas platónicas, como también las de otros

filósofos, desde el punto de vista cristiano, haciendo ver cómo la razón humana en sus más calificados representantes había entrevisto algo de lo que con tánta claridad enseñaban Jesucristo y los apóstoles. [1]

Si en alguna parte hemos de buscar raíces y antecedentes a la doctrina de San Juan, no los hallaremos sino en el Antiguo Testamento y señaladamente en los libros sapienciales. Allí dice la Sabiduría: « El Señor me poseyó desde el principio de sus obras, antes de hacer nada en el principio ». Allí se enseña que esta sabiduría divina es una exhalación de la virtud de Dios, una pura emanación de la gloria de Dios Omnipotente, resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios e imagen de su bondad, la cual con ser una sola lo puede todo y siendo en sí inmutable, todo lo renueva. Palabras estas últimas que concuerdan perfectamente con las de San Pablo, quien apellida a Cristo resplandor de la gloria del Padre, vivo trasunto de su esencia, y dice que lo sustenta todo con su poder.

No dejaré de observar aunque sea de paso el sentido profundo de aquel título de Hijo

Véase ALZOG. *Historia eclesiástica. Epoca 1.ª Parte 2.ª*

del Hombre que con tánta frecuencia se atribuye a sí mismo Nuestro Señor, y que si bien no excluye la interpretación de que El es el hombre ideal, el hombre por excelencia, el que resume en sí toda la especie mostrando la naturaleza humana limpia de toda mancha y escoria, es principalmente, según el designio del Salvador, una afirmación clarísima de su divinidad.

El profeta Daniel, en una de sus revelaciones, vio venir sobre las nubes del cielo (expresión que en los profetas no se atribuye sino a Dios) un personaje que parecía ser el Hijo del Hombre. Este se adelantó hacia el anciano de muchos días que estaba en el trono, y el anciano le dio la potestad, el honor, el reino, y todos los pueblos y tribus y lenguas, le servirán a El y la potestad suya será eterna y no le será quitada y su reino será indestructible. Pues, ¡ cosa admirable ! si leeis con cuidado el Evangelio notaréis que Nuestro Señor se sirve de este calificativo de Hijo del Hombre, precisamente cuando afirma su potestad de perdonar los pecados, cuando anuncia su segunda venida en el esplendor de su reino, cuando declara el poder que posee de juzgar al mundo, y por eso al responder a la pregunta del Sumo

Sacerdote, añade con una manifiesta alusión a Daniel, alusión que no debió de escaparse a los sacerdotes y letrados que le oían : Veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra de la virtud de Dios, venir sobre las nubes del cielo.

Pero no son sólo las pabras de Jesús las que dan testimonio de su divinidad ; es su conciencia, y aquí debemos ante todo parar la atención en el hecho de que no hay ningún personaje de la historia cuya vida íntima nos sea tan conocida como la de Nuestro Señor Jesucristo. De la mayor parte de los hombres conspicuos, si exceptuamos algunos de los Santos, apenas sabemos los hechos externos, aquello que se parece a los ojos de los hombres ; raras veces alcanzamos a echar una ojeada sobre su interior, sobre sus pensamientos y afectos íntimos. En el Evangelio, por el contrario, es la vida del alma la que se pone de manifiesto y sin que falten las indicaciones exactas de las cosas exteriores, la pintura sobria pero llena de movimiento de los hechos y vicisitudes de la vida, se siente el lector en comercio inmediato con la conciencia y con el corazón de Jesús. Ahora bien, sería menester recorrer todas las páginas del sagrado libro para

convencernos de que no hay casi paso ni palabra del Salvador en que no se descubra de la manera más inmediata, más positiva y al mismo tiempo más natural, una conciencia divina, absolutamente elevada sobre todo lo que es creado y finito. Jesucristo se siente dueño de la ciencia absoluta de Dios: no dice como el más insigne de los filósofos de la Grecia: sólo sé que nada sé; no confiesa como Moisés, el mayor de los profetas, que él no ha contemplado a Dios en su esencia y que apenas pudo, lleno de espanto, mirar la huella de su paso; no dice como Pablo, el más iluminado de los apóstoles: mi ciencia es parcial y deficiente; no veo a Dios sino como reflejado en un espejo y a través de unos enigmas indescifrables. Nó; su inteligencia náda en una claridad sin límites: lo que sabe, lo que contempla desde la eternidad en el seno del Padre, eso es lo que nos comunica; El conoce al Padre tan perfectamente como es conocido del Padre; y así habla de los misterios más recónditos, como de la naturaleza de Dios, de la gloria de Dios, de los designios de Dios con suma sencillez, con la naturalidad con que un hombre puede hablar de las cosas de su

familia y de su casa. Pero no sólo conoce la verdad sino que El mismo es la verdad. ¿ Quién que no fuera Dios podía decir : Yo soy el camino, la verdad y la vida ; yo soy la luz del mundo ? ¿ En qué otra boca que en la de Jesús no parecerían tales palabras desvaríos y alucinaciones de loco, propias para provocar más bien que el respeto la risa de los oyentes ?

Y lo mismo que su inteligencia, osténtase su voluntad como una voluntad absoluta y divina. Miradle, si no, subir a la montaña, abrir los labios y con majestad sublime, como supremo legislador, en fuerza de su propia autoridad, completar, modificar y perfeccionar la ley de Dios y dictar los mandamientos conforme a los cuales ha de juzgar a la humanidad en el último día. Dueño de la omnipotencia divina, siente y declara que tiene potestad para dar su vida humana sin que nadie se la quite y para volverla a tomar cuando quiera, y cierto asímismo de su poder sobre los hombres, les perdona en nombre propio sus pecados, dando también poder a sus representantes y delegados para abrir y cerrar el cielo, para perdonar o retener los pecados a su arbitrio.

Pero aún es más: Jesús se considera a sí mismo como la fuente de toda virtud, de toda gracia, de toda vida sobrenatural. Decidme ¿quién, sin incurrir en la indignación de los hombres como el más orgulloso de todos ellos o hacerse blanco de sus burlas como un insensato, sería capaz de lanzarles estas palabras: Sin mí nada podéis hacer: como el sarmiento no da fruto si se separa de la cepa, así vosotros nada podéis si no permanecéis en mí? ¿Quién pudo apellidarse como El la fuente de las aguas vivas y decir: Si alguno tiene sed venga a mí y beberá y será lleno de vida, o bien yo soy el pan vivo que descendió del cielo y el que me come vivirá eternamente? ¿Quién sintió jamás en sí el manantial de todo consuelo y de toda fuerza para llamar a cuantos trabajan y sufren bajo el peso de sus miserias, a fin de aliviarlos? ¿Quién otro, finalmente, se atrevió a ofrecerse como el dispensador de la inmortalidad, el vencedor de la muerte, diciendo: yo soy la resurrección y la vida?

Sólo con este convencimiento pudo sin menoscabo de aquella humildad que es distintivo de su humanidad santa, pedir para sí todo aque-

llo que sólo a Dios es debido: que todos honren al Hijo como honran al Padre, pues el que no honra al Hijo, no honra al Padre; que crean en El y confíen en El como creen y confían en Dios, que oren en su nombre y, por último, que le amen con aquel amor supremo con que se debe amar a Dios y que sólo Dios puede exigir, es decir, con un amor que se sobreponga a todos los sacrificios, que rompa los vínculos más legítimos de la naturaleza y de la sangre, que exceda al amor que se debe al padre, a la madre, a la esposa, a los hijos.

Me he detenido demasiadamente en estos extractos del Evangelio. Como lo habréis observado, no hay aquí una sola palabra que no sea textual, y como esas hay otras sinnúmero que cada cual puede hallar por sí mismo. Nadie puede negar que en todas ellas se expresa y revela una conciencia divina en el sentido más propio, y que cabalmente esta conciencia de su divinidad es en lo que consiste, pudiéramos decir, lo más característico de la persona de Cristo, pues que ella informa y penetra todas sus palabras y acciones. Y es de notar que lo que en un puro hombre

se tomaría por signo de demencia, lleva en Jesús el sello de una verdad y de una sinceridad inimitables: se ve que no es aquello efecto de vana ostentación, sino simplemente la confesión de una verdad de sentido íntimo; que El sería un mentiroso si hablara de otra manera y que no es su propia gloria la que busca sino la de la verdad. Y con esta conciencia divina se hermana una vida pobre y humilde y sencilla que no es bastante a oscurecer, antes hace lucir aún más los resplandores de la divinidad.

Sería menester recitar todo el Evangelio si quisiéramos agotar los lugares en que Jesús se declara Dios en un sentido perfecto y absoluto. Podría decirse que casi no predicó ni enseñó otra cosa. A demostrar esta verdad se encaminaron todas sus enseñanzas y todas sus obras portentosas, sin que jamás rectificara la interpretación que los oyentes daban a sus dichos, antes la confirmaba y añadía que no eran los hombres quienes inspiraban esta convicción, sino Dios mismo con las luces de su espíritu. De este dogma fundamental de la religión fue Jesucristo el primer apóstol, como fue el primer mártir, pues murió por confesar-

lo y lo selló con su sangre. Así que excluir esta doctrina, sería condenarse úno a no entender nada del Evangelio, sería quitar de él lo que constituye su esencia.

* * *

Pero, ¿y es esto posible? ¿Puédese admitir racionalmente que un hombre sea Dios o que Dios, Sér infinito y necesario, sea al mismo tiempo hombre como nosotros? ¿No es la encarnación una cosa inconcebible y contradictoria? Hé aquí lo que asusta y escandaliza a la incredulidad y a la falsa filosofía. Cuando los incrédulos niegan la divinidad de Cristo, no lo hacen apoyándose en hechos objetivos e históricos, sino sólo en dificultades metafísicas, en la preocupación infundada del naturalismo de que la encarnación es un imposible, una contradicción en los términos.

Convengo en que la razón humana no es capaz de demostrar positivamente y con argumentos intrínsecos la posibilidad de la unión hipostática, y esto porque no conoce adecuadamente la extensión de la omnipotencia divina ni la correspondiente aptitud o potencia obediencial de la criatura, ni tampoco puede

comprender la personalidad del Verbo, ni aun siquiera le es dado entender a fondo la relación que media entre la naturaleza y la hipóstasis en los seres creados. Este es, pues, un misterio sobrenatural, del todo inaccesible a la inteligencia creada, sea angélica o humana y en el cual, como dice San Agustín, si se hallara razón ya no sería admirable, si se encontrara ejemplo no sería singular. Hay que convenir, añade, en que Dios puede hacer muchas cosas que nosotros no podemos investigar y que en tales cosas toda la razón del hecho es la potencia del que lo hace.

Mas por lo mismo que nadie puede probar positivamente y de manera evidente que la Encarnación es posible, tampoco logrará nadie demostrar su imposibilidad, puesto que para ello sería asimismo necesario conocer adecuadamente la esencia del misterio y comprender el sér y poder de Dios, no menos que el arcano subidísimo de la trinidad de personas en la unidad de la substancia divina.

Las dificultades de los incrédulos en éste como en otros muchos puntos, estriban por la mayor parte en una errada inteligencia del dogma católico. Al hablar de la Encarnación imaginan algu-

nos que ella implicaría una especie de limitación, mengua o alteración del Sér divino, una mezcla y como fusión de la naturaleza humana con la divina; paréceles que Dios se muda, se rebaja, se materializa, o que el hombre, o mejor dicho, la humanidad queda o absorbida en la divinidad o indignamente mutilada; juzgan, en fin, que la unión hipostática es por todo esto una unión monstruosa y absurda de cosas absolutamente inconciliables y aun opuestas.

Pero tal concepto del misterio es falso, es una imaginación grosera, condenada por la Iglesia hace más de catorce siglos, al proscribir los errores de los eutiquianos, monofisitas y monotelitas. No se trata de una metamorfosis o transubstanciación, no de una mezcla o confusión de naturalezas, sino solamente de una unión, ciertamente la más fiel y apretada que se pueda concebir, pero que no destruye ni menoscaba las propiedades de la naturaleza humana, ni las de la divina. Ni el Verbo deja de ser inmutable y eterno e infinito porque asuma la naturaleza humana de Cristo, ni esta última pierde nada de su entera independencia, de su completa integridad, de su propia individualidad, y si no es por sí persona dis-

tinta y subsistente, la persona del Verbo desempeña para con ella las funciones que en el orden natural tiene la hipóstasis humana.

Nadie niega que el sér increado y el sér creado son esencialmente distintos, que Dios está por sus perfecciones incomunicables absolutamente elevado sobre toda criatura y que entre El y ellas hay por este concepto distancia infinita. Pero de ahí no se sigue que haya inconciliable oposición, separación absoluta. Muy al contrario. La criatura por lo mismo que es criatura se halla en la más íntima y esencial relación con Dios, su causa primera, su fin necesario, su prototipo supereminente. Y ni más ni menos, porque Dios es independiente de las criaturas y ellas dependen de El, pudo, sin menoscabo de su alteza y soberanía, elevar una de ellas a una inefable unión consigo, cosa que por otro parte conviene a su sabiduría y bondad y no desdice de la naturaleza racional hecha a imagen y semejanza de Dios.

Tan luego como se logra formar un concepto justo de la doctrina de la Encarnación, no sólo desaparecen las dificultades que espantaban a la razón, sino que todo espíritu pensador ve que no se puede dar, fuera de este

dogma, ninguna cosa que cuadre tan perfectamente con las fundamentales relaciones entre Dios y el mundo, ni que venga más exactamente a excluir los opuestos extravíos del entendimiento humano.

En efecto, hermanos míos, si prescindimos del materialismo que, negando en principio el Sér infinito, se pone, digámoslo así, bajo del nivel de todo pensamiento racional, podemos reducir todos los errores filosóficos y religiosos a dos grandes clases o corrientes que se contrarían diametralmente y que son igualmente extremas. La primera, que consiste en un dualismo exagerado, lleva tan adelante la distinción entre Dios y las criaturas, que va hasta negar toda especie de comunicación ni enlace entre Dios y el mundo. Si por acaso se llega a conceder que Dios es criador, si no se sostiene la eternidad de la materia, al menos se desconoce la Providencia, se niega toda intervención del Criador en las cosas de este mundo. Pero decidme, ¿qué puede haber más falso, más frío, más desconsolador que esta teoría sostenida por el deísmo racionalista, teoría que pone entre el Criador y la criatura una valla tan honda, un caos tan ancho, que ni

la omnipotencia, ni el amor de Dios lo pueden llenar ni salvar?

Ante este deísmo seco y estrecho, parece que el panteísmo podía merecer alguna manera de justificación, y esto explica cómo, por vía de reacción contra aquel desvarío, ha podido en diversas épocas seducir y arrastrar en pos de sí algunas almas elevadas que experimentaban la necesidad y la sed de Dios y de la Religión. Pero es el caso que los panteístas queriendo reanudar las relaciones entre Dios y el mundo y hacer más estrecha su unión, dan en otro despeñadero y van a parar a la identificación de las esencias, por la cual, perdiendo Dios y el mundo su propia subsistencia y naturaleza, se hace imposible la unión porque faltan los términos de ella. Pues el misterio cristiano de la Encarnación envuelve la negación de estos opuestos descarríos del espíritu humano, nacidos de conceptos incompletos y exclusivos y viene a poner de resalto la absoluta y esencial distinción, no menos que la perfecta unión de la criatura y el Criador.

Si alguien piensa que no es digno de Dios o que desdice de su soberanía el juntarse de esta manera con la criatura, debe considerar

que Dios al comunicarse nada pierde, y que si no fue indigno de su grandeza el formar al hombre e imprimirle en el alma un destello de su lumbre soberana, no lo es tampoco el levantarle a una tan excelsa participación de su propia vida. Tampoco la naturaleza humana padece detrimento ni se rebaja porque no subsista en su propia personalidad finita y contingente, sino en la infinita y divina del Verbo. Así como la naturaleza corpórea nada pierde de su integridad y belleza, sino que antes es vivificada, animada y hermoseada por el influjo del sol que la baña y penetra con sus rayos, así la naturaleza humana de Cristo no queda anonadada, sino ensalzada y transfigurada por su unión con la persona divina; el alma de Cristo no pierde su natural inteligencia por estar llena de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, ni la voluntad humana de Jesús es privada de su libertad porque el amor divino la posea y santifique, como tampoco el corazón del hombre Dios deja de ser accesible a los sentimientos y afectos humanos, porque en él como en su santuario, more la plenitud de la divinidad. Antes por el contrario, el Verbo encarnado es la

obra maestra de la sabiduría y caridad de Dios, el ápice y corona de todas sus obras. Si en el orden natural, es el hombre como la cumbre de la creación, en quien concurren y se enlazan por modo misterioso el mundo del espíritu y el mundo de la materia, el Verbo encarnado, de quien el compuesto humano es imagen y como esbozo imperfectísimo, viene a ser el complemento sobrenatural del universo, la piedra angular o más bien el coronamiento de la fábrica, el anillo que liga a Dios con el hombre, al cielo con la tierra.

De aquí que él sea también el punto céntrico y como la clave de la historia humana, el restaurador de la paz entre Dios y los hombres, el Libertador de la decaída progenie de Adán por quien se remedia aquella profunda perturbación que el pecado introdujo en los designios divinos y en los destinos humanos.

Si pues la esencia de la Religión, como todos confiesan, no consiste en otra cosa que en el regreso, digamos así, del hombre a Dios, su principio y su fin, es claro que Jesucristo es el fundador de la Religión perfecta, de la Religión universal, de la Religión eterna en la cual encuentran completa y superabundante sa-

tisfacción las más hondas necesidades del alma humana.

¿Qué nos ofrece la incredulidad en cambio de esta idea magnífica de la Encarnación y de la Redención? Los sueños del panteísmo enervante, la corruptora influencia del materialismo, lo frío y estéril del deísmo y luégo........ luégo palabras huecas, frases engañosas y vacías.

El cristianismo que quieren algunos sin Jesucristo, Hombre Dios, ni es cristianismo, ni es religión: porque el cristianismo es la religión absolutamente humana y absolutamente divina, no por otra cosa sino porque Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Jesucristo Dios es la esencia del cristianismo. Esta verdad intrínseca del dogma de la Encarnación es lo que explica el hecho admirable de que la humanidad lo haya recibido con tánto gozo, conservado con tánta constancia, contemplado con tánto amor. Oh! si un Platón, si un Aristóteles hubieran oído el Evangelio del Hombre Dios, habrían sin duda alguna caído de rodillas, extasiados de adoración, llenos de júbilo al ver realizadas, por un modo que supera a sus conceptos, las más altas, las más ardientes aspiraciones de

sus espíritus nobilísimos. ¿Dónde hallaremos una idea que tenga en igual grado el sello de la verdad, una que recate en su seno tan inagotable caudal de luz y de vida? Los doctores santos la han escudriñado prolijamente y mientras más la meditaban y estudiaban más crecía su asombro y su satisfacción. Ah! que no tenga yo espacio para exponeros las profundas conveniencias que hallaron en este misterio; cómo descubren en él la más alta manifestación de las perfecciones divinas, de la justicia, de la santidad, de la sabiduría y sobre todo de la bondad, puesto que nada hay más propio del bien sino comunicarse, ya no sólo por aquella comunicación interna y necesaria en el seno de la Trinidad beatísima, sino con una comunicación externa y libre a las criaturas; cómo ven aquí de manifiesto no sólo la fuerza expansiva y comunicativa del amor que sale de sí para derramar sus bienes en las criaturas, sino también su poder unitivo que junta a la criatura con Dios, su fin y su arquetipo, completando por manera perfectísima el círculo del amor; cómo se extasían contemplando esta gradación de las comunicaciones divinas que comienza en los dones de la naturaleza, si-

gue por los dones creados de la gracia, sube a los de la gloria en que Dios se da según su sér inteligible, y remata en la unión hipostática, por la cual se da Dios en su sér propio, natural y personal. Y al paso que los doctores hallan en este dogma materia abundante en qué ejercitar los vuelos de su inteligencia, las almas más puras y más nobles se dan a contemplarlo y amarlo, y amándolo y contemplándole, se ven iluminadas, transfiguradas, divinizadas y vestidas de una perfección y santidad que no es de la tierra.

Tenemos, pues, por una parte que la Encarnación no es una imposibilidad, que si es incomprensible, no se puede afirmar que sea absurda, y que si nuestra flaca razón no la puede demostrar, sí halla en ella conveniencias y congruencias admirables. Sabemos, por otra parte, que Jesús se ha declarado a sí mismo Dios, Hijo de Dios hecho hombre. Estamos, pues, enfrente de un dilema. Mas para lo que voy a decir y que de buena gana quisiera callar, ruego al Divino Maestro que me perdone y haga que mientras yo estoy hablando, no se aparte de mi mente ni de la vuestra aquella forma gloriosa con que en el Ta-

bor se mostró a sus discípulos escogidos. Decía que nos hallamos en una alternativa: o hemos de aceptar por verdadero lo que Cristo dice de sí o hemos de tenerlo a él si no por un mentecato, por un blasfemo y un impostor. O reconocerlo Dios y amarle y honrarle sobre todas las cosas, o abominarlo con toda el alma como a la personificación más odiosa del orgullo y de la perversidad humanas.

Esto último es enteramente imposible: a ello no se resuelven ni los más atrevidos de los incrédulos y antes de pronunciar la sentencia de condenación contra Jesucristo, se refugian en las hipótesis más extravagantes. Porque realmente es imposible comprender, si no se desconocen todas las leyes de la moral y de la psicología, que aquella vida humilde y pobre, adornada de todas las virtudes, llena de abnegación y de sacrificio, fuera sólo la máscara de la impostura más impía y de una soberbia que vence a toda ponderación. Porque ¿qué hombre podrá haber más criminal y más execrable que el que se vale de todos los talentos que Dios le otorgó, de la inteligencia excelsa, de las dotes del corazón, de las virtudes mismas, para hacerse adorar en lugar de

Dios, para arrastrar al género humano a la idolatría, llevando su protervia y malicia hasta dar la vida para perpetuar el engaño? A más de que si Jesús hubiera sido un falso Mesías, no habría procedido de una manera tan contraria a las ideas y esperanzas del pueblo, sino que más bien se habría dejado proclamar rey de Israel en el sentido político, y poniéndose a la cabeza de sus conciudadanos, habría procurado realizar el ideal judío del dominio y de la conquista universales.

Y cóno se explica que los Apóstoles, los discípulos y muchas de las gentes más sanas de corazón y de juicio creyeran que él era el Hijo de Dios? Es imposible que un mero hombre se haga pasar por Dios a los ojos de los otros honbres, y por Dios en el sentido propio y esticto de la palabra, no a la manera de las apoteosis politeístas, o de las encarnaciones indias de Budismo, o de las emanaciones gnósticas, o al modo como pretendía Montano ser órgano del Espíritu Santo.

El hombre más grande por su genio, resulta muy pequeño cuando se le mira de cerca; despojado del aparato externo que le autoriza y le granjea el respeto del mundo, se echa de

ver que es pobre y débil criatura como los demás de su especie. Sólo con Jesús sucede lo contrario: los que no le conocen no creen en El, los que le conocen, los que le oyen, los que andan con El de continuo, se hallan cada día más convencidos de que El es de veras el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, y que El sólo tiene palabras de vida eterna, y junto con el amor tierno y confiado que les inspira, se observa en ellos una sobrenatural y creciente veneración, un santo temor y reverencia.

Pero aún hay más. ¿Sería posible que el linaje humano, o por lo menos los pueblos más cultos e inteligentes de la tierra, hubieran creído en Cristo, le hubieran amado, y amado como a su Dios, si El no fuera otra cosa que un embaucador, y no como quiera, sino el más repugnante, el más odioso de todos, el que debía causar horror a todo corazón sano, en vez de atraerlo con fuerza irresistible? Y si es una ley eterna que sólo la verdad se sostiene y que el error es efímero, que el bién no nace sino de la verdad y que el error no puede engendrar sino males, ¿cómo había de ser la impostura el origen de una

fe que ha civilizado al mundo, que ha producido la más admirable y universal regeneración y que venciendo todas las dificultades, saliendo ilesa de todos los combates, sobreviviendo a tántas catástrofes, continúa hoy siendo fuente de la piedad más pura, de las virtudes más heroicas, inspirando todos los sacrificios, aliviando todas las miserias, alentando todos los apostolados?

Si Jesucristo no es Dios, habría que decir que Dios había sido vencido por el hombre o que era cómplice de una maldad, o que no existe. Todos los sucesos de la historia parecen dispuestos adrede para favorecer la obra de la iniquidad y de la mentira. Jesús ha logrado sus designios: se ha enseñoreado de las inteligencias y de los corazones, domina en la humanidad como rey de las almas, ve innumerables altares erigidos en su honor, recibe las adoraciones de millones de hombres; muchos renuncian al mundo por seguirlo, muchos de ellos mueren por darle testimonio y muchos más están dispuestos a hacerlo. ¿Cómo puede conciliarse esto con la providencia de Dios, con su justicia, con su santidad?

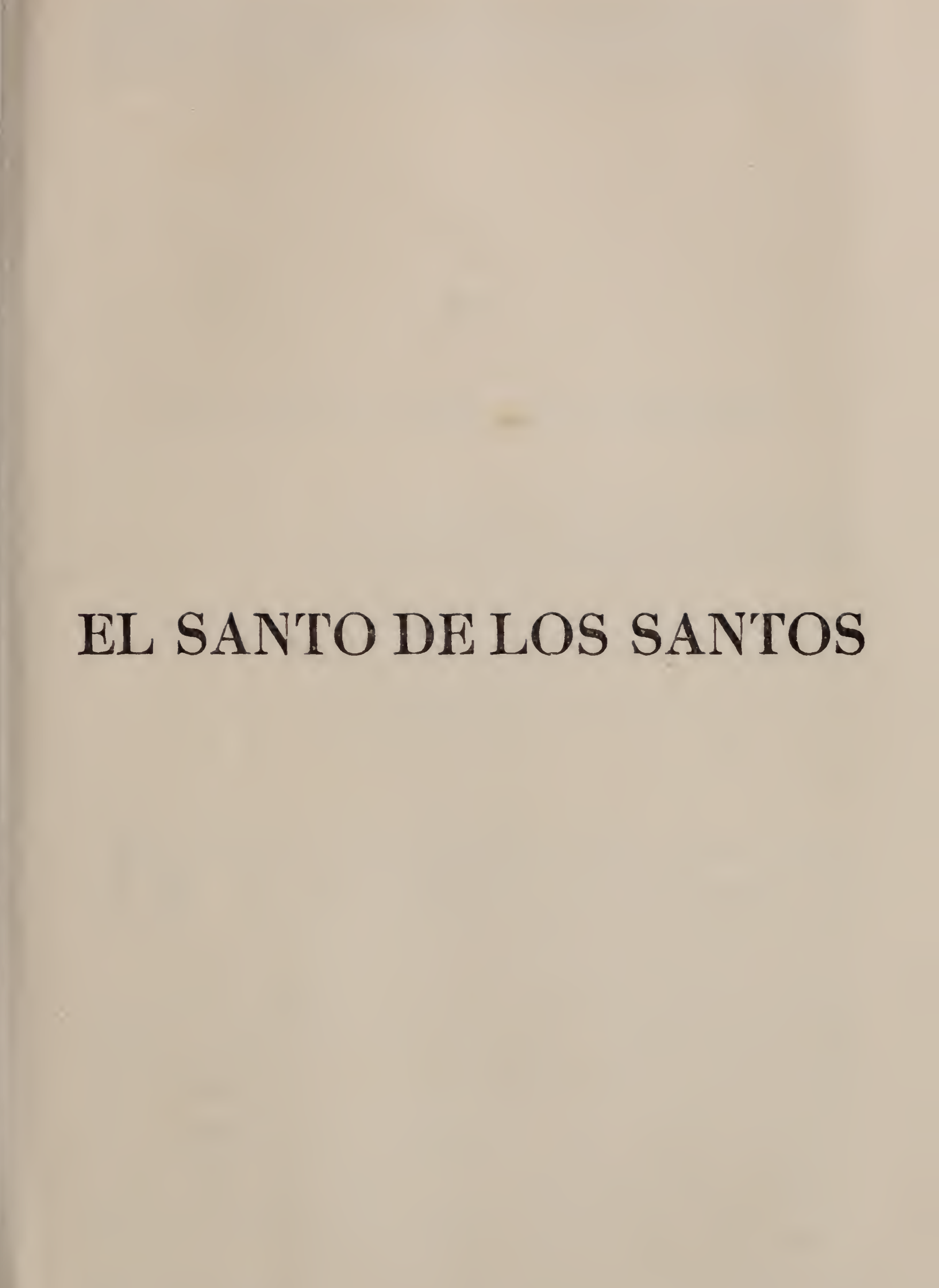
Tan profunda es aquella palabra: Si creéis

en Dios, debéis creer en mí, y podía haber añadido: y si no creéis en mí no podéis creer en Dios. Nó, ni en Dios, ni en la verdad, ni en la historia, ni en la virtud, ni en nada. Si Jesús no es la verdad, ¿en dónde está la verdad? ¿Qué es la historia sino un enigma? ¿Qué son sino vanas ilusiones las más altas ideas, los más puros sentimientos, las más santas emociones de la humanidad?

Si no queréis admitir tan absurdas consecuencias, tenéis que rendiros al testimonio de Cristo y contestarle como la hermana de Lázaro: *Utique, Domine, ego credidi quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti.* Sí, Señor, yo creo que tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo.



EL SANTO DE LOS SANTOS





III

EL SANTO DE LOS SANTOS

Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus, et excelsior caelis factus.

A la verdad tal como éste nos convenía que fuese nuestro pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y sublimado sobre los cielos.

(Hebr. 7, 26.)

HEMOS visto, hermanos míos, cómo Nuestro Señor Jesucristo dio testimonio de sí mismo con la palabra, con las obras y con la muerte misma aceptada para confirmar y sellar sus afirmaciones. Vimos cómo, frecuentemente, con toda solemnidad, por medio de palabras no ambiguas, sino claras, afirma que viene de Dios y se atribuye tales propiedades como jamás hombre alguno por más arrogante o por más fanático que se le suponga

podría atribuirse, como son la esencial y substancial igualdad con Dios, la soberana y universal potestad sobre todas las criaturas, el ser camino, verdad y vida, con otras muchas prerrogativas enteramente sobrehumanas y divinas. Y todo esto lo afirma confiadamente, delante de toda clase de personas, amigos y enemigos, magistrados y sacerdotes, y para corroborarlo se deja quitar la vida en el suplicio de la Cruz.

Y lo que todavía es más de notar, este testimonio es dado por un hombre que en toda su vida se muestra ajeno de todo alarde fastuoso, humilde como ninguno, devorado de celo por la gloria de Dios, tan puro y tan santo, que nadie pudo hallar en El culpa alguna: y no habla así en momentos de exaltación y apasionamiento, sintiéndose sostenido por la opinión popular, o apoyado en el poder o en la riqueza, sino con suma serenidad y sosiego, en todas las ocasiones, cuando se halla destituído de todo poder, pobre y despreciado, abandonado hasta de sus mismos discípulos, preso y maniatado ante el tribunal que le va a condenar a muerte.

Pues este testimonio, hemos dicho, es ver-

dadero o es falso. Si lo primero, tienen razón los fieles que le adoran con San Pedro como al Hijo de Dios vivo y esperan obtener la vida eterna mediante la virtud de su nombre. Si lo segundo, Jesucristo sabía lo que decía o no lo sabía, procedió con ánimo de engañar o era un iluso, un mentecato. Nadie podrá pensar esto último si no quiere admitir el absurdo inconcebible de que un hombre loco, de una locura que no tiene ejemplo, enseñó la religión más sublime, la moral más pura; habló como jamás había hablado hombre alguno; confundió e hizo callar a sus adversarios, y compendió en sus enseñanzas un cúmulo de verdades que fatigan la mente de los sabios, sin envejecer ni agotarse jamás, y que han renovado y regenerado al mundo. Mas si Jesús dio a sabiendas un falso testimonio de sí, tendremos que concluir que la Sinagoga hizo bien en aprehenderle, en condenarle a muerte y ponerle en Cruz como a un blasfemo, como al más odioso de los criminales, enemigo de Dios, a quien quiso destronar, enemigo del género humano a quien deshonró arrastrándole a la más fea idolatría: cosas todas que tampoco se compaginan con lo que dicen los ra-

cionalistas, quienes, si bien no reconocen a Cristo por Dios, sostienen que fue varón justo, probo y santo; superior a Sócrates y a Platón, y aun llegan a decir que fue, con especial providencia de Dios, concedido al mundo para común provecho de los hombres.

Así que, como todas las circunstancias concurren a demostrar que este testimonio no es fruto ni del fraude, ni del orgullo, ni de la ignorancia, ni del furor fanático; que procede de un hombre, que según todas las leyes de la prudencia merece suma reverencia, y como por otra parte, nada es más propio de la bondad y sabiduría divinas que socorrer la imbecilidad de la razón humana y ayudar al hombre en la consecución de su fin, es evidente que aquel testimonio reviste tal importancia, que no puede menos de fijar la atención de todo hombre cuerdo: y si no llega todavía a inclinarle al acto de fe, debe al menos moverle a una investigación más diligente de la verdad.

Esto supuesto, tratemos de ver si en la persona de Nuestro Señor hallamos algunas señales que nos confirmen en esta creencia. Aunque unida su divinidad a la naturaleza huma-

na, en esta última habrá de verse algo singular, algo extraordinario que le diferencie del resto de los hombres. Así es, en efecto, porque Jesucristo, aunque verdadero hombre, se distingue de los demás individuos de la especie por caracteres enteramente propios, de los cuales vamos hoy a contemplar solamente la ideal perfección y belleza de su sér humano con la exención de todo pecado y la positiva santidad de todas sus acciones.

***

La mente humana, participación y destello de la inteligencia divina, vislumbra en todo orden de cosas un prototipo de perfección y belleza que en vano se busca en ninguno de los seres reales, ni en el conjunto de todos ellos. Por alcanzarlo y darle vida, se esfuerza el artista, pero sin conseguirlo jamás; porque sus obras resultan siempre frías y pálidas al lado de las figuras luminosas que entrevió en el momento feliz de la inspiración. No es el arte copia servil de la naturaleza: la imita, pero sublimándola, despojándola cuanto es posible, de las asperezas y defectos que la idea pura contrae al encarnar en la realidad, al en-

trar en maridaje con la materia grosera; así que cuanto el arte se aleje más de la realidad prosaica, pero no caprichosamente, no falseándola sino depurándola para acercarla a su arquetipo ideal, tanto es más noble y más digno del título de creador, porque nos muestra las cosas no como son en sí, sino como deben ser o como de hecho son en la inteligencia del artífice soberano en cuya mente viven y vivieron todas las cosas criadas desde la eternidad, como vive y alienta en la mente del artista el ideal que luégo se traslada al lienzo o encarna en el mármol cincelado o bulle en el vaso alabastrino de inmortales estrofas.

San Agustín dice que los ángeles tienen un doble conocimiento de las criaturas, o que las ven en dos maneras diferentes: en sí mismas después que fueron sacadas de la nada por la omnipotencia divina, y en el Verbo de Dios así antes como después de la creación; esta última llama el santo doctor visión matutina, en la claridad del conocimiento intuitivo de Dios; la otra es la visión vespertina, como quien dice en el crepúsculo de la existencia real. A mí me parece que los artistas genuinos son los que alcanzan algo de aquella vi-

sión matutina de que habla el santo doctor, y que cuanto un hombre tiene más de ángel y se allega más a ese modo de conocimiento de las cosas como son en el Verbo de Dios, y acierta a representarlas así por medio de la palabra, o del color, o del sonido, tanto será más perfecto y excelente artista y cumplirá mejor con su fin, que es sacar el alma del círculo estrecho de lo contingente, de lo particular y mudable, para trasladarla a la región de lo divino, lo universal, lo inmutable.

Hay, pues, un tipo supremo de perfección humana que no es otro sino el ejemplar ideal del hombre como se halla en la mente de Dios. Ahora bien, si consideramos a Jesucristo, cuya imagen se destaca en cada una de las páginas del Evangelio con tal precisión de contornos, con vida tan exuberante que no es dable confundirle con ningún otro hombre, ni olvidarle cuando una vez se le contempló, hallaremos que es un hombre verdadero a quien no le falta ninguna de las propiedades esenciales de nuestra naturaleza, un hombre que vive en un estado pobre y humilde, que padece el hambre, la sed y la fatiga, que está sujeto a los dolores del cuerpo y a las triste-

zas del espíritu, como cualquiera de nosotros. Pero no es menos evidente que aquel hombre cuya vida pública de solos tres años está colmada de pensamientos y de obras tan trascendentales que han conmovido y conmueven al mundo, no es simplemente un hombre como los otros: se distingue de todos los hijos de Adán y los supera inconmensurablemente. ¿Y en qué consiste esta singularidad? No en otra cosa sino en que Jesús es el hombre en su pureza y perfección, el ideal humano, no soñado por la fantasía, ni bosquejado por la mano del arte, sino realizado y puesto delante de los ojos como un sér viviente e histórico. Es que no obstante las circunstancias tan comunes, tan vulgares, podemos decir, de su vida, reáliza el ideal por el cual suspiraba la humanidad en todos los siglos que le precedieron y al cual mira para elevarse y enaltecerse y consolarse en los siglos que le han seguido, aquel ideal que rudamente esbozaba Platón cuando hacía la pintura del verdadero justo y que Cicerón confesaba no haberse realizado jamás hasta sus días. *Quem adhuc nos quidem vidimus neminem.*

Esta es una verdad que han reconocido y

reconocen, no digo los cristianos, sean católicos o protestantes, pero aun los mismos filósofos racionalistas e incrédulos; todos afirman que Jesucristo, tal como aparece grabado por la mano de los evangelistas, es el ideal humano, el único cuya vida puede servir de norma y dechado a todos los hombres, de todos los tiempos y de todas las naciones. Pero, precisamente por esta razón, partiendo de este punto como de un principio averiguado y no queriendo por sus preocupaciones de sistema y de escuela admitir la Encarnación del Verbo de Dios, misterio que fue siempre piedra de escándalo de los espíritus soberbios, han afirmado que el Cristo de la fe no existió jamás, que es mera creación del espíritu humano, el cual ha personificado en Jesucristo la imagen de la más alta perfección humana, el ideal inasequible que se cierne en las alturas, que huye delante de nosotros y se aleja más, cuanto más se le busca.

Según esta teoría, Jesús de Nazaret, de quien no se sabe con certidumbre quién fue ni qué pretendió, ni qué hizo, vino a ser el núcleo de cristalización en torno del cual se fueron depositando las ideas de aquel tiempo, naci-

das del contacto de los mitos paganos con la filosofía griega y con las esperanzas mesiánicas de los judíos. La clave de la Cristología, dicen, está en que como sujeto del predicado que la Iglesia atribuye a Cristo, ha de ponerse, no un individuo, sino una idea y ésta no abstracta sino real y concreta, ya que las propiedades y funciones que los cristianos atribuyen a Cristo no pueden convenir a individuo alguno; mientras que sí cuadran maravillosamente con la idea de la especie. En efecto, la humanidad, agregan, es la unión de dos naturalezas, es el espíritu infinito que se revela en lo finito, o un espíritu finito que se acuerda de su infinidad; es hija de padre invisible y de madre visible, es decir, del espíritu y de la materia; es obradora de milagros, porque a medida que progresa se va enseñoreando de la materia y haciéndola servir a sus necesidades y hasta a sus caprichos; es impecable y santa, porque en su desarrollo se encamina siempre al bién y a la perfección; ella, en fin, muere y resucita y sube al cielo, porque mediante la evolución va deponiendo los instintos de la animalidad y elevándose a un grado de mayor cultura intelectual y moral.

Por qué esta idea vino a personificarse en un individuo, es cosa que les parece fácil de explicar diciendo por una parte que el mundo antiguo, incapaz de elevarse a conceptos puros e inmateriales, necesitaba vincular sus pensamientos en hechos e individuos concretos y que, por otra parte, Jesucristo aparecido en un tiempo de profundas divisiones, de extraordinarias calamidades físicas y morales, hombre puro y reverenciado como un enviado de Dios y que cae víctima de cruel persecución y de muerte ignominiosa, era el más a propósito para despertar aquella idea en la conciencia general y para representar en su persona el drama de la humanidad; su pasión fue el resumen de todas las miserias interiores y exteriores que afligen al linaje humano, y en la fe de su resurrección se quiso expresar la consoladora esperanza de que el espíritu, en medio de las más tremendas crisis, no se pierde, sino que se conserva, no se anonada, sino que se desarrolla y afirma. Como el Dios de Platón mirando a la idea creó el mundo, así la congregación de los fieles, al formar la imagen de su Cristo, representó sin saberlo la idea de la humanidad en sus relaciones con la divinidad.

No se puede negar que la hipótesis es ingeniosa aunque, ya se ve, radicalmente falsa. Sin necesidad de repetir todos los argumentos con que en nuestra primera conferencia hemos probado la realidad histórica de la vida y obras de Nuestro Señor, nos bastaría para desbaratarla y demostrar que la imagen de Cristo no es el producto de las congregaciones cristianas, preguntar ¿cómo nacieron estas últimas? ¿cómo se juntaron para formarlas paganos y judíos, filósofos y celadores de la ley de Moisés, tántos hombres salidos de diversos pueblos y tan diferentes en ideas religiosas, políticas, nacionales? Porque no nacieron las primeras comunidades cristianas como el pueblo helénico, por ejemplo, antes de toda reflexión o de todo acto libre de los que las componían, por meras circunstancias de territorio o de clima, o por afinidades de raza o de lengua, sino por la libre determinación de cada uno de sus miembros. Pues según eso ¿quién juntó a los que andaban dispersos? ¿quién hizo desaparecer el desacuerdo de sus opiniones y les infundió a todos un concepto único de Dios y del mundo? Y ¿dónde hallaron los primeros cristianos los rasgos con que forma-

ron esa fisonomía original, profunda, armoniosa de Jesús que no puede compararse con otra alguna? Y ¿cómo es que la comunidad cristiana en el curso de los siglos no ha superado aquel ideal primitivo, sino que antes recibe su propio perfeccionamiento de la contemplación asidua de aquel tipo insuperable? Imposible que aquel rabino judío que según Strauss murió con el corazón partido por el desengaño y cuya doctrina en su mayor parte era ya conocida y practicada entre los judíos, los estoicos y los budistas, pudiera ser de tal manera glorificado por la imaginación popular, o que aquella generación que tan imperiosamente exigía milagros del Mesías, tuviera por Mesías a un hombre que no hizo milagro alguno. Estas y muchas otras, son las dificultades en que tienen que tropezar los que pretenden explicar el origen de este tipo nobilísimo, sin querer admitir su existencia real.

Pero todas estas hipótesis, por desatentadas que parezcan y lo sean deveras, tienen un fondo de verdad, envuelven una confirmación admirable de nuestro aserto y no hacen sino poner en su punto la verdad de que Cristo no es un hombre como los otros, sino el ideal realiza-

do de la perfección humana, como tenía que ser el Redentor del mundo, el Verbo hecho carne, por quien todas las cosas fueron hechas y por quien todas ellas debían ser restauradas a su estado primero.

Y escuchad aquí un profundo pensamiento del doctor angélico, Santo Tomás. Entre las muchas razones que aduce para probar cómo era más conveniente que para nuestra reparación encarnara el Verbo y no el Padre ni el Espíritu Santo, alega ésta, que hace mucho a nuestro propósito. La idea del artífice, o sea su concepto mental, es la semejanza ejemplar de las cosas que salen de sus manos, y el Verbo de Dios, o su concepto eterno, es también la semejanza ejemplar de todas las criaturas. Y así como por la participación de esta semejanza han sido constituídas todas las cosas en sus propias especies, pero de manera mudable, así por la unión no participada sino personal del Verbo con la criatura, era conveniente que fueran reparadas las criaturas en orden a su perfección eterna e inmutable, al modo como el artífice repara su obra cuando lo ha menester, mediante aquella misma forma del arte que concibió al principio para eje-

cutarla. El Verbo, pues, tomó una naturaleza humana singular, y esta naturaleza así unida a Dios es a un mismo tiempo la más perfecta semejanza de Dios que pueda darse en criatura alguna y el dechado supremo de la santidad y perfección a que puede llegar el hombre, criado ya desde el principio a imagen y semejanza del Creador [1].

Pero dejando estas sublimes especulaciones, y volviendo al terreno de la historia, es de notar que aquel ideal supremo de belleza humana no ha sido conocido en el mundo sino por medio del Cristo histórico; ni antes ni después fuera del cristianismo, inventó el espíritu humano ni en el drama ni en la epopeya un tipo que ni siquiera de lejos se le asemeje, y así como no lo produjo de sí, tampoco lo conserva sino mientras cree en el Cristo histórico y en la medida en que acepta este último. De ello son prueba patente los mismos racionalistas modernos. Quisieron, como decían, restaurar el cristianismo puro, que consideraban como algo distinto del cristianismo oficial de la Iglesia y para ello pretendían desembarazar la figura de Cristo, de las ataduras y sudarios en

1 *Summa Theologica,* 3 p. q. 3. a. 8.

que le envolvió la Iglesia primitiva, a fin de representarle delante del mundo en su propia luz y con los genuinos y nobles rasgos de su fisonomía verdadera. Consolábanse diciendo que si la crítica nos quitaba al obrador de milagros del orden físico, nos devolvía en cambio al verdadero Jesús, al taumaturgo del orden moral, al hijo de Dios, cuyo espíritu poderoso ha renovado al mundo, reconciliándolo con Dios y que será siempre pan de vida para todos los hombres que tengan hambre de justicia y de virtud. Pero avínoles mal, porque el empeño de conservar el Cristo ideal prescindiendo del histórico resultó frustráneo, pues al desaparecer el segundo se desvaneció el primero, y ellos se quedaron sin el uno y sin el otro. El ideal se volatilizó en abstracciones panteísticas, y el histórico quedó reducido a un fantasma hueco y sin vida, a una caricatura ridícula, que no tenía del Cristo real, cuya fisonomía no podrá jamás olvidar la humanidad, sino cuando más algunas exterioridades. Así no es extraño, antes muy verosímil el hecho de que un hombre cristiano, pero indiferente, de esos que han dejado adormecer la fe en el tráfago del mundo, viniera a hallar ocasión de convertir-

se en la lectura de la novela aquella titulada *Vida de Jesús.* Su buen sentido, no maleado por disparatadas filosofías, se sintió desconcertado al recorrer aquellas páginas, y la comparación involuntaria entre aquel fruto enteco de una inteligencia que con la fe perdió la capacidad de sentir las cosas grandes, y la figura llena de vida y de majestad que había aprendido a venerar en los primeros años, despertó la piedad antigua y le llevó a los brazos del Divino Maestro, tan indignamente desfigurado y calumniado.

Nuestro Señor Jesucristo se muestra exento de todos aquellos defectos y limitaciones que afean la pura belleza humana, aun en las personas más ricas y felizmente dotadas, en las almas más grandes y generosas de que se puede enorgullecer la estirpe de Adán. Así como el vino dícese que lleva siempre un cierto sabor peculiar del terreno en que se produce, así lleva cada hombre, sin saberlo y sin quererlo, la marca indeleble de su gente, de su familia, y mucho más de la época a que pertenece: a señalarlo todavía más, contribuyen el estado y la profesión, los sucesos varios de la vida y de la educación; todo lo cual pone

en el individuo ciertas notas inequívocas que constituyen su personalidad, siempre más o menos parcial y defectuosa. De aquí procede que hombres pertenecientes a una época remota de nosotros, a una raza o nación que no tenía parentesco con la nuéstra, o que se formaron y vivieron en circunstancias enteramente diversas de las que nos rodean a nosotros, nos son como extraños y por grandes que hayan sido y nos lo parezcan, hay algunos puntos en que están muy lejos de satisfacernos, otros en que nos repugnan abiertamente; en suma, no los podemos entender, como ellos tampoco nos entenderían a nosotros, y para ver de sentir admiración por ellos tenemos que ataviarlos a nuestro modo y prestarles con la imaginación algo y mucho de lo que les faltaba. Un ateniense de los tiempos de Pericles o un romano del siglo de Augusto, un chino o un japonés, un representante genuino de la Edad Media, uno de esos bizarros caballeros de las Cruzadas, sería enteramente inadecuado para servirnos de modelo. ¿Qué sería si se nos ofreciese como dechado único un Zoroastro, un Buda, un Sócrates, por más que se les retocara y acicalara a la moderna? Para su tiempo,

en su medio propio, conforme a las ideas de sus compatriotas, pudo un carácter de aquellos ser tolerable y aun ejercer grande influencia; pero jamás podrá ser patrón al que deban conformarse las generaciones posteriores, ni servir de ejemplar en otras tierras y bajo otros cielos.

Por esta razón el prurito de las imitaciones forasteras no produce sino caracteres falsos, caracteres antinaturales y extravagantes. Así lo demuestra del modo más patente la época del renacimiento, en que dominó a los espíritus un culto casi idolátrico de la antigüedad pagana y más tarde la revolución francesa con sus recuerdos de las democracias helénicas y de los áureos tiempos de la república romana.

Sólo Jesucristo se halla exento de todo lo que en los demás hombres limita, tuerce y deforma la naturaleza, y esto aunque según sus externas y naturales relaciones es hijo de un tiempo tan diverso del nuéstro y ya tan apartado del presente, y de una nación de rasgos tan profundamente marcados y separada por honda oposición de todos los otros pueblos; aunque las circunstancias de su vida y los medios de educación fueron los más comunes y aun los más escasos y desfavorables; aunque

procedía de Nazaret, de aquella aldea campestre, cuya pequeñez había hecho nacer el proverbio de que de Nazaret nada bueno podía salir.

De estas circunstancias tan adversas de la vida de Jesús y más que todo de la necesaria limitación de toda humana individualidad, han sacado los incrédulos la conclusión de que no es posible que el Cristo real o histórico sea uno mismo con el Cristo de la fe que pintan los evangelistas; pero si raciocinaran rectamente, si como buenos seguidores del método positivo y experimental, partieran de los hechos ciertos y comprobados para deducir las consecuencias que ellos entrañan, en vez de querer ajustar violentamente los hechos a teorías construídas de antemano, habrían sacado una conclusión enteramente opuesta y habrían confesado que esa perfección suma, ese carácter de universalidad que distingue a Nuestro Señor, es prueba irrefutable de que El no es un hombre solamente, ni siquiera el más grande de todos, sino que es algo más y mucho más que uno de los individuos de nuestra especie.

De esta manera se explica cómo Jesucristo

pudo ser y ha sido siempre objeto, así como de la más alta veneración, así también del más confiado y tierno amor para toda clase de gentes, sin distinción de tiempo, de nacionalidad, de cultura, de condiciones personales. No solamente arrebata a las inteligencias cultivadas y luminosas como Agustín o Tomás de Aquino, cosa que hasta cierto punto puede hacer y ha hecho con mayor o menor éxito el genio humano, sino que su espíritu altísimo se abaja a los pequeños y se deja entender de los ignorantes; lo cual sobrepuja al poder humano, porque en realidad es cosa mucho más ardua cautivar y levantar a los últimos que despertar el entusiasmo de aquellos que por su energía intelectual o por la delicadeza de su corazón se adelantan y van como al encuentro de quien les anuncia una idea grandiosa o les muestra un ejemplo sublime. Jesús es familiar con los pequeños y deja atónitos a los grandes; vive en compañía de los pobres sin ser enemigo de los ricos, no rehuye el trato de los sabios y conversa de buena gana con los ignorantes; es todo para todos a fin de levantarlos a todos a la participación de su luz y de su vida. Aun a los espíritus

contemplativos, a aquellas almas atormentadas por la sed de la perfección, enamoradas de la belleza increada, aun a esos les atrae fuertemente, se les presenta como un ideal inasequible, y cuando le miran abrir su corazón a los niños, partir el pan de la palabra a los pobres, recibir benignamente a los pecadores, se sienten más impulsados hacia el cielo que cuando le oyen declarar los insondables misterios que contempla en el seno de su Padre.

Jesús es ciertamente un judío perfecto; no hay en El ni asomos de aquel cosmopolitismo antipatriótico que en sus tiempos comenzaba a dominar en Grecia y en Roma: al contrario, cumple las leyes y observa los usos de su pueblo; se dirige primeramente a las ovejas extraviadas de la casa de Israel; ama a su patria con un amor tan sincero, que las ingratitudes no pueden amenguar, y aunque sabe el suplicio que le aguarda en Jerusalén, no puede menos de llorar contemplando las futuras calamidades y la total destrucción de aquella ciudad. Pero con ser hijo de su patria, está muy lejos de encerrarse en el espíritu estrecho de sus conciudadanos. Mientras que Sócrates declaraba no pertenecer a la Grecia sino

al mundo y se quedaba, con todo eso, griego de pies a cabeza, a Cristo le miran con amor y admiración tanto los judíos como los gentiles, los griegos y los bárbaros, porque no es nacional sino universal, porque no reproduce el carácter particular de ningún pueblo, sino que es original purísimo, en el cual no se ve nada de lo que es exclusivo de cada uno de ellos, y en el que todos hallan lo que les levanta, les ennoblece y les da fuerza.

¿Quién sería capaz de hacer amar y admirar o siquiera entender la vida de un antiguo romano o griego a los Pieles Rojas de Norteamérica, a los chinos o japoneses petrificados en su cultura secular y para quienes todo lo extranjero es objeto de abominación? Mas a Jesús todos lo entienden: los que llegan a conocerle le aman como si le hubieran conocido siempre, como si fueran sus conterráneos y sus hermanos, porque en El encuentran la pura naturaleza humana, en El ven reunido cuanto bueno advierten en sí o en otros, sin los defectos, asperezas, exageraciones que les desagradan en sí propios o en los demás hombres. Como en otro tiempo sedujo el corazón de los refinados griegos y cautivó a los sesudos y

graves romanos, y encantó la imaginación de las feroces hordas setentrionales, así gana hoy el corazón de los salvajes de la Oceanía o de la Tierra del Fuego, los cuales penden admirados de los labios del misionero que les pone delante del alma la imagen de este hombre sin segundo.

Y con las diversidades de nación, parece, como dice un célebre predicador, [1] que se funden en El y se reducen a unidad hasta las divergencias profundas de los sexos, porque tanto el hombre como la mujer le contemplan como arquetipo de perfección. En efecto, aquel carácter de tan inagotable riqueza, en que se hermanan la mansedumbre con la energía, la blandura con una firmeza incontrastable; aquel conjunto de contemplación y de acción, de recogimiento y de celo incansable, de huida del mundo y de combate con él, todo ello unido armónicamente en una sola persona es un dechado al cual pueden conformarse el varón lo mismo que la mujer. En amor y ternura supera a la más tierna y amorosa de las madres; su modestia y pureza son más que virginales; su ingenuidad y sencillez le asemejan a los

1 Monsabré.

niños y sin embargo en la batalla con la corrupción del mundo hace alarde de tánto denuedo, y en el padecer muestra tánta fortaleza que pone en olvido a los héroes y semidioses de la antigüedad. En El se halla el tipo de la virtud nueva, de la virtud cristiana, de la genuina virtud: el valor viril, templado por la dulzura femenina, la osadía del varón en la guerra contra el mal, en armonía con la constancia de la mujer en el sufrimiento y en el sacrificio. Por eso, añade el mismo autor, el niño, el inocente, se siente en comunión con El; el joven vuelve a El sus ojos cuando siente rugir en su interior la tempestad de las pasiones; el hombre, con sólo recordarle, cobra aliento en el rudo batallar de la vida; la madre cristiana piensa en El, y se fortalece en su dolorosa vocación, cuando el aliento para el sacrificio parece faltarle bajo la carga que la agobia; y la virgen olvida por su amor cuán grande es el sacrificio que lleva a cabo cuando trueca la vida espléndida y bulliciosa del mundo por las soledades austeras del claustro; las comodidades y los mimos del hogar paterno por el cuidado de los enfermos y de los moribundos, por el martirio prolongado de

una vida de mortificación, de obediencia y de pobreza.

Pero hay algo más. Todos los hombres están sujetos, no solamente a los defectos que nacen del desigual o insuficiente desenvolvimiento de sus facultades y del influjo del medio en que se desarrolla su vida, sino a otra cosa que es todavía peor y más detestable, es a saber al mal moral, al pecado; de tal modo que aquellas palabras de San Juan: «Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros» [1], son de una aplicación universal, no admiten género de excepción, antes se ven confirmadas por el dicho unánime de los justos del Antiguo y del Nuevo Testamento y de los más sabios y nobles de entre los paganos. Nadie, ni el orgulloso fariseo ha osado afirmar de sí que está libre de pecado; antes bien, los que suben a más altas cumbres de virtud sienten más hondamente y confiesan con mayor claridad su imperfección, su desdichada propensión al mal, sus caídas más o menos graves.

Jesucristo, por el contrario, se muestra a la

1 I Joan, 1, 8.

humanidad en la luz inmaculada de una impecabilidad absoluta, reconocida por todos, si exceptuamos los testigos falsos que sobornados por la perfidia judaica, comparecieron ante el tribunal de Caifás, y cierto hombre de este siglo, ejemplo único, que se ha atrevido a insinuar contra el carácter moral de Nuestro Señor sospechas injuriosas que no pasaron por la imaginación ni de sus más encarnizados adversarios. Afortunadamente aquellas sospechas no tocan al Cristo del Evangelio y de la historia, sino al fantasma imaginario que se ha querido poner en su lugar.

El camino que Jesús hubo de recorrer en su vida pública estaba cercado de precipicios ; la situación política de la nación, las preocupaciones del pueblo, la rudeza de los discípulos, el espíritu de los doctores de la ley, la envidia y astucia de los escribas y fariseos : todo contribuía a embarazar su marcha, a exponerle a cada momento al peligro de dar un paso falso, y sin embargo, por en medio de todos esos peligros, se le ve avanzar con sencillez, sin turbación, con entera seguridad de sí mismo y sin que nadie pueda percibir en sus acciones y discursos, como no los tuerzan con

manifiesta malicia, ni la sombra de un pecado, de una falta, ni el rastro de un desliz, de una debilidad, de una de esas imperfecciones de que nadie se puede escapar. En todos los casos discierne con lucidez lo que es justo, lo elige sin vacilación y lo pone por obra con exactitud y constancia. ¿Quién podrá leer el Evangelio sin convencerse de esta verdad?

Pero lo más admirable es que en la conducta de Jesucristo no se advierte nada, absolutamente nada de aquella violencia, de aquel esfuerzo que nos es con tánta frecuencia indispensable para defendernos del mal que nos persigue por defuera, o que sentimos bullir dentro de nuestras propias entrañas: porque sabido es que nadie puede adquirir ni conservar la virtud, sino a poder de vencimiento y de negación de sí propio, y que aquel es más santo que más contraría su naturaleza depravada. Sólo en Jesús es la virtud como connatural y esencial: miradle con qué libertad se mueve entre los hombres, cuán abierto lleva el corazón a todos los sentimientos humanos; se alegra con los que gozan, llora con los que padecen, se conmueve hasta derramar lágrimas ante el sepulcro de su amigo, siente pavor y tristeza y tedio

en la cercanía de la pasión y de la muerte; pero ni la alegría le disipa, ni la tristeza le enerva, ni la ira santa turba el espejo limpísimo de su alma: a todos estos sentimientos de su ánimo les da la más propia y natural expresión; pero en todos resplandece su inocencia con la más apacible claridad.

Por otra parte, hay que tener presente que Jesucristo es el más humilde de los hombres, humilde en tal grado, que pudo señalar esta virtud como divisa suya propia, y así vive entre los pobres y humildes, soporta en silencio todos los oprobios, acepta la muerte y muerte infame de cruz; pero lo que sí no hace jamás, con ser cierto que la humildad se confunde con la verdad, es manifestar, ni expresa ni tácitamente, que El tuviera conciencia de pecado alguno propio, o siquiera de aquella común pecabilidad y fragilidad de la especie humana; antes por el contrario, con toda confianza y serenidad reta a sus enemigos presentes y futuros con estas palabras: «¿Quién de vosotros me acusará de pecado?» [1].

Pero aún más que a la palabra, podemos

1 Joan. 8, 46.

apelar a la conciencia de Jesucristo. El ocupa el punto medio de toda la Historia Sagrada: precédenle los justos del Antiguo Testamento, desde Abel hasta Juan Bautista; en pos de El van los Apóstoles, los Doctores, los Santos de todo estado y condición que la Iglesia ha engendrado en su larga carrera. Pues ¿qué hallamos en todos esos hombres, que son, a no dudarlo, la flor de la humanidad? En todos hallamos la conciencia y la confesión de su pecabilidad; conciencia tanto más honda, confesión tanto más explícita, cuanto más crecen en santidad. Leed las páginas de los profetas, leed los escritos de los Apóstoles, y entre ellos los del mayor de todos, San Pablo; leed las obras de los Padres de la Iglesia, y veréis que el humilde reconocimiento de las propias culpas, la confesión de los pecados, el espíritu de penitencia, son condición fundamental, elemento necesario de toda vida cristiana; pero, ¿qué digo? Jesucristo mismo es, ante todo, predicador de la penitencia y sin embargo, jamás se reconoce El mismo como hombre pecador, jamás deja traslucir, ni en su vida, ni ante el tribunal de sus jueces, ni en las angustias de la muerte, ni el más leve signo de arrepenti-

miento por faltas cometidas, o de temor de las que pudiera cometer: consiente en ser tentado, pero no se echa de ver que crea siquiera en la posibilidad de pecar; sino que muestra siempre una seguridad completa contra lo que es malo y pecaminoso. Fue, como dice San Pablo, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado [1].

Y cómo había de tener pecado, si lo que brilla en su vida es santidad, santidad sin sombras, santidad que supera no sólo a las virtudes practicadas por los paganos o ideadas por ellos, sino también a las de los justos de la ley vieja y de los santos de la Iglesia que son sus imitadores? ¿Hay acaso alguna virtud del espíritu o del corazón, alguna virtud religiosa o social que no se halle en Jesucristo en su forma más pura y en el grado más excelente? ¿O puede, no digo hallarse sobre la tierra, pero ni siquiera imaginarse, una humildad, una paciencia, una caridad o un espíritu de oración, o cualquiera otra virtud, más acendrada, más limpia de como se halla en Nuestro Señor? ¿No es más bien cierto que la misma idea de la santidad tal como nosotros la concebimos y

1 Hebr. 4, 15.

como la conciben aún los mundanos e impíos, no se ha introducido ni se conserva en la humanidad sino mediante el conocimiento de Jesucristo? Nadie podrá negar, ni creo que lo haya negado, que el cristianismo ha levantado al hombre a una altura de perfección moral enteramente desconocida fuera de su influjo. Aquel vencimiento del egoísmo humano, aquella energía de voluntad, aquella delicadeza de conciencia y, sobre todo, aquel fuego de amor que lleva al sacrificio y lo hace amar y desear con pasión y recibir con alegría, son cosas enteramente propias de nuestros santos. Mas todos ellos no fueron sino imitadores de Jesús, no tuvieron más regla de conducta que mirar a Cristo, asimilar sus pensamientos y afectos, desnudarse de sí propios para transformarse en El, ablandar su alma en la fragua del amor para que en ella se imprimiera la imagen de Aquel en quien tenían fija la mente y el deseo.

¡Qué hermoso es contemplar a los siervos de Dios tan semejantes por una parte y tan diversos por otra! Todos se parecen a Cristo y no hay dos que sean enteramente iguales. Unos pasan casi inadvertidos, poniendo todo su estudio en es-

conderse de las miradas de los mortales; otros salen al palenque del mundo, empeñan recios combates con el vicio y el error y hacen sentir su acción poderosamente sobre hombres y pueblos y épocas enteras; aquéllos están como Jerónimo, poseídos del temor de los juicios divinos, éstos empapados en la unción de la misericordia como Francisco de Sales o enloquecidos de amor como el de Asís; quienes viven retirados en la soledad como Bruno, pensando tan sólo en su propia perfección: quienes, cercados de pobres, de enfermos, de huérfanos, parecen olvidarse de sí mismos por acudir al socorro de las necesidades ajenas, como Juan de Dios o Vicente de Paúl. Luis Gonzaga pasa la vida sin conocer el techo de su aposento y Bernardo camina un día entero por la ribera de un lago sin advertirlo; tan absortos, tan sumergidos estaban en las profundidades de la vida interior! Al paso que el espíritu de Benito le lleva a buscar los sitios más amenos y de horizontes más amplios para fundar sus monasterios, a fin de elevarse a un amor gozoso de Dios con la vista de las bellezas naturales.

En la montaña de la Transfiguración apare-

ce Jesús en medio de Moisés y de Elías. Ambos resplandecen con la luz que les comunica, ambos miran al santo de los santos y conversan con El: el uno es el más manso de los hombres, y el otro, encendido en celo, hizo llover fuego del cielo sobre los ministros de un rey prevaricador. En la cumbre del paraíso se apiñan por miríadas los escogidos de toda tribu, lengua y nación, y rodean el trono del cordero [1] a cuya imagen se formaron; todos grandes, todos coronados de gloria, pero diversos todos, no sólo por el grado sino por el carácter de su santidad. Es que así como los escritores sagrados conservan aun bajo la inspiración del Espíritu Santo su estilo propio, así los santos, transfigurados por la gracia, conservan su propia fisonomía moral. Cada uno es una obra de arte acabadísima. Pero al modo que el artista que lo es de veras, aun sin pretenderlo, imprime sello de originalidad a la fisonomía o al paisaje que traslada a su lienzo, de suerte que quien conozca su pincel descubre allí el rastro de su genio, la impresión de su gusto; así los santos tienen cada uno su propia manera y carácter.

1 Apoc. 5, 9.

Y no puede ser de otro modo, porque la gracia no destruye sino que apura y ennoblece la naturaleza, y como en ningún hombre se encuentra ésta perfectamente equilibrada, es consiguiente que cada individuo tenga más aptitud para unas virtudes que para otras y que sólo secundando esta disposición originaria, pueda llegar a sobresalir en alguna, en torno de la cual se agrupan las otras por la afinidad que tienen entre sí; pero siempre en grado muy desigual.

Sólo en Nuestro Señor están todas juntas, todas se armonizan y sostienen, o más bien como que se confunden y resuelven en una pura perfección que equivale a las múltiples fases de la santidad en el hombre. La sencillez infantil de Jesús se junta con admirable prudencia, la ternura con fuerza invencible, la humildad profunda con la majestuosa dignidad, el trabajo incesante con la oración continua, el celo ardiente con una tranquilidad beatífica, un amor que se extiende a todos con el rigor de una justicia inflexible, y esto es lo que le presta esa belleza soberana que no puede menos de sentir todo aquel que no tenga completamente embotado el sentido moral.

Así como la luz tiene en su indivisible unidad todos los colores del iris, así se hallan en Cristo todas las virtudes de los santos, pero tan unidas, tan armonizadas, en tan justas proporciones, que a primera vista no ofrecen nada de extraordinario, y por eso, siendo el más elevado de todos, siendo infinita su santidad, parece más imitable que ninguno de sus imitadores. Su vida tan sencilla, tan poco visible a las miradas superficiales, es dechado para todos. En el retiro de Nazaret, en los tres años del ministerio público, en los sufrimientos de la pasión hallan ejemplos todos los hombres, de todas las edades, de todas las condiciones, en todas las circunstancias de la vida.

Al contemplar esta vida no podemos menos de convenir en que tales caracteres no convienen a ningún hombre, que son propios de Dios solo, cuyas perfecciones, con ser innumerables y aún opuestas en nuestro modo de concebir, se confunden en la unidad de su esencia divina; no podemos menos de reconocer en Cristo aquel pontífice de que habla San Pablo, que había de reconciliar con Dios a los prevaricadores y por tanto debía ser santo, ino-

cente, inmaculado, segregado de los pecadores y más puro y más excelso que los cielos. [1]

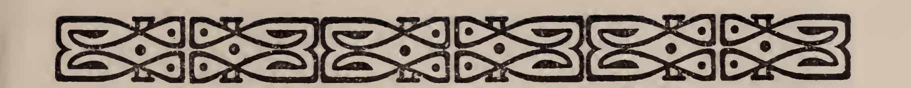
Adorémosle, hermanos míos, y digámosle a nuestro turno con San Pedro: Tú no eres un hombre, no eres un profeta como Elías o Jeremías, no eres siquiera el mayor entre los nacidos de mujer como Juan Bautista: eres mucho más que todo eso, porque eres el Hijo de Dios vivo.



1 Hebr. 7, 26.



EL MAESTRO



IV

EL MAESTRO

Qui sequitur, me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae.

El que me sigue, no camina a obscuras, sino que tendrá la luz de la vida.

(Joan. 8, 12).

LA perfección moral que, aunque muy someramente, hemos contemplado en Nuestro Señor, es ya algo sobrehumano, y puede decirse, algo divino, porque es una imagen de la hermosura de Dios, que en su simplicidad contiene eminentemente todas las bellezas y primores que se hallan repartidos en las criaturas.

¿A quién no asombra ver en Jesucristo ese fenómeno único en el mundo moral, ese equilibrio perfecto de todas las virtudes, aun las más opuestas al parecer? Miseria nuéstra es el que de ordinario no alcancemos una virtud

sino con menoscabo de otra, porque la energía suele dañar a la mansedumbre, la humildad perjudica en ocasiones a la dignidad, el recogimiento se guarda difícilmente en los ejercicios del celo y de la caridad; señal es de la limitación humana el que, en las personas perfectas, sobresalga siempre una virtud casi hasta eclipsar a las otras; aquel mismo heroísmo, aquella apariencia de exceso y de violencia que nos asombra en algunos de nuestros santos, al mismo tiempo que de su fuerza, es indicio de su debilidad, porque demuestra que ellos necesitaban de toda aquella exageración aparente, para resguardarse del mal y para alcanzar victoria de sus pasiones. En Jesucristo no acaece nada de esto, como tampoco se advierte que la vida intelectual, tan alta e intensa, perjudique en nada a la vida del corazón, pues con ser más profundo que todos los pensadores y filósofos y concebir planes más vastos y grandiosos que los de los conquistadores y fundadores de imperios, es accesible a los sentimientos del amor, de la compasión y de la ternura más exquisita.

Siéntese Jesús devorado por el celo de la gloria de Dios y ardiendo en deseos de hacer

conocer a su Padre y dilatar su reino en las almas, y con todo eso no muestra nada de aquel fanatismo ciego y demoledor que impulsaba a los falsos profetas y a los cabecillas de pretendidas reformas, antes reprime la impetuosidad de los discípulos que quisieran ver castigados con fuego del cielo a los moradores de la ciudad que les cerraba las puertas. Hallándose exento de toda culpa y aun de toda pasión desordenada no mira con desprecio a los demás hombres, como lo hacían los estoicos. Lleno de compasión por los que ignoran y yerran, no por eso transige con el error ni condesciende con las flaquezas humanas, ni menos las disimula ni disculpa. Ninguno más santo que El, ninguno que más entrañablemente aborrezca la iniquidad, y sin embargo no se aparta de los hombres como un misántropo, ni se entrega a un dolor estéril por los vicios con que los ve contaminados, ni poseído de negro pesimismo, desespera de su enmienda y conversión. Por el contrario, anda entre los malos, se sienta a la mesa de los publicanos, conversa familiarmente con la samaritana junto al pozo de Jacob y aun consiente, con escándalo de los fariseos rigoristas, en

que la pecadora famosa se llegue a sus pies para besarlos y ungirlos.

Con más razón que su apóstol puede Nuestro Señor decir que se hace todo para todos a fin de ganarlos a todos. Y así no rehuye la discusión con los doctores de la ley cuando ellos le interrogan, pero de ordinario adoctrina a los ignorantes con parábolas y semejanzas tomadas de la naturaleza; asiste a los convites de los ricos y acepta sus obsequios, pero se acompaña con los pobres y los trata como a iguales, y en medio de sus faenas apostólicas, acoge a los pequeñuelos, los bendice y declara que de ellos es el reino de los cielos. Hacer la voluntad del Padre, atraer a los hombres al camino de la salvación es su único pensamiento, el móvil de todos sus actos: éste le guía al desierto y le conduce a las ciudades populosas, éste le acompaña en la oración, lo mismo que en la predicación, le sostiene en las fatigas, le conforta en las contradicciones, le esfuerza en las agonías del huerto y le hace entregar su espíritu en la Cruz cuando ya todo está consumado.

Santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y más excelso que los cielos:

ved ahí las palabras de San Pablo que a cada página del Evangelio se vienen involuntariamente a la memoria. Esta santidad incomparable, única, es indicio claro de la divinidad del Salvador, como lo es igualmente su sabiduría, de que me propongo tratar el día de hoy. Y como la materia es demasiado copiosa, me contentaré con haceros notar, cuan brevemente me sea posible, cómo en la conducta de Jesús, en sus enseñanzas y en sus instituciones reluce una sabiduría que excede a toda la sabiduría de los mortales.

***

La sabiduría, tomando este vocablo en su más amplia y elevada significación, se confunde en alguna manera con la santidad. Un santo perfecto es un perfecto sabio, y el vivir santamente no es otra cosa que ajustar las acciones a los dictámenes de la verdadera sabiduría. Conocer muchas de las leyes que rigen al mundo físico e ignorar el origen y destino de este mismo mundo; penetrar en los arcanos de la materia y no conocerse úno a sí propio, ni entender las relaciones que le ligan con Dios: en suma, llevar el entendimiento atestado

de hechos y de fórmulas, pero no saber las leyes de la moral y, lo que es peor, no querer o no poder cumplirlas, es cosa que nadie puede en justicia apellidar sabiduría, por más que nuestro siglo materialista la ensalce y la decore con el pomposo y exclusivo nombre de ciencia, o mejor, de la ciencia.

Manifestación de la sabiduría de Jesús, al par que de su santidad, es aquella prudencia divina que se revela en todos sus actos y palabras, así en el trato con sus amigos como en las relaciones con sus enemigos; prudencia que desbarata fácilmente y con simplicidad de corazón cuantas dificultades se le ponen delante, y endereza sencilla y eficazmente todos los sucesos al logro de su empresa, que es volver por la honra de Dios y procurar la salud espiritual de los hombres.

Un solo punto quiero hacer notar a este respecto. Conducir a los hombres al conocimiento de su mesianidad y divinidad era el objeto principal del magisterio de Jesús, así como la condición indispensable de la obra de la Redención, la cual tiene por fundamento necesario la fe en el Redentor. A esto se oponían de un modo aparentemente invencible las falsas

esperanzas mesíanicas del pueblo judío y de sus propios discípulos, no menos que la situación política y religiosa de la nación, que era por todo extremo delicada y peligrosa. Pues ¿a quién no admira la maravillosa destreza y tino con que el Salvador va conduciendo a los discípulos y al pueblo al conocimiento de su persona y de su obra, al propio tiempo y en la misma medida en que va destruyendo las opiniones y esperanzas groseras en que estaban imbuídos, e introduciéndolos a la inteligencia del sumo y altísimo misterio de la cruz?

Cierto es que Nuestro Señor nunca obró con disimulo, jamás se acomodó a las preocupaciones del vulgo, ni mucho menos negó su carácter divino; pero sin engañar a nadie, va templando la luz de la verdad conforme al estado de sus oyentes y no se manifiesta por completo, no aparta del todo el velo que le encubre, ni declara explícitamente quién es ante amigos y enemigos, sino cuando se acerca la hora de la Pasión, mediante la cual va a disipar para siempre todas las ideas falsas respecto del Mesías y a realizar las verdaderas, ilustrando y fortaleciendo a los apóstoles en el conocimiento y propagación de la fe,

mediante la participación del Espíritu Santo, y confundiendo y condenando a sus adversarios en el acto mismo y por aquellos mismos medios que ellos idearon para vencerle y quitarle la vida.

Luce, además, en toda su conducta una inmutable elevación sobre todo lo terreno, una completa independencia de los hombres y de las cosas del mundo. Jamás se le ve emplear la astucia ni la simulación, ni valerse de medios humanos para el cumplimiento de sus designios, ni aprovecharse, como suelen los hábiles políticos, de las pasiones ajenas o de las tempestades que ellos mismos desencadenaron, a fin de salir adelante con sus proyectos. Para comprobar su dignidad divina, para confirmar sus doctrinas, no hace uso de argumentaciones complicadas, ni echa mano de los recursos de la elocuencia: el testimonio de su Padre, su propia santidad y sus obras divinas son el fundamento en que se apoya.

Si los filósofos de Grecia van como titubeando y dudando en la formación de sus sistemas; si los doctores de la ley se atienen al dicho de los ancianos y sabios que les han pre-

cedido, Jesús, habla como quien tiene potestad, con una autoridad que demanda el asentimiento, con una seguridad que excluye el error y aun la posibilidad del error, con un «yo os digo a vosotros» que si no tuviera de su parte a la verdad eterna, sería muestra de un orgullo insoportable, llevado hasta la insania. Cuando los adversarios le ponen asechanzas para cogerle en la palabra, desvanece sus objeciones con suma sencillez, yendo derecho al fondo de las cuestiones y descubriendo la intención oculta de los que las proponen. Cuando los discípulos se asombran de algunas de sus enseñanzas, corrobora y reitera la afirmación que les escandaliza, seguro de que si ellos se retiran, no faltarán otros que den crédito a sus palabras.

Por otra parte la sabiduría de este maestro incomparable no va creciendo por grados, no pasa de lo imperfecto a lo perfecto, jamás retracta El ni corrige lo que una vez enseñó, y si bien la teología explica en qué sentido cabe algún desarrollo en las facultades humanas de Jesús y si por otra parte El va con sapientísima disposición introduciendo paulatinamente a los suyos en el misterio de su persona, no se halla

rastro de esos conflictos internos, de esas crisis, de esos cambios de plan que se han querido señalar en su vida. No, ningún cálculo, ningún acontecimiento exterior, ejerce sobre El influjo alguno, ni le hace modificar sus ideas, ni cambiar en lo mínimo la dirección de sus designios.

Quien estudie con atención la vida de los grandes hombres, de los genios, de aquellos que más hondamente labraron en la historia humana, echará de ver que ellos no sabían, por lo menos no percibían con claridad, a dónde iban, y que, o bien la lógica de los acontecimientos o bien la lógica de los raciocinios los llevó a donde ellos no sospechaban en el camino de la práctica o en el de la especulación: su sabiduría consistió las más de las veces en dejarse conducir de las circunstancias, de suerte que mientras parecía que guiaban a los hombres, eran guiados por ellos. Jesús, empero, no va tanteando y buscando su camino; sabe de dónde viene y a dónde va. Salido de Dios para dar testimonio de la verdad eterna y para redimir y renovar al mundo por medio de su muerte, se encamina al encuentro de la cruz que divisa a lo lejos, trabajando sin descanso y extendiendo a cuantos se le acercan el manto de su caridad. Y

cuando el mundo que no le quiso conocer, hace los últimos preparativos para quitarle la vida, El da los últimos retoques a su obra, establece el Sacramento del amor que va a ser el centro y foco de la vida de la Iglesia y les dice a los discípulos: Ahora es cuando el Hijo del Hombre va a ser glorificado, ahora es cuando el Príncipe de este mundo va a quedar derrotado: no habéis de temer, porque yo he vencido al mundo [1]. Y cuando, finalmente, inclina la cabeza para morir, no se declara vencido, antes exclama con un gran grito, grito de triunfo: Todo está consumado [2].

Pues ¿quién podrá negar que en Cristo todo es digno de Dios, que si Dios se ha manifestado a los hombres, Jesús es la más sublime revelación de Dios, que en El se ha hecho visible no sólo la bondad y benevolencia, sino la majestad, santidad y sabiduría invisibles de Dios? Oh! y esto es tan cierto que si el mundo cristiano disfruta de un tan alto, tan espiritual concepto de Dios, concepto que supera en amplitud y profundidad no sólo al que puede suministrar la sana filosofía, sino

Joan 16, 33.
2 Joan 19, 30.

aun al que se desprende de la revelación en el Antiguo Testamento, lo debe, más que a las palabras, a la persona de Cristo. El mundo ha visto a Dios, porque ha visto a Jesucristo. *Qui videt me, videt et Patrem.* Quien me ve a mí, ve también al Padre [1]. Esto explica, digámoslo de paso, cómo el secreto de su influjo está principalmente en su persona. No es de extrañar que un poeta de ahora treinta siglos nos atraiga todavía; es la obra, no la persona lo que nos admira: si algún interés despierta en nosotros la persona de Homero, es por el que nos inspiran las epopeyas de Homero, y cuando celebramos las palabras del pensador, las creaciones del artista, las hazañas del héroe, generalmente lo que más nos importa es la obra, no el que la ejecutó. En Cristo, por el contrario, la inteligencia y el corazón descansan en su persona; la doctrina se identifica con el Maestro, la enseñanza con la vida. Conocedor de su pequeñez, debe el hombre que inicia una obra grande o anuncia una verdad desconocida, decirles a sus semejantes: No miréis a mí, no fijéis la atención en el que habla, sino en lo que dice; poned los ojos en la obra, no en el que la

[1] Joan 14, 9.

acomete. Jesús dice: Aprended de mí; seguidme a mí, porque el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

Pero, ¿y quién podrá explicarnos la doctrina de Cristo, su pureza, su profundidad, sus frutos copiosos? Aquí me encuentro verdaderamente atajado y confuso. Para ello sería menester mostraros cómo el cristianismo propone las más altas ideas acerca de Dios, de su naturaleza espiritual, de su libertad, de su justicia y de su amor. Sería necesario exponer el conjunto armonioso de la teología católica y su admirable consonancia con los dictámenes de la razón y con los resultados de la experiencia, y haceros ver cómo toda ella no es más que la evolución y desarrollo de las palabras y enseñanzas de Cristo. Sería necesario mostraros cómo el cristianismo resuelve de manera plena y satisfactoria las grandes cuestiones que desasosiegan al espíritu humano y satisface sus más profundas necesidades morales y religiosas. Porque, hermanos míos, la religión verdadera ha de abarcar al hombre todo entero, con todas sus potencias y facultades. Si no ha de parar en hueco sentimentalismo o en mística fantástica e ilusoria,

debe tener por primer elemento un cuerpo de doctrina, un símbolo definido acerca de Dios, acerca del mundo, acerca del hombre.

Pero como la religión no es escuela filosófica, ni la Iglesia asamblea de sabios, en que los más doctos sean los que más valen, es menester que a la fe se junte un código de moral y se encarezca como conviene la guarda de los mandamientos. De lo contrario se iría a dar a la fe justificante del protestantismo, que confiando en los méritos del Salvador, repudia por inútiles y aun dañosas las obras buenas; o a las aberraciones del quietismo e iluminismo, que por otro camino tiende a la destrucción de la moral, asentando que para el contemplativo todos los actos externos son indiferentes.

Ni se encierra tampoco la religión en la sola moral, ni es simple medio de promover la moralidad, ni es la forma externa y accidental en que la ley natural se manifiesta al Yo empírico, como dice Kant; porque es imposible establecer el orden moral quitándole su sólida base que es Dios, santidad absoluta, para asentarlo como quiere aquel filósofo y otros con él, en el aire, es decir, en una mera abstracción, como es la del imperativo categórico.

Pero hay más todavía. Como el hombre no es espíritu puro, sino espíritu vinculado, en unidad de sér y de vida, a un cuerpo, la religión, cuyo asiento principal está en la inteligencia y en la voluntad, obra también, y ello es lógico, sobre las potencias inferiores del alma, dependientes del organismo corpóreo, y entra así en el dominio del sentimiento, aunque de una manera secundaria, ya que el sentimiento o afecto es un resultado de la operación del espíritu o, como si dijéramos, no es más que la resonancia de lo espiritual en la parte sensible de nuestro sér. Los afectos tienen también su puesto en la religión, porque regidos por la voluntad mediante la fantasía, se ennoblecen y espiritualizan, y así participan en los actos del espíritu, al propio tiempo que la voluntad cobra mayores bríos y obra con más intensidad, cuando los afectos o pasiones la secundan y sostienen.

La religión no es, pues, ni puede ser sólo una ciencia, ni una moral escueta, ni un sentimiento vago, sin objeto real y exterior a que se dirija. La vida religiosa consta de todos estos elementos y el vínculo que los enlaza es la misma alma humana, la cual con la inteli-

gencia conoce a Dios, su fin, y con la voluntad se esfuerza por alcanzarlo, y este conocimiento y este amor, cuando son vehementes, desbordando del espíritu alegran el corazón y la carne, la atraviesan con el temor santo, la derriten en las llamas de la caridad, la arrebatan en las alas de la esperanza y del deseo, y se manifiestan en los actos externos de la adoración y del culto.

El cristianismo, que abraza a un mismo tiempo los problemas metafísicos y los problemas éticos y que ofrece un culto digno de Dios y del hombre, es la única religión perfecta; al paso que todas las religiones y todos los sistemas que le son extraños o que se desvían de él, o bien se pierden en especulaciones metafísicas como el Bramaismo, o bien consisten en una moral sin dogma y por consiguiente sin sanción como el Budismo, o pretenden satisfacer los anhelos religiosos del alma con meras ceremonias exteriores como lo hacían los griegos y romanos.

La pobreza de las religiones del mundo pagano, como observa San Agustín, se mostraba sobre todo en lo que mira al conocimiento de Dios, tan obscurecido y falseado por el poli-

teísmo y por las monstruosidades de la mitología. Jesús nos le presenta como espíritu purísimo, eterno, inmutable, omnipotente, libre y sapientísimo. Pero, sobre todo, brillan en los discursos, en las palabras de Nuestro Señor, las que pudiéramos llamar propiedades éticas de Dios, como son la santidad y justicia, la veracidad y la fidelidad, la bondad, la misericordia, el amor. Con relación al mundo y al hombre, enseña que todas las cosas vienen de Dios, criador, conservador y gobernador de todas ellas; fija en la posesión de Dios el fin supremo del hombre; descubre la naturaleza de éste así en su bajeza y miseria como en su elevación y dignidad, y explica el origen del mal, tanto en el orden físico como en el moral. En estos puntos se encierran los gérmenes de toda sana filosofía, aquí está resumida toda verdad natural y sobrenatural acerca de Dios, del hombre y del mundo; aquí se encuentra junto cuanto alcanzó la sabiduría humana, pero limpio de la escoria de los errores; cuanto enseña la revelación mosaica, pero esclarecido, perfeccionado y aumentado.

¿Y qué diremos de la moral? ¿Dónde se vio jamás una doctrina a un mismo tiempo

tan vigorosa y tan llena de dulzura, tan severa que se insinúa hasta el corazón y condena aun el deseo y el pensamiento malo, tan benigna que ofrece remedio aun a los que llegan a los más bajos peldaños de la depravación, y no reconoce más que un pecado imperdonable que es la desconfianza de la misericordia divina; doctrina que se muestra así capaz de formar los santos más encumbrados y de redimir a los más abominables pecadores? Altísima en sus propósitos, rica y poderosa en sus motivos, guiada por el más perfecto modelo, confiada en una fuerza superior a las humanas, ofrece infinidad de medios al caído para levantarlo y purificarlo, y alcanza en los consejos evangélicos la expresión más subida del heroísmo moral. El ideal a que debemos conformarnos es Dios mismo; nuestros esfuerzos han de dirigirse a cegar en nosotros las fuentes del mal que son la codicia, la sensualidad y la soberbia, perdiendo la vida, si es necesario, para hallarla; a purificar el corazón, a despojarnos del hombre viejo y a vestirnos del nuevo que es hecho a imagen de Dios.

El cielo y el infierno, con goces eternos y

con eternas penas, la fealdad horrenda del pecado, la paz del alma en la virtud, y sobre todo, el hechizo de aquel amor inefable que se manifiesta en el misterio de la Cruz: tales son los motivos poderosos que incitan a la perfección moral.

Y con todo esto el cristianismo no nos enseña una moral abstracta, no nos señala lo que es bueno en teoría, sino que nos pone delante de los ojos la bondad y la virtud encarnada en Jesucristo, el cual ha de vivir en nosotros, crecer y desarrollarse hasta que el discípulo pueda decir con San Pablo: Yo no vivo, sino que Cristo vive en mí [1], mis pensamientos, mis afectos, mis deseos son los pensamientos, los afectos, los deseos de Cristo: El es mi vida. *Mihi vivere Christus est* [2].

Mas donde alcanza su florecimiento más lozano la moral cristiana es en los consejos evangélicos. Por la pobreza voluntaria, por la virginidad perpetua, por la obediencia entera a una autoridad espiritual, se desata el hombre de los lazos que le únen a la tierra, sale completamente de la estrechez de su egoísmo, y

1 Galat. 2, 20.
2 Philip. 1, 21.

desprendido del mundo, libre del peso de la sensualidad y muerto a su querer propio, no se encastilla como el estoico en las alturas solitarias de su orgullo, sino que entra de lleno en el amor de Dios, en cuyo seno no se pierde su personalidad, como la del brahama en el infinito, ni se adormece en la inacción, sino que cobra vigor incontrastable para sacrificarse a ejemplo de su Maestro, por la verdad y por el bién, por la salvación de sus hermanos.

Y ahí está la historia de la Iglesia. Ahí están esos millones de santos para probar la eficacia de esta doctrina. De ella nacieron, con ella se alimentaron y crecieron. A Jesús abrazaron, pero a Jesús todo entero. Nuestro siglo no quiere aceptar a Jesucristo sino parcialmente: cada cual toma de El lo que le place. Unos admiran la alteza de los dogmas cristianos y confiesan de grado que ellos constituyen un adelanto inmenso sobre las ideas filosóficas y religiosas de los paganos, pero no pasan de ahí; otros se contentan con alzar a las nubes la moral del Evangelio, como la más pura, como la fuente de todas las libertades públicas y la mejor salvaguardia de la digni-

dad humana; pero no hay para qué hablarles de misterios, porque son enemigos jurados de la metafísica y tienen horror a todo lo que sale de los límites de lo experimental y positivo; otros, finalmente, aceptan uno y otro, sólo que la economía de la gracia y de los sacramentos, del culto y de la jerarquía, les parece un accesorio de poca monta: quisieran un cristianismo depurado de todo eso, una moral fundada en las solas fuerzas de la naturaleza.

Pero todos estos son empeños temerarios, porque en la doctrina de Jesús todo se armoniza: el dogma, la moral, los medios de santificación. Quitado uno de estos elementos, bambolean y caen por tierra los otros. Si falta la fe, carece el hombre de motivos suficientemente fuertes para obrar el bién, y sobre todo el bién en grado superior, sobreponiéndose al ímpetu de sus pasiones; si se desprecia la gracia, carece de fuerzas para realizar sus propósitos y cae en la desesperación y el desencanto. El hombre no se levanta a su verdadera perfección sino por Jesucristo. Cuando se mutila a Cristo, se menoscaba la perfección humana. Los sistemas no cristianos, a lo

sumo alcanzan a producir obras defectuosas, o que no exceden de lo vulgar, hombres a quienes les falta algo en el corazón o en la cabeza, como dijo un incrédulo, al paso que el cristianismo íntegro ha producido esos tipos inmortales de belleza que se llaman Pablo de Tarso, Teresa de Jesús, Luis Gonzaga, Francisco de Sales y mil más.

Y ¿quién podrá dignamente ponderar la fecundidad prodigiosa de la enseñanza de Cristo? Semejante al grano de mostaza, de que brota árbol corpulento, debajo de apariencias sencillas que no espantan a las inteligencias más medianas tiene profundidad tánta, se presta a tal variedad de aplicaciones, encierra tánta copia de conclusiones que con hacer tántos siglos que la humanidad más culta viene estudiándola, sondeándola, exponiéndola, no ha llegado ni llegará jamás a agotarla. La palabra de Jesús es hondísima, cada inteligencia se sumerge allí hasta donde quiere y puede; es un río que tiene lagos profundos y cascadas sonantes y apacibles remansos: allí nadan los elefantes, y los tiernos corderillos encuentran donde bañarse y apagar su sed. Ni es esto maravilloso. Cuanto una inteligencia

es más alta, tanto es más comprensiva su palabra, expresión de su pensamiento. De los ángeles enseña Santo Tomás que abarcan con un sólo concepto o, como si dijéramos, con una sola mirada, lo que un hombre de sumo ingenio no puede conocer sino por partes y mediante una larga cadena de raciocinios. Por eso los grandes talentos son eminentemente sintéticos, ven las cosas desde muy alto y su palabra revela más de lo que dice, cautiva más por lo que sugiere que por lo que manifiesta expresamente. Pues si la palabra humana tiene ya esta fecundidad y lleva en ocasiones tal cúmulo de ideas condensadas que van a hacer explosión y a germinar en los que las reciben, cómo será la palabra del que es Palabra y Concepto de Dios?

De la palabra de Cristo ha nacido en primer lugar la teología católica. Sí, la teología. Al oír esta palabra, muchos se encogen de hombros pensando que esa es una mera antigualla, que si pudo alimentar las interminables disputas de la escuela o ejercitar la sutileza de los doctores de la Edad Media, hoy no tiene valor alguno. Pero no, la teología es el fruto de la palabra de Dios y de la razón

humana; es el pensamiento de Dios interpretado por el hombre que lo ha estudiado con amor, con reverencia y aplicado a él sus más poderosas facultades, sus esfuerzos más generosos. La humanidad no ha sido ingrata al dón del cielo, lo ha acogido con regocijo y sin olvidarse de que el escudriñador de la majestad se verá oprimido por la gloria, ha juzgado que era muestra de agradecimiento examinar y profundizar hasta donde le fuese posible la doctrina que le vino de lo alto. Y el resultado ha sido tal, que aun cuando úno no fuera cristiano, no podría menos de admirar un cuerpo de doctrina tan completo y tan sabiamente organizado, ni dejar de extasiarse ante el edificio que sobre la fe ha levantado la razón, contemplando su magnificencia, su elevación, la proporción de sus partes, lo acabado y primoroso de sus detalles y ornamentos. Podrá el hombre desechar los principios de esta ciencia, pero habrá de quedar pasmado ante la sagacidad, penetración y firmeza de razonamiento que demuestran sus cultivadores, y no podrá negar que la teología católica es el campo en que el ingenio humano ha dado más alta muestra de su capacidad y que

ella es la más suntuosa fábrica intelectual que levantaron las manos de los hombres.

Unica e idéntica a sí misma, la teología se reviste de formas diversas: ya se muestra sencilla, clara, asequible en las homilías con que los pastores apacientan a los fieles; ya armada de irresistibles argumentos se revuelve contra los adversarios de la Religión, confunde los errores, pulveriza las objeciones, o bien apoyándose en las verdades que ellos admiten, o poniendo en claro cómo cuanto alegan en contra, carece de fundamento. Unas veces se contenta con exponer los dogmas y corroborarlos con los testimonios de la Escritura y de la Tradición, en estilo fácil y abundante, que arrastra en sus ondas los tesoros de la erudición y de la crítica; otras asume casi la apariencia de las ciencias exactas, seca en el estilo, vigorosa en la argumentación, descarnada en las pruebas que se encadenan con método estricto, ajustada al rigor de la dialéctica; y armada así como de escalpelo y microscopio, se entra por los más escondidos senos de la enseñanza revelada, la desmenuza, la desenvuelve y saca conclusiones que forman todo un sistema científico; define, divide, demuestra

sus tesis, redarguye a los contrarios. Esta ciencia sagrada no permanece jamás estacionaria: sin mudar en el fondo ni apartarse de la fe, es progresiva, se desarrolla, se modifica, se transforma conforme adelantan las otras ciencias con quienes está en íntima relación. Segura de hallarse en posesión de la verdad infalible, no teme la investigación, antes ahonda en ella cada día más; acepta cuanto viene del campo de la experimentación o del campo de la filosofía, porque los resultados de las ciencias de observación, como sean comprobados, y las conclusiones del raciocinio, como nazcan de premisas ciertas y por riguroso discurso, lejos de menoscabar, vendrán, como vinieron siempre, a corroborar sus propias afirmaciones.

Mientras que las falsas religiones se desmoronan cuando se les aplica la crítica científica, esta última aún manejada por manos nada amigas, no ha logrado hacer mella en la doctrina de Cristo; por lo cual la Iglesia no teme la ilustración, antes la promueve y ha sido la creadora y fautora de todas las instituciones destinadas a propagarla, desde la escuela primaria hasta la universidad. Y que la

razón humana bajo la tutela de la fe, lejos de enflaquecerse, ha cobrado nuevos bríos y ganado en audacia y elevación, lo patentiza la superioridad de la sabiduría cristiana, señaladamente en las disciplinas filosóficas y jurídicas, en las ciencias políticas y sociales. El elemento cristiano es hoy la luz y la sal de la cultura del mundo y anda tan mezclado con ella que nadie sería capaz de separarlo, como tampoco de señalar el límite hasta donde llega la acción de las verdades reveladas, pues esa acción se extiende más allá de las fronteras de la Iglesia y de las comuniones cristianas y alcanza aun a los que no conocen la Revelación o la repudiaron. La atmósfera espiritual está impregnada del pensamiento de Cristo; la palabra de Cristo es el pan cuotidiano de un sinnúmero de almas. ¿Dónde sino en el Evangelio están los manantiales de este río de la elocuencia cristiana que recrea y fecundiza las almas en todas las regiones del globo, de esa elocuencia que habla todas las lenguas, as las más cultas como las más bárbaras, que conmueve todos los corazones, que resuena en los palacios de los reyes y va en boca del misionero a ilustrar y consolar al labriego, a ga-

nar el corazón del salvaje en su desierto; de esa elocuencia que cuando la antorcha de la cultura clásica se extinguía, hizo revivir en Juan Crisóstomo los acentos de Demóstenes, que pareció resucitar a Cicerón en la persona de Cipriano, y que rotos ya los clásicos moldes de las lenguas antiguas, tomó a las modernas en su cuna y las pulió y las hermoseó y les imprimió su sello de espiritualidad y elevación?

Esto nos lleva a notar otra de las propiedades de la doctrina de Cristo, que es la universalidad, en todo sentido y bajo todo concepto. Ella se dirige a todos los pueblos para congregarlos a todos en el reino de la verdad que vaticinaron los profetas y que había de traspasar los confines de los otros reinos, en el reino de los cielos, que abarca y comprende a todas las naciones de la tierra. Pretensión era ésta que asombraba a los judíos y gentiles, y que les parecía la más nueva, la más inaudita, la más imposible de realizar, porque ellos no concebían una religión que no fuera nacional; pretensión que sin embargo se ve realizada y cuyo origen divino y superior a todo pensamiento y voluntad de hombres ponen o-

davía más de manifiesto las comuniones separadas, el bizantinismo y el protestantismo con sus iglesias particulares, encerradas dentro de las fronteras de un país y sostenidas por el poder del Estado.

Y es porque en la doctrina de Cristo se prescinde de cuanto es externo y accidental en el hombre: la raza, la nación, el clima, la época; y sólo se tiene en cuenta lo que le es esencial; sólo se mira al alma, la cual en todos los tiempos y lugares, en cualquier grado de civilización en que se halle, experimenta unas mismas necesidades, tiene unas mismas aspiraciones, se ve atormentada de idénticos temores y deseos, sólo patentes a Aquel que la crió, a Aquel que conoce el corazón del hombre porque lo modeló con sus manos. Con esta universalidad *ad extra,* digamos así, tiene otra universalidad que llamaremos interior: no hay aquí doctrinas ocultas, no hay discípulos favorecidos, no hay distinción entre gnósticos y psíquicos, ni teorías arcanas, ni misterios reservados para sólo los iniciados; nada del exclusivismo de la filosofía pagana que odiaba al vulgo profano. El cristianismo no tiene secretos para nadie: todos son lla-

mados a participar de sus enseñanzas cualquiera que sea su capacidad y cultura, cosa que también escandalizaba a los paganos y era objeto de sus burlas, como lo vemos en Luciano; pero que aparte de otras causas se funda en la manera misma de la enseñanza, que no es por el camino largo y trabajoso de las demostraciones, inaccesible a los entendimientos vulgares, sino por el fácil y compendioso de la autoridad, de la palabra de Dios, la cual pone de un golpe al hombre más rudo en presencia de la verdad, y de toda la verdad, sobre todo en aquellos puntos más trascendentales, más necesarios para ordenar la vida honestamente y de acuerdo con la dignidad humana.

El cristianismo, es pues, por excelencia, una religión popular. Tanto más cuanto por otra parte, Jesucristo, en quien se compendia toda la religión del cristiano es, según hemos visto, el ideal puro del hombre, a quien no falta ninguna de las notas de la genuina naturaleza humana, al mismo tiempo que muestra en su persona lo divino en forma humana, la verdad invisible de Dios hecha visible a los mortales, de modo que verle a El es ver a su Pa-

dre. Su vida es el modelo acabado de la vida humana dignificada y esclarecida por la presencia y el amor de Dios. Por eso quien le contempla, siente despertar en sí los gérmenes de todo bién, y cuanto más se acerca a El por la imitación, es no solo más cristiano, sino más hombre, porque corresponde mejor a la primitiva idea del hombre en la mente de Dios.

Mas no pára aquí la eficacia de las palabras de Nuestro Señor. Ella no se ha sentido tan sólo en los individuos, ni en el campo de la especulación. Qué de instituciones no han brotado y brotan de ella todos los días ! La civilización cristiana no es sino el florecimiento lento de la semilla evangélica ; las libertades modernas en lo que tienen de bueno, de allí arrancan ; la sociedad y la familia, las ciencias y las artes, se han modificado por ella y de su savia se nutren todas aquellas virtudes que recrean y embalsaman al mundo cristiano, diferenciándole hondamente del antiguo.

Nuestro Señor no procedió como los reformadores humanos : no incitó a la rebelión, no provocó trastornos sociales, ni se propuso derrocar el orden establecido, para fundar por

fuerza una nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua. Eso habría sido indigno de Dios. Esó por lo demás, no toca sino a la superficie de las cosas. La obra de la fuerza (y hablo no sólo de la fuerza de las armas, sino de la de las pasiones) lleva en su seno con el riesgo de la exageración y del exceso, el germen de su muerte y el principio de las reacciones infalibles. Jesucristo procedió como Dios: comenzó su obra en las inteligencias y en los corazones; arrojó en el seno de las antiguas sociedades, corroídas por la triple concupiscencia, la levadura saludable de sus enseñanzas y de sus medios de santificación: depositó en unas pocas palabras comunes, lúcidas y sencillas, las simientes de un nuevo orden de cosas y dejó que esas simientes se desarrollaran a favor del tiempo y bajo la acción del Espíritu Santo.

¡Y qué transformación! El mundo antiguo que consideraba la pobreza como *ingens vitium*, se vio reemplazado por un mundo nuevo que ve en el pobre un objeto de veneración, porque es imagen de Cristo, que se hizo pobre, que evangelizó a los pobres y murió por ellos. De ahí todas las obras de la misericordia cris-

tiana que no pudo imitar Juliano, ni podrán jamás contrahacer los filántropos anticristianos. La misma Roma que vio a sus emperadores poner en una nave los mendigos de la ciudad para echarla a pique en el mar, vio a Gregorio Magno ayunar y hacer penitencia cuando supo que había un pobre en Italia a quien no habían alcanzado sus limosnas. Y de entonces acá, ¡cuántas manos delicadas de nobles matronas y doncellas se han creído honradas curando las llagas nauseabundas de los pobres de Cristo! La esclavitud, que constituía el cáncer más odioso del mundo pagano y que sus mismos filósofos, como Aristóteles, justificaban en teoría, quedó arruinada en principio por el cristianismo para ir desapareciendo poco a poco, hasta el punto de que hoy no podemos comprender aquellas sociedades antiguas en que había miles de esclavos por cada hombre libre, teniendo éste derecho de darles la muerte y aun de ordenar que ellos se la dieran recíprocamente, sólo para entretenimiento y solaz de sus comensales que yacían muellemente recostados en sus triclinios de oro, coronados de rosas y resplandecientes los cabellos con el *malobatro* sirio.

¿Y qué diremos de la regeneración y ennoblecimiento de la familia, de la fundación de una vida social digna del hombre en el justo equilibrio de la autoridad y de la libertad?

La familia descansa en el concepto del matrimonio, en la dignidad de la mujer. La baja estimación que de ella hacían los paganos, la tenía envilecida y abatida. Mas desde que el cristianismo venera al Señor en su Madre Virgen y enseña la igualdad esencial entre el varón y la mujer, apesar de sus desigualdades fisiológicas e intelectuales; desde que las mujeres por el voto de virginidad alcanzan una sobrehumana elevación y a ejemplo de María ejercen para con las almas una maternidad espiritual, llevándolas a Jesucristo, desde entonces la mujer quedó emancipada y se mostró como virgen, como esposa, como madre, en una dignidad que el paganismo no llegó a sospechar. Hiciéronse imposibles la poligamia y el divorcio que son ruina de las familias, quebrantóse el poder de la sensualidad y las naturales relaciones del hombre y de la mujer quedaron santificadas y espiritualizadas.

Mientras que el Estado antiguo no miraba a los ciudadanos sino como medios de al-

canzar su fin y absorbía en su vida pujante la vida de todos los individuos, el cristianismo predica la dignidad y la libertad del individuo, la igualdad de todos delante de Cristo, delante de Dios, y hace que la ley tome en cuenta el derecho de las personas mitigando la dureza de la legislación romana.

En oposición al sofocante despotismo del oriente y a la oclocracia de la Grecia, la Iglesia enseña el origen, la órbita y el objeto del poder político; lo espiritualiza y santifica, lo limita con las prescripciones del derecho natural y de la ley cristiana, y así exige a los súbditos la fidelidad y la obediencia sin degradarlos, con lo cual la autoridad dejó de ser caprichosa arbitrariedad y la obediencia no fue servidumbre.

Pues decidme ahora, ¿quién sino Dios habría podido enseñar una doctrina tan profunda que el estudio de tántos siglos no la agota, que sin variar en su fondo se desarrolla y se adapta a las aspiraciones y necesidades de cada época de la humanidad, llevando su influjo salvador al individuo, a la familia, a la sociedad; que resiste el examen de las más aventajadas inteligencias así amigas como ene-

migas y si bien las sobrepuja en mucho, no puede ser acusada de contradicción, sino que o bien las arrebata de admiración si son rectas y humildes, o las ciega y precipita al abismo, si soberbias y mal intencionadas; una doctrina que se ve corroborada con los progresos de la verdadera ciencia, y de la cual ha nacido una civilización, la más rica, la más espiritual y floreciente, cual es la de las edades cristianas, produciendo al propio tiempo millares de santos, cada uno de los cuales es un milagro mayor en el orden moral que la resurrección de los muertos en el físico? ¿Qué nos da el racionalismo moderno en cambio de esta metafísica tan alta pero tan racional, de esta moral tan pura pero tan humana, de esta religión tan sublime que arroba a los genios, tan llana que la entiende el niño, de este culto espiritual que ennobleciendo al hombre honra a Dios?

¿Sabeis qué? El panteísmo, una llamada religión del sentimiento que no tiene dogmas, que no conoce reglas fijas de moral, que duda de todo, pero que conserva, como se acaba de decir en la Academia Francesa, aquellas ilusiones que forman la dignidad del hombre, religión

para quien el Dios de los judíos y el sanguinario Maloc, Jesucristo y Buda, los sonámbulos y profetas son una misma cosa; la oración del grande Ulema y la del sacerdote católico, dos líneas que partiendo de distintos puntos del espacio, miran sin juntarse jamás a una estrella demasiado lejana [1]. Qué más: El monismo que, según dicen, no reconoce dualidad alguna, ni diferencia entre espíritu y materia, entre substancia y forma, entre fenómeno y realidad; para quien no hay materia sin espíritu o sea sin la fuerza irresistible que la gobierna, como tampoco espíritu sin materia, o mejor dicho, no hay espíritu ni materia en el sentido tradicional de las palabras, sino únicamente algo que no es ni lo uno ni lo otro, es decir, el mundo, el todo uno, lo inconsciente que se desenvuelve en el tiempo, sin saber de dónde viene ni para dónde va.

¿Qué es de la Religión, qué es de la moral en semejantes sistemas? Escuchad: Así como el pensamiento individual se resuelve y se pierde en el proceso dialéctico del gran todo, según dice Hegel, así la actividad consciente y determinada del individuo se con-

1 Anatole France, hablando de Renán.

funde con el querer ciego e irracional de este mismo todo. El hombre se alucina, cuando cree que él quiere algo, que él es quien piensa o hace lo que suecede por él [1]. No hay tal; sólo acontece lo que acontece necesariamente, y el hombre ni piensa ni quiere sino lo que debe pensar y querer. Lo inconsciente, es decir, el ciego impulso de la naturaleza, el instinto por lo que causa placer o pena, eso es lo que en último análisis determina todas las acciones humanas. Resistirle es cosa imposible y no puede menos de ser causa de infelicidad: sumergirse en lo inconsciente es la bienaventuranza suprema; entregarse al impulso irresistible de la naturaleza, la única sabiduría. La doctrina no es nueva. Sin ir más lejos, esa es la conclusión a que llegó un personaje de cierta novela muy conocida, el cual renegó de Jesucristo porque habiéndole ofrecido enfrenar la sensualidad para servirle mejor, halló después como Lutero que la pasión era demasiado fuerte y él demasiado débil para sojuzgarla. Partiendo del principio de que este impulso secreto que predominaba en él sobre la voluntad de Dios, era un poder mayor y

1 Hartmann.

más divino que el del Dios de sus padres, tomó la resolución de no conocer ni adorar en adelante otro Dios que aquella voz inequívoca que creía percibir en su interior, es decir, la desaforada inclinación de la sensualidad.

Pues este panteísmo es lo que se considera como la única religión digna de los sabios, quienes miran con desprecio toda religión positiva. Si algún maestro se ha de seguir, no será ya Jesucristo sino Buda; si alguna felicidad se espera, no es la del cielo, sino la del Nirvana. Entregarse úno a esas propensiones que la ascética sombría del cristianismo pintaba con tan negros colores, secundándolas como voces divinas que nos guían a la felicidad, ¡qué cosa tan cómoda! Saber que Dios es la naturaleza y que la naturaleza es Dios y que por tanto no es virtud sino pecado sujetar la carne, y a más de pecado, insensatez, porque es pretender un imposible, y después de todo, perder y anegar el sér individual en el gran todo, o hablando más claramente, descargarse úno de la responsabilidad de sus propias acciones y por consiguiente del temor de las retribuciones eternas; tal es la dicha que se busca, tales las ventajas

que se le hallan a Buda sobre Jesucristo, y tal la causa de ese entusiasmo inexplicable, oprobioso que despierta hoy el Budismo en algunos centros europeos [1].

Siempre, hermanos míos, el mismo resultado, siempre las especulaciones orgullosas de la razón que sacude el yugo de la fe, abriendo camino a las degradaciones de la carne; siempre las pasiones desenfrenadas queriendo prevalecer sobre la ley de Dios.

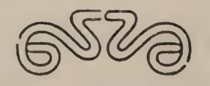
El espíritu se conturba, la imaginación retrocede horrorizada cuando se piensa lo que será del mundo si llegaran a prevalecer semejantes desvaríos, si, lo que no puede suceder jamás, llegara a extinguirse el fanal esplendoroso que la Iglesia levanta en alto para disipar las tinieblas del error. Al echar una mirada sobre ese abismo en que se despeña la razón extraviada y culpable, hay que volver los ojos a Jesús, para decirle: Señor, ¿a quién iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna. [2] Tus palabras sí son espíritu y vida, el que te sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. [3]

1 Weiss, Apologie des Christhenthums, B. III, s. 295.
2 Joan. 6, 69.
3 id. 6, 64 y 8, 12.

Pero terminemos ya. Si consideráramos la constitución divinamente grande y divinamente sencilla de la Iglesia; la admirable economía de los sacramentos, en fin no ya sólo las doctrinas sino las instituciones del cristianismo, hallaríamos nuevos argumentos para adorar en Cristo una sabiduría que sobrepuja a toda sabiduría de hombres, pero veo que eso es ya imposible. Y esta obra tan maravillosa de las enseñanzas e instituciones cristianas, esta obra de una sabiduría que asombra más cuanto más se la considera, que alcanza verdaderamente de un fin a otro fin fuertemente y todo lo dispone con suavidad, [1] que abarca todo el pensamiento, todo el querer, toda la vida del hombre, todas las relaciones humanas, para todos los pueblos y para todos los tiempos; este orden cristiano sobrenatural que en más alto grado que el mundo natural y visible, enarra la gloria de su autor; este orden en cuya contemplación halla el espíritu los goces más puros, y en cuya práctica realización está fincada y lo estará siempre la salvación de las sociedades; esta obra, digo, ha sido producida por Jesús después de una vida pa-

1 Sap. 8, 1.

sada en el taller de un artesano y en el trabajo de las manos, en los solos tres años de su humilde predicación y confirmada y sellada para siempre en las tres horas de su permanencia en la Cruz. Así como para el que contempla el universo sensible, es manifiesta la existencia de Dios, cuya magnificencia narran los cielos y anuncian todas las criaturas, así la razón, cuanto más profundamente considera la doctrina y las instituciones de Jesucristo, más se persuade de que ellas no son obra de hombre, ni efecto de la evolución del espíritu humano, ni producto o amalgama de doctrinas preexistentes, sino simplemente la obra del Verbo de Dios hecho carne; de Aquel que dijo: Mi doctrina no es mía sino del que me envió, [1] y de quien afirma San Pablo que en El están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios [2].



1 Joan. 7, 16.
2 Colos. 2, 3.

CRISTO VENCE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA



V

CRISTO VENCE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA

Opera quae ego facio in nomine Patris mei, haec testimonium perhibent de me.

Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas están dando testimonio de mí.

(Joan. 10, 25).

AL considerar la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, hemos tenido que convenir en que ella no es obra de hombres, ni, como se ha dicho, fruto natural del desenvolvimiento del espíritu humano. Es cierto que los principales dogmas de la fe se hallan como en germen en los libros del Antiguo Testamento; pero esas simientes no se habrían desenvuelto sin el calor de la nueva y más esplendorosa revelación del cristianismo, como nos lo demuestra la historia de los judíos desde

Jesucristo para acá. En la filosofía pagana y más aún en las tradiciones religiosas de los pueblos había sin duda puntos de apoyo para el cristianismo, como lo han notado, si bien a las veces con alguna exageración, los apologistas tanto antiguos como modernos. Pero los filósofos por lo general no sólo no fueron favorables al cristianismo, sino abiertamente anticristianos, y su influencia no contribuyó a engendrar sino doctrinas erróneas y heréticas. El neoplatonismo no produjo sino que desvirtuó en sentido emanatista y panteísta el dogma de la Trinidad y aun pervirtió la verdadera noción de Dios. No obstante el aprecio que de los estoicos hacían algunos Santos Padres, llegando a decir uno de ellos *Seneca saepe noster*, no es menos cierto que en el fondo hay inmensa distancia entre aquella moral racionalista y orgullosa y la moral del Evangelio, y que, como advirtió San Jerónimo, no es el catolicismo sino el pelagianismo el que muestra afinidad con las enseñanzas del Pórtico.

Lo que sí es cierto es que la Providencia divina dispuso los sucesos de tal modo que vinieran a preparar y favorecer la difusión de la doctrina revelada. Tres grandes pueblos con-

tribuyeron a esta obra: los judíos, los griegos y los romanos.

Para que la Revelación primitiva y la esperanza del Redentor no pereciera por completo, ordenó Dios las diversas migraciones y transmigraciones del pueblo hebreo. Después de haber vivido por siglos en Egipto, nación poderosa e influyente de la antigüedad, le vemos no solamente en castigo de sus pecados, sino para cumplir su misión de profeta, dejar muchas veces sus hogares e ir a morar entre los Babilonios, entre los Asirios, de donde probablemente penetró hasta la India. Así pudo ser parte en los grandes acontecimientos que señalan el siglo sexto antes de Cristo, siglo, según advierten los historiadores, de gran movimiento intelectual en todos los pueblos cultos de la antigüedad, pues aquel es el tiempo en que comienza la verdadera filosofía griega con Pitágoras, en que aparece Zoroastro en la Bactriana, Buda en la India y Confucio en la China. Bajo los Ptolomeos, vuelven los judíos en gran número al Egipto y sus libros traducidos al griego se hacen accesibles a todos; en el siglo de Augusto tienen extendida su red comercial por todo el imperio, son numerosos en Roma, alcanzan influencia y atraen no pocos prosélitos.

Mientras que el pueblo judío, poco especulativo pero tenaz en sus ideas, es elegido para depositario de la Revelación, oficio en el cual el espíritu humano no es llamado a poner nada de su cosecha, sino a guardar con fidelidad la tradición, vemos que en Grecia, sobre todo después de las guerras con los persas, toma extraordinario vuelo la especulación filosófica, hasta dar sus más exquisitos frutos en Platón y en Aristóteles. Así se preparaba la inteligencia humana para recibir la verdad de lo alto ; así se disponía, con el trabajo de muchos siglos, a aprovecharse del tesoro de la revelación, y se habilitaba para traducir, digamos así, el pensamiento sobrenatural en conceptos humanos, con exactitud y agudeza ; para expresarlo de manera clara y popular ; para enlazar sistemáticamente las nuevas verdades, reducirlas a un todo científico y defenderlas contra los ataques de sus enemigos.

Entre tanto, el pueblo romano desempeñaba otra tarea no menos importante ni menos providencial : abrazaba a todas las naciones en la grande unidad del *Orbis Romanus ;* sometíalas a una misma legislación ; extendía por todas partes, hasta hacerlo universal, el

conocimiento de las lenguas griega y latina, al mismo tiempo que para facilitar la marcha de sus legiones invencibles, construía aquellas famosas vías que comunicaban todas las partes del imperio ; que cruzaban las Galias, la España, la Italia ; que iban de un mar a otro, y conducían al Egipto y aun a la India : vías que iban a ser tántas veces recorridas por los mensajeros del Evangelio.

Y es que Dios, como dice San Agustín, no habla como los hombres con palabras sino con hechos, y los sucesos de la historia, dirigidos por su mano, sin menoscabo de la libertad creada que en ellos interviene, constituyen una oración o más bien un poema del artista soberano. Nuestro Señor, por su parte, también nos habla con hechos. Sus obras dan testimonio de El y confirman su enseñanza. Y así, para completar nuestro plan, vamos esta noche a tratar, o por lo menos a tocar ligeramente cómo el poder de Jesús se muestra en sus milagros, y sobre todo en el milagro de su resurrección corporal y de su vida en la Iglesia.

***

No hay palabra alguna que cause más horror a los racionalistas que la palabra mila-

gro. Basta pronunciarla para que vuelvan las espaldas enfadados o a lo menos respondan con una sonrisa desdeñosa. Paréceles que éste es un concepto del todo anticuado, propio de aquellos grados inferiores de la cultura, de aquella edad de infancia de los pueblos en que los hombres, apenas salidos del estado salvaje que suponen ser el primitivo, estaban dispuestos a asombrarse de todo acontecimiento un tanto extraordinario y a atribuirlo a la acción inmediata de alguna divinidad. Mas en nuestros tiempos, en un siglo que tiene escudriñados todos los rincones de la creación, que ha analizado todos los cuerpos, que tiene catalogadas todas las substancias y formuladas todas las leyes que rigen los movimientos del universo, es ya cosa ridícula hablar de milagros.

Y si vamos a indagar más de cerca cuál es el origen de semejante incredulidad, de esa prevención contra el milagro, veremos que todo ello se reduce a la idea muy asentada en los hombres de nuestros días de que no es dable concebir ni admitir ningún orden sobrenatural, idea que a su turno nace de que se hallan, a sabiendas o sin saberlo, inficionados o de materialismo o de panteísmo. Porque para

quien entienda que el mundo no se hizo a sí mismo, que el orden que en él reina no es necesario sino contingente, que hay un Dios personal, esencialmente distinto del universo, y que este Dios, autor de todas las cosas, no podía, sin mengua de su bondad y sabiduría, desentenderse de sus criaturas, y sobre todo del hombre, que es hecho a su imagen y semejanza; para quien esto entienda, es cosa evidente que el milagro nada tiene de imposible, porque ni la omnipotencia del Criador quedó agotada en la creación del orden natural, ni su libertad ligada a él de tal modo que aquella misma voluntad que creó y conserva las fuerzas naturales, y obra en ellas y por ellas, no pueda impedir o modificar su eficiencia, o producir los efectos que le plazca sin la intervención de agentes intermediarios. Antes tiene el milagro mucho de congruente. Supuesto el orden sobrenatural, el milagro es su postulado necesario. Así como la revelación es lo sobrenatural en los dominios de la inteligencia, y la gracia lo sobrenatural en la esfera de la voluntad, así el milagro es lo sobrenatural en el orden físico, y por tanto una manifestación y confirmación ex-

terior y visible de aquellas otras formas de la acción divina en la vida humana. Nada más conveniente sino que el milagro autorice la predicación de una doctrina sobrenatural, que la palabra divina sea confirmada con hechos divinos y que la verdad que viene de lo alto se distinga de las enseñanzas humanas en ser testificada con obras que excedan a las fuerzas humanas.

Dicen que todo ello será así, pero que ninguna prueba por poderosa que sea, será bastante a hacer creíble un milagro, porque contra esa prueba hay siempre otra más fuerte, puesto que la experiencia de las leyes físicas, que excluye el milagro, entraña una certeza mayor que la que se deduce del testimonio histórico en favor del milagro; que por tanto a los testigos individuales de un hecho milagroso, se les contrapone la experiencia de todos los demás hombres, la cual está contra el milagro.

Pero esto, como véis, es un sofisma. Las dos certezas no se excluyen; son formalmente diversas. Verdad es que la experiencia enseña y es cierto, que un hombre no puede naturalmente caminar sobre las aguas, ni un

muerto, ya en descomposición, tornar a la vida; pero eso nadie lo niega, antes lo afirmamos resueltamente, y de aquí cabalmente inferimos que si tales cosas llegan a suceder, seguramente no provienen de una causa natural. Y cuando semejantes sucesos vienen a comprobarse debidamente, la certeza histórica de ellos en nada se opone a la que nace de la constancia de las leyes naturales. Esta proposición general de experiencia: un ciego de nacimiento no puede alcanzar vista instantáneamente con aplicarle lodo sobre los ojos, es una proposición que enuncia lo que sucede ordinariamente y conforme a las leyes físicas; pero no envuelve la afirmación de que eso mismo que naturalmente es imposible, no pueda efectuarse mediante una causa superior a la naturaleza. Ahora, que los milagros no sean de todos los días es cosa averiguada por la experiencia; mas esta experiencia se concilia muy bien con la no menos cierta de que en ocasiones y para fines dignos de la sabiduría de Dios, se verifican algunos sucesos milagrosos.

En resolución, los milagros son hechos visibles y palpables, para cuyo conocimiento

basta tener sanos los sentidos, y por consiguiente no se pueden anonadar con teorías ni con argumentos especulativos. Lo mismo para sostenerlos que para combatirlos hay que hacer uso de las reglas ordinarias con que se juzga de cualesquiera otros hechos. Por consiguiente, aquellos sucesos milagrosos que perciben nuestros sentidos o que son referidos por testigos fidedignos, sea oral o escrito su testimonio, como conste que el escrito es genuino y auténtico, son realmente ciertos y no se pueden poner en duda sin renegar de la razón y abrir la puerta al escepticismo.

Esto supuesto, la verdad histórica de los milagros de Nuestro Señor es innegable, porque no se puede separar de la certidumbre de su vida y porque la calidad milagrosa de tales obras está fuéra de duda, como lo prueban el juicio de los discípulos, de los numerosos testigos oculares que los presenciaron, del pueblo entero que glorificaba a Dios y aun de los mismos enemigos del Salvador, quienes después de investigación jurídica y solemne, no tuvieron qué oponer, no se atrevieron a negarlos y se contentaron con atribuírlos a un influjo diabólico. La naturaleza misma de

aquellos hechos excluye toda duda acerca de su carácter, no menos que su muchedumbre, variedad y grandeza, junto con la manera y circunstancias en que se verificaron. Porque Jesús hace milagros de diverso género, en todo tiempo, en ocasiones no buscadas sino fortuitas, sin preparación alguna, con entera libertad y tranquilidad, en presencia del público, por medio de una palabra, un tocamiento o a lo más una ceremonia simbólica que ninguna relación natural tiene con el efecto deseado, a veces con un simple acto de voluntad, y los hace así en presentes como en ausentes, y siempre con un resultado instantáneo, perfecto y permanente.

No es posible pararnos a estudiar en particular cada uno de estos hechos, ni haceros ver las confesiones que a este respecto arranca la verdad aun a los hombres de la crítica extrema, los cuales se ven obligados a confesar en Jesucristo un poder secreto, alguna ciencia extraordinaria, aprendida quién sabe dónde y perdida después de El, o a decir que todo aquello era efecto de una personalidad dotada de las más altas cualidades espirituales y de las más raras energías morales. Tam-

poco podemos ver cómo todas las tentativas hechas por parte del racionalismo para explicar los milagros mediante una ciencia oculta de curar o por el fluído magnético o por el poder de la sugestión o de la imaginación, son insostenibles ante la naturaleza de los milagros de Nuestro Señor, y no menos inconciliables con su carácter moral como aparece en el Evangelio. ¿Qué sería de la pureza de sus intenciones, de la elevación de su moral, de la nobleza de sus propósitos, de su santidad incomparable, si sus milagros fueran fingidos para engañar al pueblo? Tanto más cuanto Nuestro Señor se refiere a ellos como a testimonios fehacientes de su divinidad. Tan cierto es esto que, en última instancia los incrédulos, como ya lo notamos también, se ven forzados a negar la verdad histórica del Evangelio para librarse de los milagros. ¡Cosa curiosa! Si Jesús no los hubiera hecho, todos los incrédulos unánimemente habrían hallado en ello la más segura prueba de que no era sino un simple hombre. Mas como sí los hizo, se valen de ellos para afirmar que los Evangelios son meras fábulas o que Jesús fue un impostor. No parece sino que estos hombres tie-

nen miedo de encontrarse con Dios cara a cara. Quizá no les falte razón para temerle.

Nada puede tampoco haber más falso que aquella violenta y enfermiza conmoción o aquella especie de timidez y encogimiento con que dice cierto escritor que obraba Nuestro Señor sus milagros. No hay vestigio de tal cosa en el Evangelio, antes le vemos proceder siempre en estos casos con inalterable serenidad, con una entera confianza y seguridad del resultado, y si bien atribuye sus prodigios, lo mismo que todo cuanto dice y hace, a su eterno Padre que le envió, hácelos, sin embargo, por su propia virtud, y aun comunica a sus apóstoles el poder de hacerlos en su nombre. Es muy digno de notarse por el contrario, el elevado carácter moral de todos los milagros de Nuestro Señor. En ellos no se advierte nada de afectado ni de extravagante, ningún vano ruido, ningún aparato encaminado a sorprender o llamar la atención; sino que en todos ellos resplandece aquella celestial sabiduría y santidad que distingue las palabras y obras del Salvador.

Es cierto que los ejecuta para confirmar la verdad de su doctrina, y que apela a ellos

como a un testimonio irrefragable de su misión divina, sobre todo si se les considera en relación con lo que habían anunciado los profetas; pero no por eso deja de mostrar aquella santa humildad que es, según sus enseñanzas, el fundamento de toda virtud. Por eso evita todo estrépito no exigido necesariamente por las circunstancias, y aun llega a prohibirles a los agraciados la publicación y ostentación de los prodigios obrados en su favor, ostentación que pudiera ser peligrosa para sus almas. Jamás hizo milagros con un fin que tuviese siquiera alguna sombra de egoísmo; jamás en provecho temporal de su persona o de sus discípulos. El que alimentó a las turbas en el desierto con cinco panes, el que hizo con una palabra desaparecer las enfermedades de los que se le acercaban, no quiso por vía sobrenatural satisfacer su propia hambre, ni aliviar en lo mínimo sus terribles dolores. Jamás se vale de su poder taumatúrgico ni para su propio honor, ni para vengarse de sus enemigos, ni para reducir como por fuerza a los incrédulos, ni para satisfacer la curiosidad de las gentes. No accede a la solicitud de los fariseos que desean ver algún signo del cielo;

no castiga, como lo deseaban los discípulos a la ciudad de Samaria que no le quiere recibir, y cuando Herodes le pide que haga algún prodigio en su presencia mostrándose dispuesto en cambio a librarle de la muerte, consiente más bien en ser escarnecido y llevar la vestidura blanca como insensato, que valerse de su poder para tales fines.

Los milagros de Jesús son más bien la emanación de su amor misericordioso y por medio de ellos se revela a lo exterior y en la esfera de lo corpóreo aquella acción íntima que redime, cura y santifica a las almas. Son como una anticipación, como el primer fruto de la eficacia del Redentor. En el apaciguamiento de la tempestad, en la multiplicación de los panes, en el remedio de ciertos males para los cuales fue siempre impotente la medicina, muéstrase el poder y el dominio absoluto del Creador sobre la naturaleza; en la curación de las enfermedades del cuerpo, se ve cómo las almas van a ser curadas de la dolencia del pecado, de que aquéllas son símbolo y castigo; en la liberación de los poseídos, se preludia la destrucción del reino del demonio y en la resurrección de los muertos, el triunfo

final sobre la muerte, última consecuencia de la culpa. Todos tienen, además, un hermoso simbolismo, envuelven una instrucción importante como lo prosiguen largamente los Santos Padres y comentadores del Evangelio.

Pero será bien que concretemos nuestras observaciones a un hecho singular, al milagro de la resurrección, que es el mayor de todos, al mismo tiempo que sella y confirma todos los demás.

En este punto valen todas las razones alegadas en favor de la certidumbre histórica de la vida de Jesús. En cuanto a su muerte no hubo en toda la antigüedad quien la pusiera en duda. Muy tarde se ha sacado a lucir por el racionalismo teológico la extraña hipótesis de que Cristo no murió sino aparentemente y que luégo, mediante los cuidados de sus amigos, recobró la salud, se mostró a algunos como resucitado, y finalmente se retiró del público para morir desconocido. Según estos desalumbrados exégetas la lanzada del costado fue un remedio heroico para Nuestro Señor y después el frío del sepulcro y el olor de los ungüentos acabaron la obra, todo lo cual es a un mismo tiempo física y moralmente imposible y no

ha menester refutación. ¿Quién va a pensar que un crucificado a quien se le atraviesa el costado quede vivo? Y aun sin eso, Josefo refiere que Tito le permitió bajar de las cruces a tres ajusticiados, que estaban todavía vivos, y a pesar de las más exquisitas atenciones, ninguno de ellos escapó de la muerte. ¿Y cómo podía un hombre que poco antes estaba exánime, revolver la piedra que cerraba la gruta y que las mujeres no creyeron poder retirar de su sitio? ¿Y qué consuelo podría dar a sus discípulos aquel convalesciente ni qué ánimo les podría infundir? ¿Cómo podría inspirarles la idea de una resurrección gloriosa? ¿Y qué fue finalmente de Cristo? ¿Cuándo, dónde y cómo murió? ¿Por qué calla la historia acerca de estos puntos?

Cierto que no había para qué mencionar semejantes hipótesis. Sirvan siquiera para que veámos cuán impotentes son los hombres contra la verdad, aunque sean hombres de ingenio y de ciencia, y cómo lo que dijo Cicerón de los filósofos, que no había cosa tan absurda que no hubiera sido afirmada por alguno de ellos, puede con más veras decirse de los adversarios de Jesucristo: *Nihil tam absurde*

dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum. Inventan cosas que apenas pueden ocurrir a una imaginación perturbada por la fiebre y las envuelven en unas palabras tan aparatosas y meten con ellas tánto ruido, que cualquiera se persuade de que sus argumentos son algo formidable e incontestable, pero pronto se vuelven en humo y caen en el descrédito y el olvido.

La muerte de Luis XVI, sacrificado por sus propios súbditos, no es un hecho más cierto que la muerte de Jesucristo que fue puesto en la Cruz bajo la autoridad de los romanos, a petición de los obcecados judíos, en presencia de muchos millares de personas, en el tiempo de la Pascua, cuando se juntaba casi toda la nación en Jerusalén; además el costado del Salvador fue herido por la lanza del centurión, del *Confector* y Pilatos no dio licencia de sepultarlo sino cuando se cercioró de que ya había muerto.

Pero no menos que el hecho de la muerte es históricamente cierto el de la resurrección. Piénsese si no en el número de los que vieron a Nuestro Señor y en el número de las apariciones, y dígase si puede haber lugar a

ilusión en este caso. Nada es más absurdo ni más contrario a la naturaleza de las cosas y a los hechos averiguados que el suponer, como suponen los mitólogos, que los discípulos de Jesús estaban predispuestos a engañarse en esta materia porque, si bien es cierto que Nuestro Señor había predicho con gran claridad e insistencia su resurrección, también es verdad que a ellos les parecía eso siempre una cosa difícil de entender, y que luégo la catástrofe de la crucifixión y de la muerte disipó todas sus esperanzas y los sumió en el más completo desconcierto y tristeza. Tan lejos estaban de imaginar que Cristo había resucitado de veras, que cuando reciben la noticia de las mujeres que habían ido al sepulcro, no lo creen, y aun cuando ellos mismos lo contemplan con sus ojos, todavía no se acaban de convencer si es un fantasma o una realidad lo que ven, y es menester que el Señor les haga ver y palpar que tiene huesos y carne y aun les pida de comer y coma en su presencia : cosas todas éstas que por lo demás no son de extrañar: tan acordes se hallan con la naturaleza humana!

¡Cuán desprovista es pues, de fundamento,

la hipótesis mítica! ¡Cuán falsa y hasta ridícula la frase aquella famosa de que el mundo le debe la fe en el resucitado al amor entusiasta de una mujer, a la soñadora fantasía de María Magdalena! La explicación no es nada nueva, no pertenece al autor francés, ni siquiera al original germánico que él se encargó de vulgarizar, sino que se remonta al pagano Celso, del segundo siglo del cristianismo. Según estos críticos, las apariciones de Cristo a los discípulos, no fueron reales sino imaginarias, ocasionadas por una exaltación del ánimo, por un estado nervioso que les acarreaba este género de ilusiones, a las cuales algunos como Magdalena, estaban ya de suyo por su temperamento, sumamente predispuestos. Y para apoyar esta hipótesis echan mano de la conversión de San Pablo que, según ellos, fue igualmente ocasionada por una simple visión interna; como si esta aparición en el camino de Damasco no hubiera sido también exterior y objetiva, no imaginaria, como lo prueba el temor que sobrecogió a los compañeros de San Pablo, y como si el mismo Apóstol no la pusiera en la misma categoría de aquellas con que fueron favorecidos los otros

apóstoles y no la distinguiera hasta en los términos que emplea de las demás revelaciones que tuvo durante su vida y que el texto sagrado llama *oramata*, visiones, *extaseis*, arrobamientos.

Y, ¿ qué decís vosotros de esas visiones imaginarias que embargan a un mismo tiempo a más de quinientas personas, que se efectúan ni más ni menos que a los tres días de la muerte del Señor, que comienzan y cesan simultáneamente para muchos individuos en un momento dado? Y ¿qué valor hubieran tenido tales visiones si el cuerpo de Cristo hubiera estado allí para demostrar su falsedad? Porque queda en pie esta cuestión: ¿ qué fue del cuerpo de Jesús? No se puede decir con Strauss (¿ qué no se ha dicho?) que fue sepultado apresuradamente en el Calvario y que no se le pudo hallar más tarde, porque a esa afirmación contradice abiertamente la ley romana *de cadaveribus punitorum*, que mandaba entregar los cuerpos de los ajusticiados a sus deudos. ¿ Conque es decir que Pedro y los otros discípulos de Jesús, que por cierto tenían muy poco de soñadores ni de neuróticos, como que eran hombres del pueblo, do-

tados de buen juicio, pero nada refinados ni sentimentales, se pusieron en pleno día y con los ojos abiertos a soñar con su Maestro y luégo se dieron por convencidos de que lo habían visto resucitado? ¿O fue sólo Magdalena, por lo más nerviosa, la que sufrió tales alucinaciones y los apóstoles la creyeron a pie juntillas, y de ahí la conversión del mundo y los catorce millones de mártires, y la Iglesia, y la fe de tántos siglos? ¿Cuándo, ni en qué parte del mundo aconteció cosa semejante?

Puede tal vez un cerebro trastornado por la fiebre ver algunos fantasmas, por lo general borrosos e incongruentes. Pero ¿cuándo se vio que una mujer, por el amor del esposo que perdió, o una madre en el sentimiento por la muerte de su hijo se hayan forjado, por medio de puras imaginaciones, la convicción de que el muerto resucitó y vive corporalmente? ¿Y tántos hombres, y aquellos hombres de la edad apostólica, tan heroicos, tan señalados por la sensatez y cordura que revelan sus escritos, no habrían tenido más apoyo de su fe que aquellas fantasías de mujeres histéricas? ¿A quién se le haría creer que un Pa-

blo renunció, en virtud de semejantes desvaríos, a sus firmes y arraigadas convicciones judaicas, al celo que le animaba por su pueblo y por la ley de sus padres, a la aventajada posición que ocupaba entre sus coetáneos, para tornarse en apóstol del Crucificado e ir a llevar este nombre ante los reyes y las naciones, por en medio de las persecuciones y de las asechanzas, de los azotes y de los naufragios? Oh! habría que comenzar por explicar de alguna manera natural la conversión de San Pablo. Y no creáis que no se haya intentado. Con decir que lo sucedido en las cercanías de Damasco no fue más que engendro de la imaginación acalorada de Saulo y que este apóstol padecía de ciertos ataques de epilepsia interpretando en este sentido lo que él dice del estímulo de su carne, con eso queda todo perfectamente resuelto. Y no creáis que yo invento. Esas cosas se escribieron en Alemania por los teólogos protestantes y las repitió luégo en Francia el autor del evangelio apócrifo llamado *Vida de Jesús*, agregando en confirmación que el propio escritor sufrió en Byblos un accidente igual al de San Pablo, causado sin duda por la fatiga del camino y por la rever-

beración de la luz y del calor en aquellos climas orientales, donde las fiebres perniciosas son tan frecuentes y les trastornan el seso a los viandantes.

Con semejantes puerilidades se ha tratado de empequeñecer y oscurecer un hecho tan notorio y tan trascendental. Así se ha querido explicar el cambio de Saulo en Pablo, del campeón del fariseísmo en el apóstol de la gracia. ¿A quién se le convencerá de que aquel hombre de ingenio tan claro y penetrante, de carácter tan entero, de tánta osadía y grandeza de alma, hubiera mudado de vida por tan livianos motivos? ¿Quién creerá que por sólo los decires de mujeres entusiastas, se hubiera atrevido a estampar las palabras que estampa en su primera carta a los Corintios? «Quiero renovaros, dice, la memoria del Evangelio que os he predicado, que vosotros recibísteis y en el cual estáis firmes y por el cual sois salvados si lo conserváis como yo os lo prediqué, es a saber que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las escrituras y fue sepultado y resucitó al tercero dia según las mismas escrituras y que se apareció a Cefas o Pedro y después a los once y posteriormente se dejó

ver en una sola vez de más de quinientos hermanos juntos, de los cuales aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía. Se apareció también a Santiago y después a los apóstoles todos y a mí como abortivo se me apareció después de todos. Porque yo soy de los apóstoles el mínimo y no merezco ser llamado apóstol, pues que perseguí la Iglesia de Dios » [1].

Los Evangelistas, por su parte, no omiten ocasión de poner de resalto los fundamentos en que estriba la certeza de la Resurrección. De modo que no hay lugar a suponer que se hubieran engañado, pues, según ellos, Jesucristo se les apareció no sólo una u otra vez, sino en repetidas ocasiones, durante el espacio de cuarenta días; no en determinadas circunstancias favorables a la ilusión, sino a diversas horas del día, en distintos lugares, en condiciones que permitían una observación segura y reposada. No se muestra tan sólo a las piadosas mujeres que madrugan a visitar el sepulcro, sino que se junta con los discípulos que van camino de Emaús y se sienta a la mesa y come con ellos: conversa muchas

1 I Cor. 15, 1, 9.

veces con sus apóstoles en el espacio reducido de un salon y a puerta cerrada; les visita al clarear el día cuando se hallan ocupados en la pesca en el mar de Galilea, y, por último, se manifiesta a varios centenares de discípulos en la gran reunión del monte Olivete, donde se despide de ellos.

Las apariciones del Resucitado no son fugitivas y momentáneas, sino de larga duración y en ellas se prueba por todos los medios así espirituales como sensibles, la verdadera resurrección y presencia corpórea de Jesús, pues se deja tocar de los apóstoles, ordena a Tomás que ponga los dedos en las heridas de los clavos y la mano en la abertura del costado; habla con ellos muchas y muy importantes cosas y de su boca reciben aquel concepto puro y espiritual del reino de Dios que antes no podían concebir, lo mismo que aquella misión y aquellos grandes poderes en cuya virtud acometieron la empresa de convertir el mundo al Cristianismo y en que se funda y sustenta la Iglesia con todas sus instituciones. Así lo atestiguan los Apóstoles. Aquí no cabe linaje alguno de ilusión. Si no se les quiere creer, no hay más remedio que declararlos impostores.

Contra esta última suposición vienen a concentrarse todas las razones que militan en pro de su veracidad y con tánta fuerza que la admisión de aquella impostura es un imposible moral. Porque, en efecto, no se puede negar, ni nadie lo niega, que los Apóstoles y discípulos del Señor predicaron el Evangelio con un celo, con un heroísmo, con una constancia y abnegación que no han tenido igual sobre la tierra, que vivieron en incesantes trabajos y combates, que arrostraron incontables padecimientos y persecuciones por Jesucristo y que acabaron todos ellos por rendir la vida en los tormentos. Ahora bien, la resurrección de Cristo era el objeto propio y principal de su testimonio y de sus predicaciones, como era el fundamento de su fe y de su heroísmo invencible. Testigos de la resurrección es como se apellidan; «Cristo a quien los judíos crucificaron, resucitó y nosotros somos testigos de ello»: tal es el asunto invariable de sus discursos.

Y notad que no murmuraban esta verdad al oído de sus neófitos, ni la enseñaban en secretos conventículos o en apartadas regiones, o sólo delante de gente rústica e ignorante o de sus secuaces y compatriotas de Galilea: sobre el techo

de las casas, en Jerusalén, ante una muchedumbre innumerable de todas las naciones que hay debajo del cielo (Josefo dice que se juntaban hasta dos millones de peregrinos en Jerusalén en las grandes solemnidades) dice San Pedro el día de Pentecostés: A este Jesús a quien vosotros hicisteis morir clavándole en la cruz por mano de los impíos lo ha resucitado Dios librándole de las ataduras de la muerte [1]. Y aquel mismo Pedro que negó a su Maestro por miedo de una criada, que se escondió cobardemente durante la Pasión, que no se atrevía a juntarse con sus compañeros sino a puerta cerrada, dice ahora delante de Caifás y de todo el Sanedrín: Declaramos a vosotros y a todo el pueblo de Israel que la curación se ha hecho en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a quien vosotros crucificásteis y Dios ha resucitado. Por la virtud de su nombre está ese hombre sano delante de vosotros [2]. Y cuando el Sanedrín les prohibe predicar, dicen los Apóstoles: «Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres: el Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús a quien vosotros habéis hecho morir col-

1 Act. 2, 23.
2 Act. 3, 13, ct. seg.

gándole en un madero. Y nosotros somos testigos de estas cosas y lo es también el Espíritu Santo que Dios ha dado a todos los que le obedecen» [1]. Predicando la majestad del Resucitado muere Esteban bajo una lluvia de piedras, el primero de los mártires.

Así continúan aquellos hombres pregonando y testificando en todas partes con una triunfante alegría, con una fe completa, la muerte y resurrección de Jesucristo. Pues, ¿sería posible que así hablaran y predicaran, si no fueran más que unos embusteros y embaucadores? ¿Quién podrá admitirlo sin renegar de toda ley psicológica y moral, sin confesar al mismo tiempo que la naturaleza humana no es en este caso lo que suele ser y lo que siempre fue, es decir, sin admitir un milagro, pero no ya un milagro de santidad, sino un milagro de malicia? Mucho más cuando los mismos enemigos de Cristo, si no con palabras, al menos con su conducta, corroboran el testimonio de los Apóstoles. Porque mientras éstos predican con una energía y resolución sin iguales y hacen innumerables conversiones y se ven miles de personas de todos los estados y

1 Act. 5, 30, 32.

del mismo linaje sacerdotal abrazar la nueva doctrina, de parte de los adversarios no se observa sino cobardía y atolondramiento.

Según refiere el Evangelio y lo confirman las tradiciones rabínicas, tan pronto como tuvieron noticia del ya vaticinado suceso que no habían sido parte a impedir los guardias y los sellos del sepulcro, esparcieron en el pueblo el rumor de que los discípulos habían robado el cuerpo del Maestro para hacer creer que había resucitado. Suposición absurda, porque ¿qué ganarían los atemorizados discípulos con el cuerpo de Jesús? ¿Ni de dónde sacarían valor para cometer tal atentado, sobre todo cuando la ciudad y sus alrededores estaban hormigueando de extranjeros y peregrinos? Pero la misma conducta de los judíos desmiente su afirmación. No vemos que nadie se atreviera a llamar a juicio a los Apóstoles por aquel delito, sino que por el contrario estos últimos son los que se presentan delante de la plebe, como acusadores, como jueces, como vencedores. Y los que antes condenaron a Cristo con todo el aparato de un juicio público y de un veredicto popular, los que creyeron haberle sepultado bajo un montón de oprobios, se ven

ahora tan corridos y acobardados que no se atreven a poner manos en los discípulos de Jesús; tienen miedo de los pobres pescadores de Galilea, y cuando éstos predican en el propio templo y curan al cojo que estaba a la puerta, se dicen a sí mismos: «¿Qué hacemos con estos hombres? Acaban de hacer un milagro conocido de todo Jerusalén y es manifiesto y no se puede negar. Pues para que no se divulgue conminémosles que no hablen a nadie de estas cosas». [1] Cítanlos, en efecto, pero en su lenguaje, se echa de ver su confusión y encogimiento. Más bien les ruegan que les mandan no hablar más de tales cosas, ni predicar a Jesucristo, y cuando reciben la famosa respuesta: «Juzgad si delante de Dios es justo que os obedezcamos a vosotros más bien que a El», en vez de castigarlos los ponen en libertad. Tras otra tentativa no menos infructuosa, cuando los Apóstoles persisten en su empeño y se glorían de padecer contumelia por Cristo, vemos que la actividad del Sanedrín de Jerusalén va cayendo cada día más en una especie de inercia y de parálisis: es necesario que acudan celadores de la ley, sa-

1 Act. 4, 16.

lidos del judaísmo helénico para reanimar el celo de sus hermanos de Palestina. Preséntase, en efecto, un fariseo joven, distinguido por su posición, ilustrado y brioso como pocos, y se pone a la cabeza del movimiento reaccionario. Con su presencia se enciende de nuevo el furor, la tempestad arrecia, los cristianos se ven acosados por todas partes, un acto turbulento de la plebe quita la vida a Esteban, la persecución se organiza por toda la comarca y se extiende hasta Damasco. Pero, ¿qué sucede? Bien lo sabemos. El Resucitado sale al encuentro del perseguidor; el poderoso enemigo se convierte de repente en heroico testigo de Cristo, y bien pronto la predicación evangélica salva las fronteras de Israel y va a prender como un incedio en el mundo romano.

Mas, ¿a qué detenernos en estas consideraciones? Nosotros mismos podemos decir como los Apóstoles: Nosotros somos testigos de esta verdad y son testigos con nosotros los siglos que nos precedieron y es testigo el Cristianismo y la Iglesia y sus virtudes y sus obras, porque ella no subsiste por otra causa ni tiene otro fundamento que la vida y la resurrección de Cristo.

¿Cómo podrá ponerse en duda la resurrección de Aquel por quien el linaje humano, más corrompido que Lázaro de cuatro días, se levantó y se sigue levantando de la sepultura de su corrupción intelectual, moral y social; de Aquel que es fuente de vida sobrenatural y por ende regenerador de la vida natural del hombre? La más espléndida, la más gloriosa manifestación del poder de Jesús es la mudanza íntegra y extraordinaria que el género humano ha experimentado por El; es la creación, la conservación y el gobierno de la Iglesia, mediante la acción viva y continua de su fundador y la presencia de su espíritu en ella. Porque así como el mundo material es de suyo prueba de la existencia del Creador, este mundo sobrenatural, más amplio y magnífico, es argumento que está constantemente delante de los ojos, que habla a toda razón no desquiciada, de la divinidad, del poder y de la eficacia divinas de Jesucristo, su autor. Los dones sobrenaturales que no por ser en sí mismos invisibles, son menos reales ni dejan de mostrarse en efectos sensibles en la vida de la Iglesia; todas esas realidades sobrenaturales, digo, que entran en la historia con el

Cristianismo, tienen su origen en Cristo y de El reciben toda su vitalidad.

Esta no es sólo verdad de fe, es cosa de que hasta cierto punto puede cerciorarse la razón porque de hecho el espíritu nuevo, el mundo nuevo del Cristianismo nace de la persona, de las palabras, de las obras de Jesucristo y brota de repente y sin que preexistieran los elementos que lo constituyen, como salió de la nada el universo a la voz del Creador. Ni antes, ni después, ni fuera de Cristo se vio cosa semejante. No sin razón se ha notado que cada una de las palabras de Nuestro Señor es palabra creadora que, como las que pronunció Dios en el principio, sigue fructificando con fecundidad incesante hasta el fin de los siglos. Un día le dice a un pescador del lago de Genezaret: Tú eres Pedro; sobre tí, como sobre una roca, edificaré mi Iglesia, y ahí en la colina del Vaticano está hoy día la roca inconmovible después de tántos siglos, después de mil combates y mudanzas, después de la caída de tántos imperios, erguida siempre y siempre sobresaliendo sobre las más altas montañas de la tierra. Id a predicar por todo el mundo, dice Jesús, a un puñado de galileos que

le acompañan y en virtud de estas palabras vieron las edades pasadas y contempla todavía la edad presente, a pesar de su egoísmo y corrupción, una multitud de hombres que se alejan de las playas de la patria para ir a regiones de infieles a llevar la buena nueva, sin que jamás cese esta misión, ni falten quienes vayan a reemplazar a los que sucumbieron a las fatigas del apostolado o cayeron bajo la cuchilla del perseguidor. Perdonad los pecados, haced esto en memoria de mí, dice Jesucristo, y con esto queda establecida la vida y el culto de la Iglesia, y si rodeamos los ojos por todas las comarcas del globo, veremos por dondequiera sacerdotes que levantan la mano para absolver y penitentes que se postran para confesarles sus culpas: por todas partes templos y altares que reproducen el cenáculo de Jerusalén y donde se apiñan las muchedumbres para recibir el pan eucarístico. Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, da el precio a los pobres y ven y sígueme: tal es el consejo de Jesús, y millones de hombres y de mujeres toman este consejo, y del seno de la Iglesia salen todos los días religiosos y religiosas que renuncian

a la riqueza y al matrimonio y a la libertad, para seguir al Salvador.

En otra ocasión pronuncia Nuestro Señor estas palabras: Lo que Dios juntó el hombre no lo separe, y desde entonces las pasiones más violentas podrán bramar y rebelarse; pero el matrimonio cristiano, uno e indisoluble, está constituído, será mantenido con fidelidad por la Iglesia, y la poligamia y el divorcio se verán estigmatizados en toda sociedad culta. Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; sentencia de Jesucristo, en que se funda la distinción antes desconocida entre las dos potestades, la libertad de conciencia y con ella la verdadera libertad social, que desde aquel día aparecieron en el mundo para no volver a eclipsarse jamás.

Pueden darse cosas más reales, pruebas más tangibles de la virtud creadora de las palabras de Cristo? Y de dónde nace la virtud de esta palabra sino de la persona que la pronuncia y que en resumen es la raíz viva de todas esas realidades inmortales? De Jesús, el segundo Adán, desciende esta nueva progenie de los hijos de Dios; la sagrada Familia de Nazaret es tipo y origen de la familia cristiana; Jesús es la piedra

angular de la Iglesia, y en El y por El es el Pontífice inconmovible como una roca; su sacerdocio vive en los ministros de la nueva ley, su vida abnegada y contemplativa en las órdenes monásticas, su pasión se continúa en los mártires, y aquella su independencia regia, tan noblemente confesada delante de Pilatos, persevera en la libertad de la Iglesia, la cual puede ser perseguida, despojada y afligida, pero nunca encadenada por ninguna potestad de la tierra.

Lo más notable es que Nuestro Señor prevee y anuncia con claridad este resultado. El sabe que el tiempo no será poderoso a debilitar su acción; que su Iglesia durará hasta la consumación de los siglos; que en las más remotas edades habrá siempre quienes la propaguen, la sostengan y estén dispuestos a dar la vida por defenderla, y aun predice que los que creyeren en su nombre obrarán iguales y mayores prodigios que los ejecutados por El durante su vida mortal. Y todo esto porque El enviará su espíritu, con cuyos dones los pescadores galileos se verán transformados y aquellos hombres rústicos y débiles se harán aptos para contrarrestar toda la sabiduría y po-

tencia del mundo, para confundir a los incrédulos, convertir a los pecadores y llevar adelante y perfeccionar la obra comenzada por su Maestro. Con esta certeza se despide del mundo, sin que le acaezca lo que a los grandes caudillos y conductores de pueblos, a quienes apenaba en la hora de la muerte el doloroso presentimiento de que, faltando ellos, no habría quien fuese capaz ni de comprender sus designios ni de ponerlos en ejecución, y que así la obra a que habían consagrado su vida y sus desvelos iba indefectiblemente a derrumbarse o a quedar inconclusa.

Y ¿cuál es la fuerza de que Jesús se vale para domar al mundo y someterlo a su yugo? Ah! es un instrumento de conquista que los hombres no conocían, que supera en eficacia a todos los otros y de que sólo El podía disponer: es el amor. Porque si algo puede la fuerza de las armas, si es mayor aún el poder de la inteligencia, el amor lo avasalla todo. De los colosales imperios de la antigüedad fundados sobre la conquista casi no quedan ni las ruinas; la culta Grecia, *onde ogni scienza disfavilla*, vive y vivirá en la admiración de las gentes por sus filósofos, sus oradores, sus poetas;

pero Jesucristo se ha adueñado del mundo por obra de aquel amor que tiene su trono en la Cruz y de que El habla cuando dice: Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo [1].

Oh! y el poder de este amor que Jesucristo ha sabido inspirar, es un hecho indudable, patente en la historia; es algo absolutamente singular y por tanto una de las pruebas más palpables de su divinidad. Nó, no es el interés, no es la pasión, no es siquiera el entusiasmo por la doctrina; es el amor a Jesús, a su persona adorable, lo que ha producido todo lo bueno, todo lo grande, todo lo santo que el cristianismo ha hecho sobre la tierra, y esa fuente corre todavía con no disminuída abundancia.

Por este amor hay quien tome sobre sí la pesada carga de apacentar las ovejas y los corderos; por este amor dejan tántas almas el padre, la madre, la casa y la hacienda; por este amor viven las vírgenes e inclinan la cerviz a la cuchilla los mártires; éste convierte a los pecadores, humilla a los soberbios, amansa a los iracundos, pone freno a las concu-

1 Joan. 12, 32.

piscencias y vence todos los días al mundo robándole las almas más hermosas y haciéndolas superiores a todos sus encantos y seducciones.

¿Quién podrá dudar del poder divino de aquel que avasalla lo más indómito que puede haber, que es el corazón humano y con tal fuerza que lo desata de las ligaduras del egoísmo y por tal modo lo absorbe y lo posee, que el hombre vive en Cristo y Cristo vive en él? El amor de Jesús es el principio del reino de Dios que forman las almas santas y que en contraposición al reino del mundo, fundado sobre el egoísmo, se muestra, mediante sus frutos, como divino, no sólo a los ojos de la fe, sino también a los de la razón. Porque dos ciudades, dice San Agustín, fueron fundadas por dos amores: la ciudad terrena por el amor propio llevado hasta el desprecio de Dios, y la ciudad celestial, por el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí propio. Aquélla busca la gloria de los hombres, ésta se contenta con la que viene de Dios, testigo de la conciencia. En aquélla domina a los príncipes y a las naciones poderosas el afán y la ambición de mandar; en ésta,

todos se sirven con mutua caridad, obedeciendo los súbditos y mirando por el bién de ellos los superiores. En la una los sabios orgullosos se desvanecen en sus pensamientos y aunque conocen a Dios no lo glorifican, sino que teniendo obscurecido el corazón se reputan por sabios y no son sino ignorantes; en la otra no hay más que una sabiduría, que es amar al Dios verdadero y esperar como premio la posesión del mismo Dios en la sociedad de los santos [1].

A esta ciudad os convido. Este amor es el que os ha de llenar. Apresuraos a purificaros de las manchas de los pecados y os convenceréis por propia experiencia cuánta es su dulzura y eficacia. Recibid a Cristo en la Eucaristía, y cuando viváis de su vida, cuando su sangre corra por vuestras venas, cuando os sintáis rejuvenecidos por su acción, podréis decirle al mundo que vosotros también sois testigos, o más bien testimonios vivientes de la virtud, de la divinidad, de la resurrección de Cristo, a quien sea honor y gloria en los siglos de los siglos.

1 Civ. Dei, l. 4, c. 28.

INDICE

Págs.

Los Evangelios.. 3
El Verbo Encarnado.. 45
El Santo de los Santos.................................... 85
El Maestro.. 125
Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.. 169